
SIGILLVM·VNIVERSITATIS·CALIFORNIENSIS
FIAT
LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

PUBLISHED IN SPAIN


JOSÉ FORAL
Flor de Pecado
EDICIÓN

FLOR DE PECADO

*

UN REGENERADOR

FLOR DE PECADO

*

UN REGENERADOR

OBRAS DE JOSÉ TORAL

EL SITIO DE MANILA. (Memorias de un voluntario).—Agotada.

TRADICIONES FILIPINAS.—Agotada.

PRIMERAS NOTAS: Poesías.—Agotada.

CADENA SIN FIN: Poesía premiada.

PARA EL DESCANSO: Versos.

LA CADENA: Novela (2.ª edición).

POEMAS EN PROSA.

LA SOMBRA: Novela (2.ª edición).

FLOR DE PECADO: UN REGENERADOR (episodio suelto de la vida de una cortesana). Novela.

SEGUIRÁN

FLOR DE PECADO: HORAS SENTIMENTALES (episodio suelto de la vida de una cortesana). Novela.

ODRES VIEJOS: Poesías.

EL AJUSTICIADO: Novela.

LA PRINCESA QUE NO QUISO REINAR: Humorada novelesca.

JOSÉ TORAL

FLOR DE PECADO

*

UN REGENERADOR

(EPISODIO SUELTO DE LA VIDA DE UNA CORTESANA)

NOVELA

(SEGUNDA EDICION)



LIBRERIA Y EDITORIAL RIVADENEYRA
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8 Y 10
M A D R I D

Imprenta Helénica.—Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.

PALABRAS PRELIMINARES

o sé si en todas las personas perdura vivo el recuerdo de los años de la niñez, de los años primeros, en los que sobre las inexperiencias de la vida se tejen las florecillas de la ilusión. De mí puedo asegurar que la memoria me reproduce fielmente, con la frescura y los detalles del momento actual, las cosas pasadas. Diré más: no pocas veces me olvido en absoluto de lo que hice el día antes, y todas las escenas de ese día, por simples, por insignificantes que sean, por poca impresión que causaran en mi espíritu, vuelven a mí en tropel con minuciosidad asombrosa transcurridos unos días, unos meses, años tal vez.

Ignoro si esto es un bien o un mal. La filosofía no constituye mi fuerte. Si, como dijo Jorge Manrique, «cualquiera tiempo pasado fué mejor», la añoranza de lo que fué no deja de tener un singular encanto, un misterioso atractivo, una belleza melancólica, como de cosa muerta, cuando nos asalta en medio de las preocupaciones, de los dolores y aun de las alegrías y las venturas del presente. Y, en realidad, la vida, la verdadera vida, no es el instante que vivimos, instante tan infinitamente breve que, por lo sutil y fugaz, se escapa de nuestras manos. La vida no es más que el recuerdo, por lo regular, y aunque sea un recuerdo de dolor, apacible y dulce, y la adivinación imprecisa, angustiosa y siempre inútil, por lo que se burla de nuestras esperanzas y deseos, de lo porvenir. He dicho que la filosofía no constituye mi fuerte y, sin embargo, fatalmente derivo hacia ella. Corto a tiempo esta peligrosa tendencia; siempre he aborrecido a los filósofos que no nos ahorran ni el vacío de sus estériles elucubraciones ni la pesadez de sus aburridos razonamientos.

No tendría disculpa si incurriera en la misma falta.

He traído a cuento esta prodigiosa memoria mía para que no se crea que invento y doy por sucedidas en mi niñez cosas que ahora compone mi imaginación de novelista. Tan frescos están todos los sucesos, interesantes o triviales, que me han sucedido desde los siete años, que me parece que, saltando el tiempo que me separa de ellos, los vuelvo a vivir como entonces los viví; es decir, no como los viví entonces, sino con el encanto de haberlos vivido, que es mil veces superior a la monotonía de estarlos viviendo.

Fuí hija única de un matrimonio que ya no esperaba fruto de bendición, y que lo tuvo cuando, tal vez, se habían marchitado en él las flores del amor. Sin embargo, si, según ha dicho no sé quién, que el nombre del que lo dijera importa menos que la verdad o la mentira del dicho, el amor apasionado de los padres crea hijos hermosos y fuertes y feos y canijos el desamor, o, por lo menos, el simple cumplimiento de los deberes conyugales, en

el que la indiferencia o la monótona costumbre no enciende las rojas llamaradas de la pasión, no cabe duda de que un instante de amor muy grande y muy arrebatado de mis padres presidió el misterio de mi venida al mundo, porque me tengo por mujer fuerte y, aunque parezca inmodesta no siendo nada más que sincera, por hembra hermosa. Quede consignado este dato en apoyo de una teoría que a algunos parecerá atrevida y a muchos disparatada, y que a mí se me antoja de una lógica abrumadora, porque sólo la fuerza puede engendrar la fuerza, y la fuerza en el amor ha de buscarse, naturalmente, en el estallido, acaso brutal pero siempre muy humano, de la pasión y no en el hastío mal disimulado entre un beso y un bostezo. Todo ello en el caso único de que la fuerza y la hermosura de los hijos del verdadero amor se refieran al orden físico, porque si se refieren al orden moral, mi caso serviría para dar estrepitosamente al traste con la doctrina o para confirmarla en el supuesto de que mis padres me concibieran cuando el amor había huído de

ellos, porque moralmente soy, en verdad, canija y fea, o tal vez ni una cosa ni otra, sino una de tantas precursoras de esa Humanidad fuerte y despreocupada que, a base del amor libre y del arrumbamiento de unas cuantas instituciones inútiles y caducas, nos pintan como última fórmula del progreso y como supremo ideal humano los escritores ultrarevolucionarios.

Al escribir estas palabras caigo en la cuenta de algo que debo consignar antes de pasar adelante en mi relato, para que tampoco pasen de esta página los lectores timoratos ni las doncellas inexpertas que no gusten de la vida, tal como se presenta en la vida misma y no como la amañan los autores de buenas lecturas, los novelistas de la biblioteca «Patria» o los perpetradores de los folletines sentimentales del pasado siglo, en los que no faltan mil estupendas y lastimosas peripecias que someten la virtud a ruda prueba, ni el triunfo, adivinado desde el primer capítulo, del justo, ni el consabido castigo del malo, todo ello por obra y gracia de una Providen-

cia al servicio de los padres espirituales de tales librejos.

No quiero, ciertamente, lastimar ninguna creencia, ni menos aún herir ningún pudor, aun convencida de que en estos tiempos que corren, que ni por pienso he de censurar, ya que se acomodan a mi modo de ser, las creencias tienen más de palabras a flor de labios que de sentimientos fuertes arrebujados en las honduras del corazón, más de rito externo y estrepitoso como figurín de moda que de ofrenda cálida y silenciosa a la Divinidad. En cuanto al pudor, en cuanto a la inocencia de las niñas de nuestros tiempos—perdónenme las que en su ánima no se consideren incursas en mis ironías—, en cuanto al pudor de las niñas casaderas, habría mucho que decir, y, desde luego, sobre tan delicada materia está formado mi juicio.

Tengo para mí que el pudor femenino, flor delicada que cualquier aire de la calle marchita, no se aviene bien ni puede mantenerse incólume con estas costumbres modernas que parecen creadas de ex profeso para des-

truir, irreverentes, cuanto había de ingenuidad encantadora o de ignorancia real o fingida en las mujeres honestas. Esta libertad de escribir y en el hablar que convierte prontamente a la niña en camarada del hombre; este descubrir con los escotes bajos, las faldas a media pierna y las mangas cortas los encantos femeninos, dando a la mirada cínica del varón, que no respeta ninguna desnudez, puntos de vista para las sabrosas adivinaciones, y este hábito de los paseos con el novio, muy pegadita la pareja, de modo tal que se confunde fácilmente con una de recién casados, y esto de ir y venir por calles más o menos solitarias y a *cines* más o menos, más bien menos que más, iluminados, sin otra guarda que la sobradamente frágil y mercenaria de una señora de compañía, no son modos de vivir para conservar el pudor femenino en lo que de más esencial tiene, como flor inodora de inocencia, como recato espiritual que, aun adivinándolos, repugna enterarse de los secretos y misterios de la vida antes de que el amor, a su tiempo y

hora, justifique la curiosidad y la religión transforme el pecado original en Sacramento.

Pero, en fin, como muchas de las que no tienen reparo en trotar por las calles con el novio cosidito a las faldas, ni en buscar con él la penumbra protectora de un teatro, pudieran tenerlo en leer estas páginas sinceras, vaya por delante, como antes dije, para que no se llamen a engaño, la declaración de que yo hace mucho tiempo que no soy una mujer honrada y de que estoy aún muy distante de sentirme una Magdalena arrepentida.

Al decidirme a escribir, siquiera sea a retazos y sin orden cronológico alguno, episodios varios, cómicos o dramáticos, desenfadados o sentimentales, de mi vida aventurera, cedo a una inclinación literaria muy viva en mí desde que supe unir unas cuantas sílabas, y hago propósito de no convertir en relato de mera imaginación el de los hechos en que de algún modo intervine. Que estos hechos por fuerza han de ser escabrosos se deriva de mi carácter de mujer que rompió todos los frenos sociales, de mi libre profesión de *hetaira*

que no conserva ninguna ingenuidad ni se avergüenza de ninguna desnudez ni dedica las horas ociosas de su vida a honestos esparcimientos, ni a frecuentar iglesias ni sacristías, ni al trato de hombres respetables o de recatadas señoras.

Pero no se tema ni por un instante siquiera que esta escabrosidad de mis relatos se traduzca en crudezas de lenguaje. Abomino de la rudeza de las palabras tanto como de la grosería de las personas; no hiere el recio hablar de la calle mi inocencia ni mi pudor, porque una y otro pertenecen ya al montón de las cosas irremediablemente perdidas, y por perdidas completamente olvidadas; pero molesta mis oídos. Aunque descendí todo lo bajo que puede descender una mujer, no he perdido, ni creo que los perderé nunca, hábitos de educación y de buen gusto que vistieron mi infancia.

Soy una cortesana, acaso la única en este país en el que hasta el vicio es pacato u ordinario, que sabe tener maneras y modales de señora. Afortunadamente, la lengua castella-

na es de sobrada amplitud y de sobradísimos matices para decirlo todo sin echar mano a la caja de los truenos, a los fuertes vocablos populares, que restallan como trallazos de mayoral de diligencia, ni a las expresiones gráficas que no repugnó Cervantes, pero que ningún escritor de estos civilizados tiempos se atrevería a emplear.

La vida es múltiple y compleja en sus manifestaciones, y su pintura es siempre útil como lección de la que se deriva provechosa enseñanza. Inútil sería concentrarla en un solo sector y cerrar los oídos a sus tumultos y el corazón a sus gemidos para forjarnos la ilusión peregrina de un mundo hecho al gusto y a la medida de nuestro interés, de nuestra intransigencia o de nuestro egoísmo. Ya se desenvuelva entre damas y galanes de lo que se ha dado en llamar «el gran mundo», cuando no pocas veces es un mundillo de oropel, lleno de pasiones, de odios, de lacerias y de inmoralidades; ya se refiera a los seres humildes que pasan por el retablo humano como figuras borrosas que no despiertan lástima ni

envidia; ya entreteja sus peripecias con las venturas y desventuras de la gente del bronce, de pecado y de juerga, hay en ella, si la fantasía o el sectarismo no la desfiguran ni la empequeñecen, cuando se la lleva por la mano del artista al lienzo de un cuadro o a las páginas de un libro, un interés palpitante y una emoción honda.

Estas memorias mías son un trasunto real de mi propia vida. Léanlas los que gusten de conocer la verdad aunque brote de los labios manchados o de la pluma sospechosa de una cortesana; sáltenlas los que crean que apretando los ojos, como los niños cuando tienen miedo, para no verlas, desaparecen las realidades desgarradoras y las inquietudes dolorosas de los que, por espíritu rebelde o por imposición del medio, no quisieron o no pudieron llevar su propia vida por las sendas claras y rectas y prefirieron perderse por los vericuetos retorcidos y extraviados que no aroman las flores ni alumbra el sol.

Van, pues, al público estas páginas sueltas de la historia de mi corazón, estos retazos

sin otro orden ni otro enlace que el que ha de darles mi personal intervención; retazos con los que acaso algún día manos más hábiles y plumas más diestras puedan zurcir un libro ameno, interesante, alegre a ratos, triste de vez en cuando y trágico en algún momento. De que vistan su desnudez con letra de imprenta, de que nazcan al mundo desvalidos como hijos sin padre, como criaturas desmedradas, sin alientos para la lucha y la victoria, no soy la única culpable, aunque aparezco como autora material del entuerto. El verdadero culpable es el famoso novelista Paco Méndez, de quien en más de una ocasión he de hablar.

Paco es un amigo tan querido del alma, que su nombre figura con frecuencia en los apuntes de mi vida. Nunca me ha traicionado ni pretendido rebajarme; siempre le he debido el consejo leal, la cariñosa advertencia, la censura justísima; su afecto ha sido y es para mí, no amor de amante, ¡lo es tan poco!, sino cariño de hermano.

Ello fué que una tarde, después de haberle

leído, con vergüenza de neófita, dos o tres capítulos de las tales *Memorias*, el celebrado novelista, poniéndome una mano sobre el hombro y mirándome con una mirada que, si para los demás parece burlona, para mí es siempre cariñosa, me dijo:

—Chica, eso está muy bien; pero muy bien, palabra. Hay estilo, hay gracejo, retratos que parecen aguasfuertes, observaciones agudas y hasta su poquito de filosofía ligera, que es la única que toleran los lectores modernos. ¿Por qué, variando los nombres y desfigurando algunos hechos, no publicas tus *Memorias*, o mejor aún, trozos de ellas? Serían interesantes de verdad. ¿Por qué no te dedicas en serio a escribir? Con lo que tú sabes, con las aventuras de tu vida, con tu conocimiento de los hombres, personajes y personajillos de la farándula social y con tu estilo suelto y gracioso, te profetizo, si te dedicas a las letras, triunfos muy rápidos y resonantes.

—¿Tú crees?—le pregunté radiante de placer, pero un poco desconfiada—. ¿No es li-

sonja o cariño por mí? ¿No hablas en broma?

—¡Qué carape de broma ni qué niño muerto!—repuso—. Verdad y muy verdad. Créeme, chica: del enemigo el consejo; sobre que yo nunca tendré celos ni envidias de ti y he de tomar como propios tus éxitos y he de ser, si me aceptas, tu corrector de erratas. En último caso, el público dirá; con probar nada pierdes: prueba.

Y como siempre nos abandonamos complacidos al consejo que nos halaga y que traduce a palabras ajenas el deseo íntimo, me decido a seguir el de Paco Méndez, y, ya lo ves, lector, pruebo.

UN REGENERADOR

I



AY en la historia íntima de mi vida azarosa y *amoral*, como dice mi amigo el novelista Paco Méndez, un episodio que no puedo recordar sin reirme estrepitosamente. El tal episodio tiene sobrado interés y sobradísima importancia para que yo me decida a desglosarlo de las *Memorias* que estoy escribiendo más para recreo de mi vejez, cuando llegue, que por ansia de vana notoriedad; interés e importancia no en cuanto se relaciona conmigo, que ninguno ni ninguna pueden tener ésta y otras aventuras de mi susodicha existencia

amoral de mujer libre y despreocupada, sino por las personas de todo el mundo conocidas que en él intervinieron y también porque puede servir de antecedente preciso y verídico para el día en que algún espíritu agudo y desenfadado se decida a escribir la historia ética de la pintoresca política española.

Dije que en el episodio intervinieron personas conocidas y aun puedo agregar que una de ellas era y es personaje principalísimo. Ello me obliga, por natural y forzada prudencia, a omitir nombres o, mejor dicho, a variarlos y desfigurar los hechos mismos, conservando la sustancia, que es, en realidad, lo que importa. Aun con estas discretas precauciones, la malicia y la curiosidad, esas dos enfermedades incurables y contagiosas de las gentes desocupadas, acuciadas por el olorcillo de una aventura picaresca, pondrán nombres verdaderos donde yo los escriba fingidos y extraerán sabrosos comentarios donde yo me limite a narrar sin apostilla alguna.

Y como la narración de este episodio que, aconsejada por Paco Méndez, destino a la pu-

blicidad, queda desglosada de mis *Memorias*, que acaso, no me atrevo a afirmarlo, nunca rompan el pudor de las cosas inéditas, bueno y hasta necesario será que dedique algunas líneas a mi propia persona.

Perdóneseme ante todo si, en gracia a la verdad de los hechos y a la sincera revelación de mi modo de ser, peco de inmodesta. La sinceridad desenfadada, cruda de fondo y forma, es nota distintiva de mi carácter. Por lo demás, todos, aunque la practiquemos, estamos al cabo de la calle de que la modestia es, en el fondo, una redomadísima hipocresía que la educación y a veces el orgullo nos imponen como uno de tantos artificios que usamos para andar por el mundo.

Ya es sabido: todo el que pregona su carencia de tales o cuales cualidades está, al proclamarlo, archiconvencido de que las posee en grado superlativo, y antes espera que los demás le alaben y ensalcen aquello que él desprecia o tiene por cosa de poca importancia que el que sus oyentes compartan su juicio. Decidle a un escritor que os lee una obra

inédita con la previa advertencia de que es mala o insignificante que efectivamente lo es, y cerrará airado el manuscrito o defenderá briosamente el hijo de su cerebro, tal vez como no defendería el de su carne, y os tendrá en su conciencia, si es que no os lo dice sin recato, por imbéciles incapaces de Sacramento y se tendrá él por genio no comprendido y os profesará desde entonces una lástima desdeñosa y un odio cordial que ni el tiempo ni la muerte han de extinguir. Y así el pintor y el músico, el político y el orador, el cómico y el torero y la mujer hermosa o que por hermosa se tiene, y todos, absolutamente todos. La modestia no existe, ni los escasos seres que verdaderamente la tienen ganan cosa alguna con tenerla. El símbolo bello de la modestia, símbolo de poetas que se pasan la vida cantando lo que no sienten y afirmando lo que no ven, es la violeta que nace espontáneamente en la verdura de los prados, y nadie ignora que todos la pisan y maltratan.

A mí, que no he temido incurrir en más graves pecados, me tiene sin cuidado qué las

gentes me consideren incursa en este de la inmodestia, que los más, como con todos los pecados ocurre, cometen a cencerros tapados. Sea como fuere, modestia o inmodestia, sinceridad o desenfado, llámelo cada cual como le plazca y juzgue de ello como quiera, no pienso vestir mi alma con espeso ropaje; sino presentarla completamente desnuda sin gasas ni cendales que la recaten ni la dejen siquiera en un discreto claroscuro.

Todo el mundo sabe quién soy. Madrid, no obstante sus humos de capital grande y populosa, es, realmente, un pueblo pequeño y chismoso. Claro es que la mayor parte de los madrileños pasan inadvertidos, perdidos entre la multitud inmensa que parece siempre renovada y distinta; pero en cuanto se brilla un poco, en cuanto se sobresale en algo, sea en lo que fuere, bueno o malo, no es posible esquivar las miradas a la curiosidad ni quedar recluído en un agradable incógnito.

Todo Madrid, pues, conoce mi lujoso automóvil guarnecido de seda azul celeste, mis tocados elegantes y estrepitosos que impo-

nen la moda, mis alhajas suntuosas, y entre ellas el regio collar de perlas, y le llamo regio por su valor y por su procedencia. Todo Madrid, por lo menos todo el Madrid que bulle y se divierte, que triunfa y gasta, me conoce de verme en el *Palace*, en el *Ritz* y en *Parisiana*, en los teatros y en los bailes de máscaras, en el paseo de coches del Retiro, a primera hora, y en el de la Castellana después, y luego en el vistoso desfile por las vías de Alcalá y de Sevilla a la hora en que se enciende el alumbrado de calles y comercios, cuando brillan las luces de los vehículos como luminarias de una romería fantástica y la multitud alborotada llena las aceras y espera, paciente y mansa, a que buenamente se abra un clarito en la fila interminable de coches, automóviles y tranvías para cruzar de un lado a otro.

Son muchos los que vuelven la cabeza para mirarme bien cuando me ven pasar, y no sólo hombres, que esto nada tendría de extraordinario, sino también las mujeres y aun las señoras decentes y las damas de la aristocra-

cia. Esta curiosidad de la gente me divierte sobremanera. Observo en las miradas de ellas, que sostengo sin pestañear, envidia, recelo, y algunas veces, temor. ¡Tenemos las hembras de mi clase tan pésima fama de chupadoras de sangre, de pervertidoras de jóvenes, de arruinadoras de millonarios! Claro es que no creo me envidien nada espiritual; no hay de qué. Me envidian mis trenes, el lujo de mis trajes, modelos atrevidos de los más renombrados modistos parisinos, la valía de mis joyas, mi misma displicente apostura. Acaso las atraiga en mí (es posible que me equivoque, pero creo que no) el encanto indecible, el tufillo malsano, pero intensamente sugestivo, del pecado, tufarada que perdió en las frondas del Paraíso a nuestros primeros padres y sigue mareando a cada hijo de Adán y a cada hija de Eva, en estos civilizadísimos tiempos no más honestos, aunque sí más hipócritas, que aquellos de los que, con tan poético lenguaje y con tan bellos símbolos, nos hablan las Escrituras. En los hombres, la admiración es otro cantar;

hay en los ojos, cuando los fijan descarados en mí, deseos y codicias carnales, galanteo completamente naturalista, caricias mudas, pero intensas, que abrasarían mi piel si mi piel no estuviera ya inmunizada contra el incendio de los sentidos.

Este homenaje lleno de reservas en unos, franco y sensual en otros, este incienso pagano a mi hermosura y a mis triunfos de mujer me halaga, no he de negarlo, y me agrada, ante todo y sobre todo, en los hombres del pueblo; sus piropos, un poco rudos y coloristas, sin que por éso estén desprovistos de gracia, de la gracia madrileña, que da quince y raya al asendereado ingenio andaluz, que las más de las veces es pesadez indiscreta, me causan con frecuencia una impresión honda, mucho más honda, desde luego, que las expresiones, no siempre corteses, de los señoritos. A éstos me los sé de memoria; muchas veces me cansan y otras llegan a repugnarme.

Los hombres del pueblo (no los borrachos y sucios, se entiende) me parecen otra cosa;

menos viciosos, digan lo que digan, o con vicios más naturales, menos refinados; no tan finos como los señoritos, aunque nosotras sabemos que en la alcoba se despojan de la finura al quitarse el traje, pero más hombres. Creo que una bofetada de un obrero, en una escena de celos, me sabría mejor y la toleraría con menos disgusto que la súplica rastrera y poco varonil de cualquier señorón pervertido. Si no fuera por lo que es, que también en mí hay escrúpulos y, aunque parezca mentira, cierto miedo al qué dirán, alguna tarde haría detener mi coche o mi automóvil y subir a él a cualquier guapo ganapán de esos que llevan sobre los hombros la raída capa con el mismo empaque airoso que un rey su manto.

Ni que decir tiene que soy una cortesana, una hetaira, una geihsa, como dicen los afiligranados escritores del día. Antes nos llamaban de otra manera más cruda, por lo menos en el lenguaje hombruno y en el recio y claro hablar de la calle; es lo mismo: el mote no hace al concepto, y la idea, se exprese en

castellano castizo o en extranjero importado, es siempre igual. A mí no me molesta ni la palabra que parece un insulto ni el significado que es una verdad. Estoy bien avenida con mi puesto en la sociedad, con el papel que me tocó o me adjudiqué en el reparto de la entretenida comedia humana, y ejerzo mi *profesión* libre y despreocupada, con el mismo orgullo con que podría ejercer cualquiera otra ocupación de las tenidas por honestas, y honestas son realmente, mientras no se varíe, que camino de ello vamos, el concepto de la honestidad.

La moral en labios de una pecadora es siempre un tanto acomodaticia. Hay en nosotras como un afán inconsciente y atávico de disculpar la flaqueza, de justificar el vicio o, por lo menos, la causa de habernos embarcado en sus libres bajeles. En esto, como en muchas otras cosas, me aparto de lo corriente; no recuerdo, como otras, entre lágrimas más o menos sinceras, mis tiempos de honradez; no echo la culpa del naufragio de mi vida a la perfidia o maldad de ningún hombre. ¿Para

qué? No somos las mujeres, ninguna sin excepción, desde la más simple hasta la más avispada, tan ignorantes que se nos pueda embobar como a chicuelas sin seso; antes al contrario, muy despiertas por muy enteradas de todo en teoría por intuición sexual, sabemos sobradamente que los chicos no vienen de París, y si nos dejamos engañar es porque el amor o el vicio desmanteló nuestra resistencia y nos llevó al engaño muy a conciencia nuestra y muy conocedoras de sus peligros. Lo otro, lo que se cuenta al amador de un instante, en una hora de abandono sin ilusión, está bien en las historias inventadas de las pecadoras vulgares y lloronas y en las novelas románticas, encanto de porteras casi iletradas y de señoritas cursis, en las cuales novelas nunca falta la doncella inexperta y sorprendida, víctima inmolada a los deseos de algún sátiro, adornado desde luego con el carácter pérfido y cruel de un traidor de opereta.

Dejando aparte este convencimiento mío de que cada uno y cada una tienen en este

mundo el destino que a sí mismo se ha buscado, destino que, aunque en telares ignorados y por hilanderas desconocidas, se teje con el hilo de nuestros propios actos, tengo para mí por verdadero—mi juicio puede ser inconscientemente interesado—que la virtud y la honradez son cosas muy ligadas al temperamento, al temor religioso, a la educación o simplemente a la costumbre.

En el Paraíso no debió existir el pudor. Me figuro que la serpiente tentadora—no he comprendido nunca por qué en bicho tan feo y repugnante se ha puesto símbolo tan bello—no tuvo que realizar una labor muy ardua, ni ser reciamente apaleado el árbol de la ciencia del bien y del mal para que de él cayera la fruta madura a las bocas golosas de nuestros primeros padres. Tampoco estoy muy convencida de que después de la caída, de la que no hay señales de que se arrepintieran, pues tuvieron buen puñado de hijos, se vistieran con la honesta y clásica hoja de parra, que difícilmente atarían a sus caderas y que maldita la falta que les haría para tapar lo

que desde el primer momento anduvo al descubierto a la luz del día en la primera pareja.

Paco Méndez, que en sus buenos tiempos anduvo por países salvajes, asegura que, aun en nuestros días, las mujeres de ellos se despojan de la faldeta cuando aprieta el calor, sin que les produzca vergüenza ni provoque ninguna revolución en la grey masculina el presentarse en cueros vivos; parece que tampoco por allí la fidelidad es un deber, ni los celos una tortura, ni la pareja única la forma de unión de los dos sexos.

Yo creo que el vestido surgió de la vanidad más que del pudor, y que una cosa que tapa pero no oculta del todo, y que no mata sino que aviva las adivinaciones sabrosas del deseo, es más bien piedra de escándalo que cobertura de castidad; esto es, que el cuerpo humano limpio y puro impondría la castidad mejor que las medias caladas, las faldas ceñidas y los escotes que velan, con incitante misterio, la belleza femenina. Si nuestro cuerpo no fuera ya tan endeble para sufrir los rigores de la temperatura, tal vez llegáramos,

con esta costumbre de subir las faldas, bajar los escotes y desnudar los brazos, a presentarnos con el traje que la propia Naturaleza nos dió antes de que surgieran, para encanto de las mujeres y desesperación de los hombres, modistos y sombrereras.

Aunque parezca mentira, he discurrido mucho sobre la virtud y se me figura que es algo postizo, pero ya tan pegado a la corteza humana, que no es fácil el desprenderse de ella. Los pocos o las pocas que lo hacen, o cierran cara a cara, y en el pecado llevan la penitencia, contra las conveniencias sociales o buscan la hipocresía del tapujo. De todos modos, me parece que la virtud deforma y contraría la naturaleza como un zapato mal hecho y apretado deforma y estropea un pie bonito. No estoy muy convencida tampoco de que tenga su origen en un sentimiento puro que, de ser innato, ya hubiera dado al traste con la multiplicación de los mundos. Si se investigaran sus causas remotas, su causa primera, por un espíritu libre de todo prejuicio, acaso se descubriera su origen en el de-

recho de propiedad tan fuertemente adherido al hombre, y que se extiende desde el dominio exclusivo de las cosas materiales hasta el monopolio celoso de la mujer, creador de la atada y aburrida pareja humana, en la que la fidelidad, que el amor hace grata o la costumbre soportable, solamente es exigida a la hembra, única víctima, no siempre paciente, pero siempre propiciatoria, encadenada con los hierros durísimos de los prejuicios sociales. Después se han apoderado de la virtud moralistas y teólogos, para ensalzarla como estado superior y presentarla a las gentes crédulas y timoratas como claro ejemplo a seguir, aunque se ahoguen las voces del corazón y se contraríen los deseos naturales de la carne.

La virtud, la virtud femenina se entiende, porque los hombres se han cuidado de no tener tratos con tan desabrida y arisca da señorita y de no soportar su yugo áspero y regañón, la virtud femenina, repito, me parece, ¿me atreveré a decirlo?, un crimen contra el amplio y libre instinto de la Natura-

leza, porque todos y todas tenemos derecho a saber por qué y para qué venimos al mundo y a gustar las mieles de la vida, en la medida del propio temperamento. ¡Quién sabe si no sería preferible volver a la existencia sin complicaciones de los tiempos primitivos, existencia errante, pero libre, sin sueños y sin lujos, pero también sin ansias y sin desesperación, y al natural y simple amor de la especie bajo la bóveda estrellada de cielo y sobre la blanda yerba de los campos fecundos! Así, suprimida o no necesaria la virtud, restringido el deseo, se disolverían rápidamente en las aguas de la castidad, que nunca romperían los diques de la pura sed, las sales del pecado, que sazonan y hacen más gustoso el manjar prohibido y despiertan con imaginativas evocaciones el apetito adormecido.

Al llegar aquí me paro, reflexiono un instante, dejo la pluma en alto y me decido a poner punto final. Advierto que, sin querer, me voy metiendo en honduras muy peligrosas, y derivo a filosofías un tanto disolventes,

aunque en mis labios pierdan toda autoridad y no sean ejemplos perniciosos a seguir. Voy a parecer a las gentes más libre y despreocupada de lo que soy, cuando no me falta mi poquito de pudor, por imperio atávico, según asegura el ya nombrado Paco Méndez, y así debe ser, puesto que voy por la calle casi desnuda, aunque no más que cualquier dama grave o cualquier señorita casadera, y no me cuesta gran esfuerzo ni me produce vergüenza quedarme, cuando llega la ocasión, en el traje paradisiaco y sin pespuntes de nuestra madre Eva.

II



EJÉ en el capítulo anterior, a vuelta de disquisiciones enfadosas y de filosofías al alcance de todas las inteligencias, sin delinear, como me había propuesto, mi figura físico moral; y voy a intentarlo ahora. No sé si será un retrato tan perfecto que parezca una fotografía tal como la impresiona el cliché, esto es, sin los retoques más o menos hábiles con los que el fotógrafo, por agradar al cliente, corrige los naturales defectos de la fisonomía, o uno de esos dibujos futuristas tan en boga hoy día, en que las caras no son caras, los miembros se burlan de todos los estudios de la anatomía y el contorno es de una arbitrariedad que podrá ser artística, pero que tiene muy poco de figura humana.

Me propongo lo primero, y creo que lo conseguiré. El *nosce te ipsum*, que dijo no sé qué sabio de la antigüedad, no es cosa tan difícil como han dado en asegurar las gentes para disimular la conveniencia de no conocerse. Creo que cada uno se conoce perfectísimamente a sí mismo; sabe, aunque lo deje en los escondrijos del alma y en los desvanes donde el cerebro, como las amas de casa, arrincona los trastos que estorban, de sus flaquezas y de sus energías, de sus pasiones y de sus virtudes, de sus ideas ruines y bajas y de sus nobles y altivos pensamientos; lo que sucede es que tenemos buen cuidado en no mostrarnos en escritos ni en palabras ni en actos tales como somos, y que al engañar a los demás caemos en la candidez de pretender engañarnos a nosotros mismos. La vida toda es una perpetua mentira, sin la cual, hay que reconocerlo, no se podría dar su farsa trágica o regocijada. El hombre miente a sabiendas de que miente, y, en realidad, no puede hacerse otra cosa dentro de esta trama social, de tan apretada urdimbre,

que no nos deja palabra ni acto que sean verdaderamente libres; la franqueza sería andar constantemente con el prójimo a testarazo limpio. Yo, sin embargo, me propongo ser clara; poco me importa pecar de atrevida o pasar por desenfadada o cínica; a mi verdad me atengo, y al que no le agrade que no me lea.

En lo físico soy guapa; perdóneseme, en gracia a lo verídico, esta inmodestia que ya anticipé; la única presunción que se nos puede disculpar a las mujeres, ya que los hombres sólo nuestra hermosura alaban y únicamente por bellas suelen pretendernos. Que soy guapa me lo dice el espejo, amigo leal que así nos halaga con su elogio mudo como nos importuna y desespera con su indiferente censura; me lo dicen, también, la corte de adoradores de toda laya que me persigue y mis triunfos resonantes, que, parodiando al revés a Don Juan Tenorio, han recorrido toda la escala social, desde el regio señor al estudiante humilde.

No soy alta, pero tampoco peco por baja;

más bien tengo la estatura normal de la mujer castellana, pero airosa, suelta de movimientos y bien formada. Aunque gusto por la cara, que los hombres encuentran más graciosa que correcta—aborrezco la corrección de semblante propia de las estatuas que no dicen nada—, sé que gusto aún más por la pureza de mis líneas, por la discreta proporción de mi cuerpo. Mi cabello tan negro, que a veces tiene reflejos acerados; mis ojos pardos con un matiz agrisado que, según me dicen, hace más intensa mi mirada, grandes y rasgados; mis pestañas tupidas y largas; mi nariz, no muy grande, yo la hubiera preferido griega, pero no roma, sino recta y de aletas muy movibles y sonrosadas; muy frescas mis mejillas; mi dentadura sana, blanca y menuda, y mis labios, no muy delgados, más bien carnositos y naturalmente encendidos, sin necesidad de lápiz, que odio porque les da aspecto de llaga sangrienta; tan blancas mis carnes, sobre todo de la garganta para abajo, que no requieren aguas, cremas ni ninguna clase de afeites para parecer de

nácar, y mis senos, no tan abultados que rompan bruscamente la armonía de las líneas y exijan interiores sostenes, ni tan pequeños que parezca que sobre la tabla del pecho pasó, despiadado, el cepillo de San José.

Cuando río, y río con frecuencia, no sólo por mi carácter alegre sino también por la natural coquetería de lucir la belleza de mi boca, se me forma un hoyuelo en cada mejilla, y hoyuelos análogos tengo en los codos, hoyuelos que son como nidales de besos, o que al menos para recibirlos sirven; mi voz, por último, es de un tono muy bonito, tanto que algún poeta modernista la ha comparado al tintineo de monedas de oro que cayeran sobre una bandeja de plata; pura adulación seguramente, pero que, como a toda hija de Eva, si no me enorgullece, me encanta.

Tengo para mi cuerpo un cuidado exquisito. En esto también se distingue, aunque ya se va a la nivelación, el vicio de la virtud; ésta suele ser sucia, y aquél materialmente limpio. Este cuidado es una especie de culto idolátrico. Si es cierto eso de la transmigra-

ción de las almas, yo he debido ser, en tiempos de Grecia y Roma, una famosísima pagana, adoradora ferviente de la belleza corporal.

¿En lo moral...? De mí cuentan muchas cosas, unas mentira, otras verdad y todas exageradas. Me han atribuído quiebras fraudulentas, ruinas, duelos, suicidios; he sido la perdición de no sé cuántos hombres, que, naturalmente, andaban tan perdidos, que, de no perderse conmigo, se hubieran perdido con otra; he destruído no sé cuántos hogares que ya se venían abajo por su propia pesadumbre. Es igual: de lo malo que hay en mí, de lo que de mí se sabe y está a la vista y aun de lo que se me atribuye y se inventa, no me importa lo que se diga y comente. De lo otro que sólo yo conozco, de que tengo, como cada quisque, el corazón en su sitio, de que soy sensible a las lástimas y a las miserias humanas y hago el bien a cencerros tapados sin buscar el reclamo ni aspirar a ningún premio ni en esta ni en la otra vida, tampoco me importa que se ignore, antes al contrario,

me agrada que quede en el misterio de las cosas sospechadas, pero no sabidas.

Lo que sí creo y proclamo es que en todos los órdenes de la vida hay una clara distinción de clases. En mi *profesión* misma, llamémosla así, hay toda una escala que va desde lo más bajo, en que toda desvergüenza, por insignificante que sea, se juzga escandalosa y repugnante, hasta lo más alto, en que la desvergüenza parece como que se escamotea, pule y dora y es menos estrepitosa, cuando realmente lo es mucho más. No puede compararse la pobre mujer, casi muerta de hambre, que recoge el polvo de la calle con la falda raída y concierta en cualquier esquina penumbrosa una mísera y regateada prestación personal, con la pecadora que va en automóvil lujoso, cubierta de pieles costosas, alhajada con joyas de princesa y a quien envidian e imitan en el vestir las señoras decentes, y a la cual no siempre se llega ni aun con la recomendación de unos cuantos billetes de mil pesetas. De mí sé decir que, por lo menos hace mucho tiempo, no me he entre-

gado a un hombre que no me haya cortejado un poco, ni he sido poseída por ningún hombre, y los hubo que quisieron pagar la posesión a peso de oro, que me haya producido repugnancia o simplemente disgusto.

Entre mis compañeras y yo, no sé por qué las llamo así, porque en realidad no me considero compañera de nadie, hay, además, otras desemejanzas de origen y de educación. Soy hija de buenos padres, de tan buenos padres que hasta a mis más íntimos he ocultado siempre mis verdaderos apellidos por un respeto, acaso atávico también, a cosas sagradas; esta ocultación ha sido posible porque mis padres vivieron la mayor parte del tiempo en Barcelona y en la ciudad condal murieron: en Madrid, adonde yo vine traída por mi primera aventura, la primera semirromántica aventura de mi vida, no éramos conocidos, no lo era yo al menos, y nadie ha podido adivinar bajo los libres atavíos de una cortesana de moda a la hija del coronel Guzmán, que fué en vida de sus progenitores una señorita honesta, aunque todos los fuegos inferna-

les llamearan ya en su alma y toda libre despreocupación tuviera en su espíritu su natural asiento. Quiere decir que mientras mis padres vivieron, aunque muy coqueta y amiga de amoríos y ya fatalmente inclinada a las aventuras de la vida andariega, oculté mis flaquezas y no sólo no fuí piedra de escándalo sino que ni siquiera dí motivo de verdadero disgusto.

Me eduqué en un colegio de monjas, no diré cuál —aunque ya es harto frecuente que de los conventos salgan *cupletistas*, bailarinas y cortesanas—, para no avergonzar a las buenas madres, que ciertamente no tuvieron la culpa de que entre las flores delicadas de su huerto místico naciera espontánea y salvaje esta flor de pecado que encontró en mi espíritu pervertido tierra fértil para desarrollarse lozana; por el contrario, les estoy tan agradecida, que más de una vez he hecho a mis monjitas, guardando el incógnito, regalos de importancia, que ellas están muy lejos de sospechar de qué manos pecadoras van a las suyas inmaculadas. De tratarse conmigo, me

tutearía con condesas, marquesas y hasta duquesas, que fueron compañeras mías de estudio; algunas lo son también, aunque en forma solapada que no ha deslustrado sus cuarteles ni alejado de ellas el trato de las señoras honradas, de estas aventuras sabrosas de los amores ilícitos.

Como fuí aplicada y despierta y la curiosidad de saber no iba contra mis flaquezas, entonces incipientes, me aproveché y adquirí una instrucción sólida, completada después, que ha contribuído en no pequeña parte a mis triunfos femeninos y ha hecho de mí una cortesana fina y elegante y «muy siglo XVIII», como diría Rubén Darío. Hay que ver el asombro de los hombres al hallarme muy instruída, muy capacitada para la conversación amena y muy aguda de espíritu. Mis habilidades son, en realidad, muchas y muy distinguidas: pinto, canto, bailo, toco el piano, monto a caballo, en bicicleta y motocicleta, sé guiar un tronco y dirigir un automóvil, hablo perfectamente el inglés, el francés y el italiano, no desconozco el alemán y estoy

iniciándome en el ruso en la agradable compañía de un príncipe auténtico, allegado a lo que parece del zar; un cambio muy curioso de lenguas, pues él no sabe una palabra de español, ni yo jota de su enrevesado idioma; pero todo se andará, porque nada como el amor para aprender el manejo de las lenguas vivas; conozco la literatura moderna, la picaresca, la naturalista y la sentimental; he leído algo a los clásicos, sobre todo a Garcilaso, Quevedo y Pedro del Aretino; me expreso con facilidad, prefiriendo siempre, atavismo también, el donaire picaresco y la observación aguda a la desnudez cruda, y escribo con soltura; fumo cigarrillos egipcios y hasta habanos, si se tercia, y sé echar con gracia el humo a las narices de cualquier pretendiente inoportuno o mentecato.

La solidez de mi educación, la tendencia aristocrática de mis gustos y la libre independencia de mi espíritu hacen de mí una mujer algo complicada, varia y flexible, y muy distinta de las pecadoras de alto coturno. No es en mí la finura, como en otras compañeras

mías, cosa allegadiza, extraída con dificultad del trato de los hombres y tan fácil de descoser que, con frecuencia, al menor esfuerzo asoma el desgarro insolente y provocativo de la chula o la ordinariez insoportable de la maritornes engrandecida. Sé, sin esfuerzo, presentarme y recibir con toda la severa cortesía y toda la señoril llaneza de una verdadera dama, y otras veces, según caen las pesas o me lo pide el humor, aparecer con todos los desenfrenos de una amante libidinosa; sé llorar con lágrimas sinceras como cualquier colegiala sentimental, y burlarme con ática indiferencia o con ironía amarga de las cosas más sagradas; recluirme en los encantos de una vida casi honesta o abandonarme a los placeres de una orgía desenfrenada; puedo beber como el hombre que más beba, desde el recio y sangriento borgoña hasta el ligero y dorado champán, pasando por el ron, el coñac, el whisky, el kirsch y las demás porquerías, algunas ni agradables al paladar siquiera, con que la industria moderna nos estropea el estómago y nos envenena la sangre.

Sin embargo, la borrachera no me atrae, más bien me repugna; ¡he visto tanto hombre finísimo producirse como un carretero apenas el vino sacó a la superficie la interior animalidad! ¡He visto a tanto hombre de talento exquisito hablar y razonar como un bruto bajo la influencia malsana y desconcertadora del alcohol! Además, el vino y los licores que ponen ronca la voz, enrojecen la nariz, arrugan las mejillas y arruinan la salud, no se avienen con mi culto fanático por el cuerpo humano en general y por mi propio cuerpo de un modo especialísimo. Mi abstinencia no es, pues, virtud, sino cálculo. El vino que más me gusta, aunque tampoco abuso de él, es el *champán;* es un vino simpático y de múltiples aplicaciones; sirve para la comida familiar con motivo de cualquier suceso grato, lo mismo que para ensalzar cualquier triunfo artístico; para afirmar un programa político igual que para la orgía estrepitosa. Puedo beberlo como el agua sin temor de que se me vaya la cabeza ni me tiemblen las piernas. Lo he bebido en cáliz de oro, en

copa de cristal finísimo y en palpitante vaso de carne; he sentido resbalar sus gotas, parecidas a pompas de jabón, por mi pecho desnudo, sin que su frescor arrancara un escalofrío a mi carne; pero me abstengo de él por mi dicha repugnancia al alcohol, y no lo bebo mas que cuando no puedo evitarlo, y en esas horas locas en que los taponazos, al descorchar las botellas, alegran la vida, y en que penas y contratiempos, que a nadie le faltan, se ahogan en la espuma del dorado néctar.

Excusado es decir que tampoco uso de la cocaína ni de la morfina que estragan la juventud de ahora y preparan la enfermiza y decrépita humanidad de mañana. Ni me explico que ninguna mujer, por poco que se preocupe de su belleza, tome unas drogas que, a cambio de un pasajero éxtasis, quitan brillo a las pupilas, hunden los ojos, marchitan la frescura, y con sus contracciones nerviosas estropean el rostro más lindo.

Tengo una altivez nativa que no ha perdido su pristino orgullo al hundirse en los bajos fondos del vicio. Cuando se arrastran a mis

pies personajes ilustres por sus blasones, su talento o su posición política, hombres admirados o temidos de las gentes, suplicando mi amor, al descubierto en los labios y en los ojos el deseo superior a la dignidad misma, siento como el placer indecible de un desquite supremo, y si me entrego después de someterlos al yugo tiránico de mis caprichos, no me parece, en verdad, que me rindo, sino que triunfo de ellos y en ellos vengo a todas las mujeres, incluso a las honradas, de los desdenes, de las humillaciones y de las brutalidades masculinas.

Y basta ya de autobiografía. Era preciso, como antecedente de esta historieta, hablar de mí. No he suavizado ni recargado adrede las tintas; en estas páginas sinceras quedo tal como soy, tal como creo ser, al menos, que en realidad viene a ser una misma cosa.

III



os recuerdos precisos que tengo de mis padres arrancan, poco más ó menos, de los ocho años. De antes, expri-miendo la memoria, sometiéndola a verdadera tortura, extraigo también indicios y recompongo impresiones; pero tan vagas y borrosas éstas, tan imprecisos aquéllos, que, en realidad, no me permiten describir escenas, fijar detalles ni delinear figuras. No vale, pues, la pena utilizar materiales tan imperfectos para la labor reconstructiva de la historia de mi vida.

En la época a que me remonto vivíamos en una capital de provincia de tercer orden; no diré cuál con arreglo a la elemental discreción que me obliga a ocultar nombres,

fechas y lugares. Por lo demás, todas las capitales españolas de esta tercera categoría se parecen, si no como un huevo a otro huevo, como dos hermanas gemelas al menos. Podrán variar los accidentes, la mayor o menor abundancia de antigüedades artísticas, el mayor o menor avance de las obras nuevas, el paisaje más claro y riente o más sombrío y triste, según la ciudad radique en la meseta castellana, tocada de la belleza un poco agria de las cosas agrestes y fuertes; en la melancólica Suevia, de cielo nuboso y nieblas sutiles que envuelven sin borrarlo el paisaje blando desenvuelto en escalones desde las viñas que bordean las márgenes de los ríos y las lindes de los caminos hasta los pinos que bravean en los altos picachos; en la áspera Cantabria, fuerte como el hierro de sus montañas y aventurera como el genio de sus nautas; en la agitada y siempre descontenta Cataluña, con sus fértiles campiñas ennegrecidas por el humo de las fábricas y sus viejas ciudades soliviantadas con el estrépito de las pasiones políticas; en la blanca Valencia, con

sus costumbres moriscas, sus huertas fecundas y sus brisas de mar latino, teatro de hazañas asombrosas y llave de poderíos políticos, o en la, al parecer, reidora y frívola Andalucía, con su cielo azul, sus paseos perfumados de azahares y su alegría de cementerio, doliente como sus saetas y trágica como sus peteneras.

El mapa geográfico de España es más vario que su mapa moral; las escenas de la vida cambian poco de una región a otra, aunque cosa distinta piensen y digan los presuntuosos que en no sé qué vagas leyes antropológicas fundan no sé qué orgullosas diferencias raciales, y cambian aún menos en estas viejas ciudades que fueron las más de ellas poderosas algún día y que hoy vegetan a la sombra de sus glorias pretéritas, sin ilusiones, sin sueños y sin ansias de redentores progresos.

Todas tienen su catedral más o menos grande con sus zurcidos de diversos estilos arquitectónicos, que de tal manera se juntan y entraman que, en vez de desconcertar con su desbarajuste de cosas inacabadas, produ-

cen, como si obedecieran a una suprema inspiración de arte, una intensa impresión de belleza; sus palacios episcopales, por lo regular destartalados y feos, con sus zaguanes inmensos, gratos en las tardes veraniegas para echar la siestecita sobre sus blasonados bancos de madera, en el fresco ambiente de sus losas bien regadas y en el dulce reposo de su monacal quietud; sus innumerables iglesias y conventos, con sus torres mudéjares y sus sonoras campanas; templos viejos que rezuman humedad y huelen al moho de los siglos, templos que siempre guardan algún secreto para el artista y alguna leyenda para el poeta, ya en la capilla sombría y misteriosa, ya en el blasonado sepulcro, en el que, acaso, no queda ni el polvo siquiera del que pretendió legar a la humanidad la historia de sus hazañas compendiada en la latina inscripción; ya en algún cuadro hurtado a las miradas investigadoras de los marchantes y a las codicias de cabildos y comunidades; ya en la imagen tallada que parece transfigurar la piedra o la madera inertes con las llamas in-

materiales del misticismo, o en el retablo plateresco que esculpieron y policromaron manos de artistas con frecuencia desconocidos, o en la rica colección de ropas que llenan los estrechos y largos cajones de los armarios de las sacristías.

Pasando de lo divino a lo humano, todas estas ciudades tienen sus casonas ennoblecidas con el escudón de piedra y embellecidas con rejas o balconajes artísticos; sus calles retorcidas y estrechas, cortadas por algún edificio que adelantó arbitrariamente su fachada; sus plazuelas silenciosas, en las que brota la yerba entre las junturas de las piedras mal unidas, como si nunca pisada humana las hollara; sus paseos que nadie frecuenta, como no sea los domingos y demás fiestas de guardar, después de la misa mayor, y su vía estrechuca y corta, asiento de los más lujosos y mejor abastecidos comercios, paseo favorito para antes de la cena, en el que las muchachas coquetean, los jovenzuelos persiguen a las modistillas, los hombres graves hablan de política y todos se apretu-

jan y andan entre codazos y pisotones, como si en la población no hubiera sitio más amplio donde dar a las piernas el natural ejercicio y a la lengua el grato manjar de la murmuración.

No se crea, por lo que llevo dicho, que me burlo de las ciudades provincianas; al contrario: me complace su vida tranquila, monótona y sin apenas emociones, aunque sea frecuente elevar a la categoría de emoción el más insignificante suceso local. Sus días, sin hondos ajetreos espirituales ni grandes cansancios físicos, parece como que duplican la brevedad de la vida. Me agrada esa quietud tanto como me va aburriendo el vertiginoso ambular de las ciudades populosas y modernas, con su incesante ruido que desbarata los nervios; con sus constantes horas de preocupación dolorosa lo mismo si se las dedica al trabajo siempre precipitado que si se las entrega al placer siempre febril; con su intenso trajín, que acaba por martillear el cerebro, rendir el corazón y anonadar el espíritu. En alguna de esas ciudades esperaré la

muerte si Dios o el destino son servidos de que mis últimos días sean tan sosegados como tormentoso es mi vivir de ahora.

En la época a que me refiero era mi padre coronel de Infantería. Como aún no había cumplido los cuarenta años, amigos y deudos le auguraban una brillante carrera; no era, ciertamente, dudoso que con algo de suerte y aun sin ella, por el simple movimiento del primer empuje, lograra los más altos puestos de la milicia. Veintidós años antes, cuando la inútil y gloriosa guerra de África, mi padre era soldado raso; le llevaron a filas su natural aventurero, el entusiasmo que sopló sobre la Península en aquella nueva cruzada contra el moro, en la que parecía revivir el incesante batallar de los tiempos medioevales y también ciertos disgustos que le hicieron huir de libros y familia. Ignoro si en la fuga le acompañó la maldición paterna, como es uso y costumbre, por lo menos, en las novelas románticas. La bravura que desplegó en aquella guerra, la protección que, prendado de sus hazañas, le dispensó el primer duque de Te-

tuán y las conspiraciones en que más tarde anduvo metido y que culminaron en el triunfo de Alcolea le alzaron en esos veintidós años de soldado a coronel. La Monarquía restaurada, generosa o cauta, le ratificó los ascensos graciosamente concedidos por la República y le tuvo muy pronto por uno de sus más fervorosos defensores. Creo que esta historia, esta evolución del espíritu se repite con harta frecuencia; que los rebeldes de hoy son los hombres de orden y muchas veces los reaccionarios de mañana. Mi padre no podía escapar a ese retroceso que algunos deslenguados califican de cuquería. En la época a que aludo era muy amigo de la disciplina y muy severo en lo militar, muy monárquico y muy conservador en lo político.

Sin embargo, el ordenancismo y el conservadurismo de mi padre eran más para los de fuera que para andar por casa, más como freno contra los posibles desmanes de la gente que como cortapisa de los propios caprichos y de las propias debilidades. Creo que también está ley del embudo, estrecha para

los otros y ancha para uno mismo, tiene muchos devotos, no sé si porque los vicios y los defectos no lo parecen sino cuando se reflejan en los demás, o porque la injusticia y el atropello tienen su natural asiento en el corazón del hombre.

Como he hecho el firme propósito de ser sincera, con verdadera sinceridad y no al uso y estilo de los autores de tantas *Memorias* como andan impresas por el mundo para quienes la sinceridad no pasa de ser un recurso retórico, advierto desde el principio que no he de recatar mi juicio sobre mis padres ni sobre mí misma. Acaso, sin tal advertencia, esos juicios chocarían por desacostumbrados o parecerían irrespetuosos y crudos. Repito lo que antes dije: lección de cosas ofrece siempre la vida; aun en sus más bajos fondos, en sus más cenagosos barros brilla siempre una enseñanza provechosa.

Sigo diciendo que mi padre, tan severo, tan despótico y tan inflexible cuando exigía a sus subordinados el cumplimiento y aun el exceso de cumplimiento de sus deberes, olvi-

daba harto frecuentemente la observancia de los suyos. Con mi madre era desdeñoso y cruel, no obstante la romántica aventura que precedió a su matrimonio. Amable con todos los demás, siempre que no se tratara de transgresiones ni templanzas con los susodichos deberes, guardaba, como tantos otros, candiles de casa ajena y apagaluces de la propia, para su mujer y su hija todas las hieles, todas las iras de su carácter irritable, toda la versatilidad de su espíritu inquieto y ulcerado por no sé qué secretas angustias, pues la vida ninguna le ofrecía aparentemente. Para su mujer no tenía consideraciones, cortesía ni fidelidad; por mí, a pesar de ser hija única y no probable que continuara la serie, no sentía cariño, ternura y orgullo de padre.

Acaso en el amor de mi madre, amor indudable, pero tímido y sin valentía para defenderme de las malas palabras y aun de los malos tratos, y en el rencor callado, profundo e inexplicable que yo, a pesar de mis pocos años, adivinaba en mi padre, esté la clave,

claro que no la disculpa ni menos aún la justificación, de los actos que muy pronto me descarrilaron y pusieron al margen de la vida honesta.

Tengo que declararlo y lo declaro a estas alturas sin vergüenza y, lo que es peor, sin dolor: no conservo de mi padre ningún recuerdo agradable. Al evocar su imagen, no hay en mi corazón ni voces doloridas del secreto pesar que el tiempo endulza sin extinguirlo ni calor de ternura efusiva. Me encuentro tan extraña a mi padre, tan apartada de él, que si no estuviera convencida como lo estoy de que mi madre, no por falta de motivos ni de ocasiones, que de unos y otras anduvo harto sobrada, sino por exceso de amor, no desertó nunca de las filas del austero deber y de la callada resignación, creería que entre mi padre y yo no hubo otras relaciones que las que el Código civil establece, un poco candorosamente, entre el marido y los hijos de su mujer. Y, sin embargo, de no ser angustiosa ni efusiva, la memoria de mi padre, a los diez y seis y pico de años de su muerte,

lo veo como si lo tuviera presente y me parece que siento su paso firme, que advierto su gesto displicente o malhumorado y que voy a escuchar su voz irritada, que sólo sabía reñir y amenazar, que nunca acertó con palabras de bondad y de amor.

En lo físico era mi padre un hombre guapo; su belleza fuertemente varonil justificaría la idolátrica devoción de mi madre, si la belleza fuera lo único a tener en cuenta en las relaciones entre hombre y mujer. Alto, muy erguido, ni delgado ni grueso, más bien con las carnes proporcionadas y bien distribuídas sobre los huesos; de frente despejada, aunque siempre fruncida, más que por la labor de la inteligencia por los hervores de su carácter avinagrado y despótico; muy crespo y como con reflejos azulados de puro negros su cabello; el bigote muy peinado y la barba espesa y cerrada; recta la nariz y delgados los labios, entre los que era frecuente la sonrisa desdeñosa cuando no francamente irónica; todo el tipo aristocrático. Mi padre era uno de los coroneles más elegantes y mejor plan-

tados del Ejército español, que siempre fué bizarro y marchoso. Al frente de su regimiento, en las revistas o *paradas,* como se decía entonces, llamaba la atención; como conquistador hubiera despertado a un tiempo mismo el entusiasmo y el temor de las gentes; este último sentimiento es el que producía siempre en mí; nunca me acerqué a mi padre con ternura y zalemas de niña mimada; mi primer impulso al verle era el de esconderme: no esperaba de mi padre caricias y besos, antes por el contrario, temía regaños y azotes.

En lo físico y en lo moral, mi madre era el tipo completamente opuesto al de mi padre, con oposición que si fuera cierto que la diversidad de caracteres es base de una duradera y profunda simpatía, debiera haber hecho de mis padres la pareja mejor avenida del mundo. Todo lo que mi padre tenía de alto y de fuerte lo tenía mi madre de menuda y enfermiza; aquél era el hombre siempre sano, que no padeció cólicos, ni enfriamientos, ni dolores de cabeza, ni supo lo que eran enfermedades del cuerpo ni inquietudes del

espíritu, como no fueran las de sus propias ambiciones, que no por grandes dejaban de ser las naturales y corrientes en los ambiciosos vulgares: honores, posición, mando. Mi madre, en cambio, era una naturaleza enfermiza y apocada; todo lo que en su marido era estrépito y egolatría, era en ella silencio y olvido de sí misma. Yo la recuerdo siempre enferma, dolorida y temblorosa; la atormentaban crueles neuralgias, inquietudes y dudas sobresaltaban su espíritu y deprimían sus nervios, pensaba constantemente en la muerte, y llena de terror se abrazaba a mí y lloraba por ella misma y por mí, por la separación de su marido y por el abandono en que iba a dejarme, y me hablaba de cosas muy tristes que en mis pocos años no entendía bien, pero que llevaban a mi alma todos los pavores de un espanto desconocido.

No se traducía en mi madre la excitación nerviosa, que sacudía su cuerpo delicado y frágil como una caña, en pataletas ni desmayos, sino en copiosas lágrimas y en hondo abatimiento, aparato escénico que solamente

encontraba remedio, y remedio como de mano de santo, en una sonrisa ó en una palabra amable de mi padre, que algunas, muy raras veces, se sentía humano y cariñoso y se acordaba de que la pobre enferma, más enferma de amor desairado que de corporales dolencias, era la mujer que había elegido para compañera de su vida.

Ya he dicho que mi madre era menuda de talla, aunque no tanto que chocara por pequeña; pero no he dicho que era preciosa de cara y de cuerpo admirablemente formado. Nada más dulce ni más interesante que el cándido y cariñoso mirar de sus ojos azules, de un azul clarísimo, ni más agradable y atractivo que su sonrisa; su piel era muy blanca; su cabello, sin necesidad de agua oxigenada ni de manzanilla alemana, de un rubio pálido; su boca pequeña y graciosa, de labios y encías un poco exangües y dientes menudos y blancos; sus facciones tan finas y aniñadas que, cuando yo había cumplido los quince años y ella andaba por los treinta y cinco, parecía mi hermana mayor, cosa que

he observado con mucha frecuencia en las mujeres que fueron madres muy pronto y no reincidieron en la maternidad; mi madre casó a los diez y seis años, y hasta cuatro después, cuando ya no lo esperaba, como dije antes, no me tuvo a mí.

Estas prendas físicas de mi madre, de una verdadera distinción aristocrática, no valían tanto como la ternura efusiva, tal vez algo romántica, de su corazón. Su inteligencia no era muy grande ni había sido muy cultivada por el estudio, aunque era aficionada a leer, novelas especialmente, con preferencia las sentimentales, y aunque había nacido y se había educado en un ambiente favorable para aguzar el ingenio y desarrollar el intelecto: su padre, emparentado con una porción de nobles familias, fué un buen literato de los tiempos de Isabel II, poeta, investigador experto y ameníсimo de usos y costumbres españolas y miembro de las Academias de la Lengua y de la Historia. De mi abuelo materno deben de venirme a mí las condiciones de literato, y si no las condiciones, por-

que ninguna tengo en realidad, la inclinación invencible, al menos, a la literatura.

Mi madre era de espíritu pequeño. No me refiero aquí a esa pequeñez que refleja estrechez en el pensar y ruindad en el sentir, no; ella pensaba alto y sentía hondo; sólo que, por una servidumbre o castración moral, su pensamiento y su sentir no tenían otra mira que mi padre, cumbre de sus deseos y de sus ideales, que ni traspasaban los linderos de aquel amor apenas compartido ni tenía ojos, y éstos deslumbrados, mas que para aquel hombre tan desdeñoso como fervorosamente adorado, más querido cuanto más cruel y olvidadizo, como si la mujer, eterna víctima, no sé si del hombre o si de las nerviosas y desconcertantes contradicciones de su sexo, pusiera todas las ternuras exquisitas de su alma al servicio de quien las menosprecia y maltrata, salvo en las contadísimas horas y en los minutos fugaces en que su deseo apremiante y su egoísta placer les lleva a una ficción de amor.

¡Pobre madre mía! El ejemplo de su vida

triste, de sus sacrificios, tan abnegados como desconocidos; del martirio de su alma cándida, de su débil y humilde sumisión a los caprichos injustificados y a la tiranía indisculpable, ha ejercido en mí, penetrando en mi corazón en la edad en que aún no está moldeado ni desvestidas las ilusiones de sus velos azules, una influencia que a esta hora de ahora no sé si calificar de perniciosa o de favorable, pero que desde luego, de eso estoy segura, determinó la orientación libre de mi vida aventurera.

Desde muy niña, puede decirse que desde que tuve ojos para ver, oídos para escuchar y alma prematuramente despierta para sentir las pesadumbres dolorosas, las realidades crueles de la vida, me sublevé contra aquel carácter blando, contra aquella santa conformidad de mi madre, carácter y conformidad de la mayor parte de las mujeres españolas, y que no es otra cosa, en resumidas cuentas, que abulia del espíritu bien avenido con una completa servidumbre a los fueros del varón o efecto deletéreo de la manera como los

hombres educan a las hembras en nuestro semiafricano país, entre resabios del derecho romano y añoranzas de harén musulmán. Acaso latiera el espíritu indómito, altivo, que indudablemente infundió mi padre en mí con el soplo amoroso que me dió el sér, en aquella protesta que del fondo de mi corazón arrancaban las lágrimas y el dolor de mi madre y su misma sonrisa y su felicidad cuando una palabra menos agria que de costumbre de mi padre aclaraba como rayo de un sol de invierno la tormenta perpetuamente desencadenada en su pobre alma de ilota.

No en mis primeros años, claro es, pero sí en cuanto los sentimientos femeninos surgieron vigorosos en mi alma de niña, sentí como humillación propia, como humillación de mi sexo de mujer, la humillación sin grandeza y sin premio alguno de mi madre. He aquí el porqué de la influencia perniciosa ó favorable a que antes me referí: perniciosa, porque, niña aún, quedaron desfloradas mis ilusiones, desvanecida, sin haber llegado a dibujarse, la que pudo ser la imagen divina de mis sue-

ños núbiles; despojado el amor de las flores de la poesía, sin las que no es mas que una molesta cuando no una repugnante sensación, si no tuvo para mí sus dulces encantos, si no encendió en mi alma sus artificiosas luminarias, tampoco me trajo sus crueles desengaños ni cuajó en mis ojos las lágrimas amargas de un desesperado dolor.

¿Favorable? ¿Me atreveré a decirlo? Favorable, sí, desde luego, porque me evitó esa forzada y prosaica servidumbre de la mujer que se llama matrimonio, porque me hizo despreocupada como un hombre y libre como un pájaro que no supiera de los hierros de la prisión.

Ya sé que las mujeres de mi clase, las sacerdotisas del amor libre, las atropelladoras de la moral social, que así alardea de austera como peca de artificiosa, vivimos a un lado de la vida, aunque la alborotemos con el estruendo de nuestros escándalos. Bien sé que las señoras fundamentalmente honradas y las que sin serlo pasan por tales, porque tuvieron la habilidad de encubrir el

pecado con los tapujos de la hipocresía, nos señalan con el dedo, no sé si escandalizadas o envidiosas de nuestros triunfos, y que los mismos hombres, que por propia decisión y por personal egoísmo dejaron vía franca a sus desenfrenos, cuando nos hallan propicias a sus deseos y se arrastran a nuestros pies y solicitan la limosna de nuestras sonrisas y halaga su orgullo nuestra precaria posesión, nos marcan la frente, la misma frente que cubrieron de besos, con un Inri afrentoso, y nos distinguen con un nombre que en el recio hablar de la calle suena como un bofetón descargado en pleno rostro.

Me es igual. Yo no creo que la mujer, forzado en la galera de su sexo, haya de tener el honor donde no le tiene el hombre, cuando ambos ambulan por el mundo con la desoladora tarea de perpetuar el rebaño de criaturas míseras y doloridas. No me considero, pues, deshonrada porque mis uniones con el hombre sean pasajeras y hechas sin el marchamo de la Iglesia; me creo simplemente una anticipada. En la sociedad del porvenir, en esa

sociedad amplia y generosa que ya alborea con indicios y apremios de alumbramiento, la mujer no tendrá menos derechos que el hombre; no habrá nacido únicamente para ser madre y dar legales certidumbres a la incierta paternidad del hombre. El amor, ya se cobije en el lecho conyugal, ya aletee en la cama de un día o de una hora, no será nunca un pecado, ni un deber, ni una fragilidad humana; será lo que fué en los tiempos primitivos, cuando el pudor no contrariaba las voces del instinto ni se sujetaba a fórmulas litúrgicas ni encadenaba de por vida la tornadiza ilusión del deseo; será un fervoroso culto a la Naturaleza, una cálida ofrenda en los altares siempre perfumados y siempre insaciables de la especie.

¿Que estas teorías y estas palabras son disolventes? No lo ignoro, y a conciencia de que lo son las estampo sin sonrojo en estas cuartillas, pregoneras de mi vida; disolventes ahora, sin duda; tal vez naturales, mañana. ¿Conceptos y palabras demoledoras? Convenido; pero ¡en boca de una cortesana...!

IV

a he dicho que mi madre era como una delicada flor de estufa que sólo tenía color y perfume cuando una caricia de mi padre la sacaba de su languidez enfermiza, de su melancólico abatimiento.

Bajo una palabra cariñosa, bajo una mirada más dulce o simplemente menos hosca que las de costumbre, mirada que apenas brillara en ella la ternura, se le antojaba a mi madre cálida ofrenda de amor, aquel pobre sér revivía con sobrenaturales energías; el cambio era rápido, completo y harto visible hasta para los menos acostumbrados a escudriñar en un rostro las secretas mudanzas de un espíritu; había inmaterial alegría en sus ojos

claros, sonrisas en sus labios, agilidad en sus miembros, como si su sangre, empobrecida por la anemia, corriera de repente impetuosa y alborotada por el canal de venas que azuleaba en la blancura lechosa de su piel; agudeza y gracia en sus dichos; palabras que afluían a su boca, de ordinario contraída por un rictus de dolor, como el agua saltarina de los arroyos que bajan del monte. Todo cuanto la rodeaba aparecía como transfigurado, como perfumado con el perfume tenue de la felicidad que sale de dentro y parece embellecer con no sé qué impalpables esencias las mismas cosas materiales. Era entonces cuando me abrazaba y besaba con más apasionados transportes, y era también entonces cuando, como si yo pudiera comprenderla, me hablaba de mi padre como del mejor y más hermoso y más rendido de los hombres.

Como oasis en la inmensidad inacabable y angustiosa del desierto, como rayos de luz que se filtraran rompiendo la densa negrura de hinchadas nubes, eran en mi madre aquellos éxtasis de felicidad, aquellos rosicleres de

la vida, que muy pronto se hundía como sol que muere en la sombra de una noche tormentosa.

El aire de la realidad cruel y desencantadora, que era fuerte aire de fuera; el retorno de mi padre al acostumbrado trato desdeñoso o indiferente, a las ausencias de tres y cuatro días del pobre hogar sin amor, sin luz y sin alegría, amustiaban los pétalos de la florecilla de estufa y volvía a mi madre a la enfermiza languidez y al melancólico abatimiento, al suspirar constante y al llorar sin consuelo en la obscuridad de su gabinete, del que ni para comer salía, y al desabrimiento amargo por la vida, que en mi madre tomaba, en ocasiones tales, los caracteres agudos y los síntomas alarmantes de una grave enfermedad.

Yo no sé, no lo supe entonces ni puedo resolverlo tampoco ahora, si mis infantiles nueve años, más traviesos y alborotados, a pesar de ser hija única y del ambiente de tristeza de mi casa, que serios y reposados, servían o no servían de consuelo a mi

madre en sus espirituales desfallecimientos.

En todo caso, si la consolaban, este consuelo no era duradero sino que estaba sujeto a las alternativas desconcertadoras de su carácter entristecido y agriado; y así unas veces tenía para mí redobladas ternuras; me apretaba sobre su pecho; me acariciaba los bucles desordenados con su mano blanca, casi exangüe y con frecuencia quemada por la fiebre, y parecía que al contemplarme juguetona, enredadora, con toda la actividad de gurriato de la vida que despunta, había como sonrisas en sus labios pálidos y contraídos por el dolor y como una luz fugaz, pero clara, detrás de las lágrimas que cuajaban en sus ojos enturbiando el cristal de sus pupilas.

Otras, por el contrario, recordando, sin duda, la frecuencia con que mi padre protestaba de mis gritos, de mis saltos y de mis carreras de potranca cerril y como si yo fuera la causa única del abandono de su marido, abandono injustificado porque mi madre era hermosa, con esa hermosura todo

delicadeza y gracia que poseen muy pocas mujeres, y de corazón tierno y efusivo, me apartaba violentamente de su lado: le molestaban mis juegos, le cansaba mi descosido hablar y le crispaban los nervios mis risas, que tanto contrastaban con sus lágrimas; me reñía agriamente por la más leve falta y hasta a veces me pegaba cruelmente por la travesura más insignificante, ella, tan buena y tan cariñosa, que, sin duda, en aquellos arranques de cólera, en aquellos raptos, fugaces por fortuna, de locura, se figuraba que no eran mis carnes inocentes las que maceraban con pellizcos y torniscones sus manos furiosas.

He de reconocer, ya que me he propuesto en estos episodios de mi vida desnudar el alma de todo artificio poético, que si mi madre, tal vez rematadamente egoísta de su dolor, me ocultaba sus lágrimas y sus gemidos encerrándose con llave y cerrojo en su gabinete, yo no hacía nada por averiguarlos y menos aún por poner en la llaga sangrienta de aquel dolor el bálsamo de mis caricias.

Lo declaro con toda sinceridad y no sin alguna tristeza en esta hora ya lejana de aquellos días, en esta hora en la que voces doloridas o fiscales del remordimiento se alzan en mí, tal vez, para impelerme a esta pública confesión de mis faltas; yo no era entonces, es posible que tampoco lo sea ahora, lo que se llama una criatura sentimental y expansiva.

No sé qué instintiva maldad, qué anormales y malsanas adivinaciones había ya en mi alma, que debía de ser en aquella época alma cándida de niña, arrebolada de sueños de color de rosa, llena de zalemas y de mimoserías; no sé qué diablillo tentador se me paseaba por el cuerpo ni qué pujos de independencia, de salvaje rebeldía me apartaban de los míos en edad tan temprana, con apartamiento que si era miedo y casi odio con respecto a mi padre, era despego, frialdad, casi indiferencia por lo que se refiere a mi madre; y, sin embargo, cuando vuelve ahora a mi memoria, y de ella resbala al papel mezclada la tinta con las lágrimas, el recuerdo de mi

madre, es como una estela luminosa en las negruras de esta noche sin luceros de mi vida sola, inútil y sazonada con las más amargas sales.

MÁS desmoralizador aún que la tristeza de mi madre, que el ceño siempre fruncido, el gesto siempre avinagrado y la palabra siempre irónica y cortante de mi padre, y que sus frecuentes ausencias de su hogar, que no caldeaba, como otros padres y otros maridos, con las lumbres de su cariño, era para mí el espectáculo, pocas veces recatado a mis ojos, de las constantes peleas de mis padres. Escribo la palabra en plural cuando más acertado y más verídico sería escribirla en singular, porque nunca, a lo que recuerdo, mi pobre madre tomaba en aquellas riñas otra parte que la que corresponde a la víctima, víctima que, por resignación, por amor, por dulzura de carácter o por apocamiento de espíritu, ni siquiera intentaba la defensa, como no se llame defensa a aquel bajar la cabeza, a aque-

llas lágrimas que cuajaban sus ojos y que caían silenciosas, llorar sin gemidos ni espasmos y continuas, como perlas, sobre sus manos pálidas.

Todo lo encontraba mal mi padre, y en esta disposición de su espíritu, de constante desagrado, era tan difícil adivinarle los gustos como satisfacerle los deseos. De todo, pues, sacaba pretexto o tomaba pie para el regaño desabrido, el comentario agrio y la alusión mortificante. Si mi madre se presentaba con cierto desaliño, que nunca llegaba al descuido ni mucho menos al abandono, «porque las mujeres españolas son todas unas estúpidas que se arreglan y componen para corretear por las calles y para que los hombres las piropeen, como si no fuera su deber embellecerse para el marido, que así tiene que pedir a otra puerta lo que no le dan en la suya»; si, por el contrario, se atildaba y perfumaba, la cantinela era otra: «No es posible que la mujer que se pasa las horas en el tocador, emperejilándose, gobierne su casa»; si la comida no estaba a su gusto ni bien condimentada

por la sencilla razón de que a la cocinera no le daba la real gana de que lo estuviese, «porque mi madre perdía el tiempo en leer noveluchas, en vez de vigilar para que las criadas cumplieran con su deber»; si mi madre le escuchaba en silencio por no encresparle más, salía por el registro de que sólo a los locos se les escucha como quien oye llover y que él no estaba loco, y subrayaba la afirmación con un puñetazo que hacía bailar la cristalería sobre la mesa, todo ello sin perjuicio de hablar de rebeldías, de incomprensión, la eterna incomprensión de las horas de desamor, y de falta de respeto al marido y aliento para las desobediencias de la hija, si mi madre se atrevía a formular alguna protesta que tenía más de tímida observación que de enérgica defensa de sus fueros de madre, de esposa y aun de su propia dignidad de mujer.

Una noche, no la olvidaré mientras viva, como remate de una discusión nimia, como todas, en su principio, tormentosa con truenos y relámpagos de tragedia en su desarrollo, mi padre levantó la mano colérica sobre

mi madre; ella bajó la cabeza, resignada acaso a recibir el golpe; pero hubo tal dolor en sus ojos llenos de lágrimas, tan honda y silenciosa súplica de que no la pegara delante de mí, que con un estupor rayano en el pánico presenciaba aquella escena, que la mano alzada no llegó a caer sobre el rostro humillado, y mi padre salió precipitadamente del comedor, dando un portazo tan fuerte que hizo tintinear la vajilla en la mesa y en los aparadores, como si con sus voces de cristal o de loza protestaran de la injustificada iracundia.

Recuerdo que, vuelta de mi espanto, en un instintivo y generoso movimiento de mi corazón, me arrojé en brazos de mi madre y que, por primera vez, la abracé y la besé las pálidas mejillas con verdaderos y efusivos besos de hija y mezclé mis lágrimas a las suyas y, trocados nuestros papeles, pretendí caldear con mi ternura los hielos de su pobre corazón. Mi madre también me abrazó tiernamente, también me besó con apasionados besos. Después, alzando la cabeza y secándose los ojos, me dijo sencillamente:

—¿Te has asustado mucho, Magdalena? No ha sido nada, nenita. Tu padre es muy bueno: no lo olvides; pero el pobre tiene mucho trabajo, muchos disgustos y no pocas preocupaciones, y es natural que sea aquí, en su casa, con su mujer y su hija, donde se le desaten los nervios que delante de la gente ha de contener.

No entendí entonces, por demasiado niña, la filosofía de estas palabras, el contenido dolor y el resignado sacrificio de esta defensa del hombre que la maltrataba; menos lo comprendería ahora, aunque la vida me ha adiestrado y hecho conocer muchas miserias, porque mi espíritu bravío, y también justo a pesar de sus depravaciones, no toleraría la espuela de ningún tirano ni la afrenta de ningún desafuero. Aquellas palabras de mi madre y la escena que las había precedido, cayeron en mi alma como semilla maldita que más tarde, sin esfuerzo alguno de mi parte, había de fructificar en odio hacia el hombre que así se arrastra suplicante y zalamero cuando su deseo solicita, impaciente y egoísta, nuestra entrega, como se alza, indiferente o cruel,

cuando la mujer que todo se lo dió, en un supremo abandono de alma y cuerpo, no tiene ya nada que ofrecerle para renovar sus ilusiones, y no sólo en odio por el hombre sino en desprecio hacia la mujer misma, pobre esclava, que las más de las veces no sabe ceder al imperio del amor sin la anulación humillante de su propia persona.

Si los padres supieran cuánto daña su desunión a los hijos; si se percataran de la mala semilla que su desamor deja caer en el surco, abierto a todas las siembras, buenas o malas, de hortigas o de rosas, en el corazón de los pobres seres que, sin previa consulta, trajeron a las luchas del mundo y a las amarguras del dolor, es posible pensaran que los que se unieron para dar la vida no tienen derecho a desunirse por un capricho, en un instante de hastío o en una ráfaga de cólera, de la pobre cólera humana que se deshace siempre en cobardes impotencias, y destrozar la misma vida que crearon, esa mísera vida que debiera servir para remachar con clavos de amor los eslabones de la irrompible cadena.

V



UVE una infancia lastimosamente descuidada; salvo en lo material, en que no me faltaba comodidad alguna, en lo moral no estaba más atendida que la golfa más miserable de la calle. La despreocupación de mi padre por cuanto se refería a su hogar y la tristeza y constante abatimiento de mi madre, se concertaban como buenos cómplices para perpetrar el mismo crimen: el de abandonarme a mis caprichos e instintos o a la indocta vigilancia de criados groseros e indiferentes. No es que me faltaran regaños, palabras agrias, encerronas en el desván en la dulce compañía de trastos viejos y ratas correntonas, privación de postre y aun pescozones y

azotes; pero esos castigos, desafueros del mal humor o de los nervios de mis progenitores, que así me flagelaban cuando ellos andaban a la greña, más que sentencias de justicia eran, por lo general, inoportunos y por cosas fútiles, mientras pasaban por alto faltas graves muy necesitadas de corrección; así es, que me enrabiaban sin enmendarme. Al niño no suele convencerle la fuerza de los golpes, pero sí la razón con que se los dan, y aun en sus pataleos de cólera y en la bravura con que se defiende reconoce si el castigo fué merecido, y no odia la mano que se lo inflinge cuando sabe que la mueve un supremo deber, que es al mismo tiempo, y aunque de momento no lo parezca, una suprema bondad.

A los nueve años, mi instrucción andaba tan en mantillas, que, si sabía leer, no puede decirse que supiera ninguna otra cosa. Alguna oración enseñada de viva voz por mi madre, alguna laborcilla nunca acabada, porque era punto menos que imposible sujetar mi cuerpo inquieto al potro de una silla; de ahí no pasaban mis conocimientos. Hubiera ido,

pues, camino de una inevitable borriquería, si la viveza de mi espíritu, demasiado despierto y curioso para resignarse a la ignorancia, y mi afán inmoderado por la lectura, que acaso heredé, con la sangre materna, de mi abuelo, el académico, no me hubieran librado de esa atrofia intelectual que tanto desean para sus mujeres los casi iletrados maridos españoles.

Justo es reconocer que un poco después, mi madre, aconsejada por don Valeriano, su confesor y amigo de confianza, me llevó de educanda al convento de Concepcionistas, y aunque en tales colegios no es de mucha enjundia lo que se aprende, yo no dejé de sacar provechos de la instrucción que en él me dieron, y que amplié por mi cuenta de modo tal, que fuí el encanto de las buenas religiosas, que admiraron siempre mi talento, aunque nunca pudieran hacerse lenguas de mi carácter.

Jamás conquistador alguno entró a saco en ciudad vencida con el ahinco con que yo lo hice en la biblioteca de mi casa, biblioteca

aquellas bonitas flores y aquellos animales un poco arbitrarios en trazos y colorido de los doctos tratados de Botánica y Zoología, que, por sus ilustraciones más que por su texto, que apenas leí, deslumbraron mis ojos de niña.

Esta rápida evolución de mi espíritu, trocando mis inclinaciones de rapiña en apasionamiento de lectora, salvaron, por fortuna para los mercaderes, que en los días negros de encubierta miseria que siguieron a la muerte trágica de mi padre la adquirieron por un puñado de pesetas, de una total destrucción la antigua y rica biblioteca de mi abuelo, y digo antigua porque no pasaba del año 66, que fué el de su prematura muerte.

Sin guía que me aconsejara en la lectura, sin autoridad que hurtara a mis ojos lo pecaminoso, devoré una gran parte de aquellos libros, entre los que abundaban los atrevidos y también los francamente licenciosos, como los Del Aretino, Castillo Solórzano, Antonio de Valladares y otros, en los que lo desenfadado de la expresión no vela lo crudo del con-

cepto ni el realismo de las escenas. Claro es que no los entendía del todo; pero es posible que dejaran en mi alma, naturalmente inclinada por lo visto a la despreocupación, algún sedimento, algunos posos de su descarnada inmoralidad.

Recuerdo que uno de los primeros libros que leí fué el de *Los cien cuentos de Bocaccio.* He de reconocer que me atrajo para escogerlo la inocencia de su título, tan grato a los niños, y también que por entonces no penetré en la hondura de sus graciosas procacidades. Los cuentos de Bocaccio, releídos muchas veces en el original italiano y no mal traducidos como en mi niñez, continúan siendo uno de mis libros favoritos, no sé si porque me recuerdan, con la intensa y dulce poesía que tiene siempre el recuerdo, aquellos años de mi infancia, o si porque su desenfadada picardía se acomoda perfectamente al desenfado picaresco de mi espíritu.

Esto no quiere decir que sólo guste de esa literatura verde, que tendrá siempre un público devoto en los jovenzuelos que aún no

saben de los misterios del amor y en los viejos que con sus imaginadas escenas pretenden galvanizar el cadáver de su mocedad. Hoy, como entonces, soy una insaciable devoradora de libros; mi gusto es vario y amplio como el genio humano que dejó sus huellas luminosas en las páginas impresas, y en cuanto son artísticos, en cuanto tienen bellezas de lenguaje, interés y pasión, todos me deleitan: las novelas picarescas que ponen un granito de sal y unas pulgaradas de pimienta en la desabrida aridez y en la insípida monotonía de la existencia; las de costumbres, que nos fotografían un trozo de la vida y nos hacen reir, llorar o pensar con sus honduras psicológicas y el interés de su trama, y aun las llamadas caballerescas, sobre todo las de Walter Scott, en las que la fantasía se halla frenada por la historia, y las de Dumas, en las que la imaginación hace mangas y capirotes de la historia, forjando tal vez una nueva historia, no más falsa y desde luego más agradable y entretenida que la docta y detallista que nos ofrecen los inso-

portables mamotretos que decoran nuestras bibliotecas.

Si a los nueve años apenas deletreaba, tenía en cambio una imaginación avispadísima; oía con deleite las conversaciones de los mayores, sobre todo si eran escabrosas, aunque, como es natural, yo entonces tenía una idea muy vaga de lo escabroso, y sabía mirar y reir con un descaro, que si entonces parecían gracias de niña despierta, no eran otra cosa sino como anticipos, como imprecisas revelaciones de una pecadora que había de llenar el mundo, el pequeño mundo de sus triunfos, con el escándalo de sus hazañas.

Mi infantil coquetería remedaba la de la mujer más pagada de su belleza y más convencida del poder sutil pero formidable de los encantos femeninos. Enamorada de mis ojos grandes y oscuros, del arco finísimo de mis cejas, que parecían una tenue pincelada, de mi naricilla sonrosada y respingona, de mi boca pequeña y fresca, de las rizadas y negras trenzas de mi cabello y de mi mismo cuerpecín aún no formado, me pasaba las

horas muertas ante el espejo, sonriendo a mi imagen, que se me antojaba graciosa y que debía serlo efectivamente, pues los amigos de casa, cuando me besuqueaban, creo que ya con cierto deleite, me llamaban «monísima», «resalada», «cromo» y otras lindezas por el estilo que no me rubòrizaban, como si fueran naturales homenajes a mi hermosura. Con frecuencia volcaba sobre mí los perfumes de mi madre y me enharinaba el rostro con los polvos costosísimos que ella usaba.

De esta precocidad femenina acaso alcance alguna culpa a mi propia madre, que, prendada también de mi gentileza, gustaba de emperejilarme y acicalarme con sus blancas y acariciadoras manos, por lo menos en los días en que la tristeza no la sumía en una honda desesperación y en una manifiesta desgana de vivir.

Sea como fuere, quiero dejar consignado aquí, no en descargo de mis culpas, ni siquiera como explicación de ellas, sino en sincero respeto a la verdad, que ninguna voz vertió en mi oído en mis primeros años palabras de

ternura; que ninguna mano cariñosa guió la navecilla frágil de mi espíritu hacia los derroteros amplios, lejos de los escollos y bajos de la costa; que ninguna mirada amorosa escudriñó en los abismos de mi alma ni abrió en su tierra fértil el surco fecundo, ni depositó en él la semilla que más tarde hubiera podido cuajar, como en otros campos, en sazonados frutos de candor y de virtud; que todos, los de dentro y los de fuera, admiraron la negrura de mis pupilas, la finura de mi cutis, la picardía de mis miradas y la gracia un poco sensual de mi sonrisa; pero que nadie se cuidó de averiguar si en aquella almita se cobijaban los ensueños cándidos y celestiales de los cuentos de hadas, o bullían los gérmenes de las pasiones pecaminosas que desvían la vida de las corrientes claras, para abandonarla como barquichuela sin gobierno por los mares alborotados del desenfreno.

Ignoro si el alma puede doblarse bajo un yugo férreo o moldearse bajo la blanda presión de una mano cariñosa; no sé si ciertas inclinaciones que nacen con el individuo, que

son como el marchamo espiritual que cada uno traemos al mundo, pueden ceder ante las disciplinas de la educación o transformarse ante el claro ejemplo del ambiente en que viven; si hay o no almas de tierra tan estéril que aun sembradas de rosas sólo producen hortigas y cardos. Averigüe todo esto quien trate de deducir de los actos humanos inútiles enseñanzas filosóficas; ensalcen los triunfos de la voluntad y los méritos de la virtud quienes creen en el libre albedrío y no vieron su voluntad quebrantada por la vida ni su virtud desmantelada por las tentadoras aseñanzas. Sé únicamente que no tuve férreo yugo, mano cariñosa, disciplinas de educación ni claro ejemplo que seguir. Sé, además, que no creo en el libre albedrío ni, por tanto, en la responsabilidad de los seres que ambulan por el mundo sometidos a todo género de extrañas y dominadoras influencias.

Con lo anterior quiero decir que no creo en mis culpas ni aun en que sean culpas. La sociedad creó la cortesana como creó tantas otras cosas al contrariar con sus artificios el

espíritu amplio y generoso de la Naturaleza. El amor se hizo pecaminoso al hacerse hipócrita y convertirse en un título de propiedad individual. Nada más natural que el amor ni nada más falso que la eterna pareja humana, en cuyos aburridos brazos agoniza, bostezando, el amor mismo.

VI

ECONOZCO que me he entretenido más de la cuenta y más, desde luego, de lo que me proponía en las referencias acerca de mis padres y de los primeros años de mi vida. No sé si la frescura del recuerdo guió mi pluma y alargó el relato o si instintivamente, con un vago anhelo de disculpa, ahondé en la pintura de mi carácter y en la del ambiente de hogar desolado, sin rayos de sol ni sonrisas de felicidad, en que ese carácter se ha formado.

No insisto en el propósito ni reincido en el pecado. De mis primeros años, de mis emociones primeras, hablaré extensamente en otro episodio, que tal vez algún día escriba, y que titularé *Los años inocentes,* o de otra

manera, no sea que este título parezca una paradoja, ya que en realidad no puede decirse que yo haya tenido años de candor ni que la inocencia absoluta haya florecido en mi alma.

Este episodio que doy ahora a la estampa, primero de los que constituyen la historia cabal de mi vida aventurera, es, como dije al principio, regocijado, sin mezcla de tristeza alguna, digno, a lo que a mí me parece, de la Musa retozona de Bocaccio o de la pluma picaresca de Maupassant; no caben en él, por tanto, ni las huellas de las lágrimas ni los reflejos de la tragedia. Si alguna vez asoma la melancolía como una nota de pesar, cúlpese a que el sentimentalismo que vive agazapado en toda alma surge, contra nuestros propósitos, cuando menos se piensa, en medio de una carcajada, de un comentario irónico o de una cruda procacidad.

Hago, pues, gracia al lector de mis años de educanda en el convento de Concepcionistas, aunque mucho y muy entretenido tenga que contar de ellos y contaré en el mencio-

nado episodio; paso por alto la muerte violenta de mi padre, que dejó en mi alma una angustiosa, una turbadora interrogación que el tiempo y la experiencia de la vida no han sabido aún contestar; omito el relato de los meses de miseria vergonzante que siguieron a aquella muerte; de la desoladora tristeza de mi madre, que no tardó en reunirse en otro mundo mejor al hombre que no había sabido comprender su cariño inmenso ni se había preocupado de darle la felicidad; y dejo, por último, en el tintero, de donde acaso no salga nunca, porque este episodio, este fundamental suceso de mi vida mísera me repugna, la narración escabrosa de mi primera aventura, de mi total entrega a mi primo Manolo, entrega estúpida, que no supo ni siquiera disculpar las vergüenzas de la caída con los arrebatos de la pasión.

Así, de tumbo en tumbo, de escalón en escalón, vine a parar, hace algunos años, a esta mi actual situación de cortesana elegante. No se crea que esta profesión me convierte en la mujer de todos. Hay en mí,

reservas y orgullos que me impiden rodar por completo al arroyo y mancharme con su fango. Mi vida es libre, pero no desenfrenada del todo en las apariencias. En el hotel en que vivo, regalo espléndido del duque de San Fermín, no hay tertulias alegres ni se dan escándalos; ningún hombre penetra en él con humos de amo ni por simple fuero de varón. Aunque me exhibo bastante y no retrocedo ante ninguna audacia, sé revestirme, me revisto tal vez sin darme cuenta, de maneras decentes, de tal modo, que ninguno que no me conozca descubriría la pecadora despreocupada bajo la señoril apariencia de una muchacha honesta. Recibo pocas visitas, y sólo la del duque por la puerta principal; vivo con mis criados y con mi tía Concha, que también da a mi casa cierta respetabilidad y pudibundez que sin ella no tendría.

He de advertir, antes de pasar adelante, que esta tía mía no es una tía fingida como la de Cervantes y como tantas otras tías y madres postizas que andan por el mundo a modo de tapaderas, cómplices amables o hi-

pócritas encubridoras de las travesuras de las mujeres libres que no nacieron para los austeros deberes del matrimonio y menos aún para la insípida soledad de la soltería sin esperanza. Esta tía mía es una tía auténtica, prima segunda de mi padre y señora muy buena, muy decente y muy devota, aunque todo ello parezca extraño en quien vive en mi compañía y entre mis constantes y desenfadados atropellos a la moral.

En honor a tía Concha y en honor a la verdad, señora esta última de muchas campanillas, pero tan agria que todos, hasta los más sinceros, huimos de su trato, debo consignar y consigno que en mi tía el cariño por mí sobrepuja a todo otro género de consideraciones y vence cualesquiera repugnancias que mi conducta pueda producirle, y que, cuando a la muerte de mi madre me vió correr como navecilla desarbolada al abismo insondable al que me arrastraban mis instintos perversos, luchó bravamente por detenerme a sus bordes, y aun pensó seriamente en casarme, creída de buena fe que el diablillo tentador

que me corría por el cuerpo desaparecería como por arte de exorcismo con la santa coyunda. Por fortuna para el que hubiera podido ser mi marido, desoí tan prudentes consejos; un resto de pudor y de honradez, que algún hombre desconocido debe agradecerme, me hizo huir de la idea tentadora de buscarme un editor responsable: no soy, pues, tan rematadamente mala como parezco.

Por amor a mí, como dije antes, mi tía transigió y transige con mis extravíos, aunque sin prestarles la asistencia de su conformidad. Y no sé si sólo por amor a mí o si también con la secreta esperanza, que barrunto aún no ha perdido del todo, de traerme al buen camino; la leyenda de mi patronímica María de Magdala, que amó mucho y por amor se redimió, no es un bello cuento perdido entre las páginas poéticas de la Biblia. De redomadas pecadoras pueden surgir, en el declinar de los años y en el desencanto de las ilusiones, devotas arrepentidas que asombren al cielo con sus virtudes como escandalizaron al mundo con sus desenfrenos.

Tía Concha vive conmigo, pero con vida tan silenciosa, tan confinada en la habitación más oculta del piso segundo del hotel, tan alejada de mis correrías y de mis tratos, que los más de mis amigos no sospechan siquiera su existencia, y que los pocos que la conocen la tienen por un ama de llaves malhumorada, cuando no francamente gruñona y arisca. No obstante su retraimiento, me presta inapreciables servicios; sin tocar mi dinero, que sabe es dinero del pecado, también yo lo sé, sin que el saberlo me importe gran cosa, administra mi caudal con todo el celo de una persona que no administre bienes ajenos. Si tengo un capitalito, si casi puedo asegurar que no moriré en la triste cama de un hospital ni me enterrarán de limosna, como a tantas otras que, como yo, tuvieron coches, vestidos lujosos y joyas suntuosas, se lo deberé a tía Concha. Me presta, además, en el orden moral, un servicio incalculable; es la única persona *honrada* con quien me trato; pero con tantas reservas escribo la palabra «honrada», que, apenas escrita, estoy a punto de

tacharla; si he de verter en las cuartillas toda la sinceridad de mi pensamiento, no hay modo de que oculte que tampoco, a pesar de su corazón bondadoso, de su virtud arisca, que, unida a un rostro sin belleza y a un cuerpo sin garbo, rechazó todas las tentaciones del pecado, y de su devoción agria e intransigente, puede parecerme tía Concha una mujer fundamentalmente honrada, ni he de encubrir la alegría maligna que este convencimiento me produce, pues así la buena señora no es un fiscal para mi conciencia; si mi tía es personal y materialmente honrada, no lo es moralmente; transige, no conforme, pero sí resignada, con mi vivir desordenado, y come, sin la vergüenza de ganarlo, el mismo amargo pan que yo.

Acaso parecerá al lector inverosímil cuanto digo aquí de mi tía Concha. Si tal le parece, piense que la palabra inverosímil, la más impropiamente usada de todas las palabras, no se le cae de la boca a la gente que la aplica a cuanto se le antoja que se sale de lo vulgar y ordinario, sin dar en la cuenta de

que la vida se desenvuelve en sucesos más sorprendentes y ofrece tipos más raros que todas las tramas urdidas y todos los personajes creados por la fantasía de los novelistas.

Y ahora sí que pongo punto final a cuanto se refiere a mi persona, mi carácter y mi historia. Continuaré el relato de este trozo suelto de mi vida; no me parece oportuno que toda su sustancia, si alguna tiene, se quede en el proemio.

VII

N la época del episodio que voy a relatar, era yo la amiga íntima, dicho sea en el más florido e inofensivo castellano, del duque de San Fermín, grande de España, millonario, jefe del partido conservador, presidente del Consejo de Ministros entonces y en disponibilidad para serlo cuantas veces permitan los vaivenes de la política ahora; amo del país, según todos, y esclavo mío, según yo. Relaciones las mías con el duque, discretas, sin escándalo alguno, todo lo a cencerros tapados que es posible y nada abrumadoras para mí, pues el duque no peca de exigente, tiránico ni celoso.

Todo el mundo conoce al duque de San Fermín; no voy, pues, a descubrírselo ahora

a los españoles que se lo saben o creen sabérselo de memoria. Nadie ignora que es hombre ya entrado en años, pero bien conservado, aún recio y ágil, pues a pesar de sus andanzas, de sus preocupaciones políticas y de su afición a las aventuras galantes, ha administrado siempre con tan cautelosa prudencia el caudal de su organismo, que vivió hasta ahora de los intereses, de tal modo que, siendo ya viejo, parece más joven que muchos que lo son en realidad.

Todos saben también que es señor muy afable, con una llaneza que si no es natural aparenta serlo, y que constituye, con su rancia prosapia y su fortuna fabulosa, el principal resorte, la secreta causa de sus triunfos mundanos y políticos; que es político experto, pero escéptico; orador más reposado que verboso y más agudo e intencionado que elocuente y culto; gobernante más oportunista que previsor, más para nuestra política de farsa y campanario que para los vuelos de los estadistas geniales; esto es, gobernante de los de pura cepa española, sin experien-

cias del pasado, que para ellos es letra muerta, ni atisbos del porvenir, que para ellos es una esfinge, que lo mismo puede salir por zortcicos que por soleares, aptos únicamente para zurcir de cualquier modo los desgarrones del momento, pero no para encargar un traje nuevo a la medida del cuerpo nacional.

No voy, pues, a hablar del duque político y político ensalzado con las consabidas reservas mentales, peros y distingos de los elogios españoles, por las derechas ahitas de gubernamentalismo, devoción, acaparamientos y dinero, y zaherido, puesto en la piqueta del ridículo y constantemente censurado por las izquierdas, que no sé si padecen sed de justicia y democracia o puro deseo de chupar de las ubres ubérrimas del presupuesto y de comer a dos carrillos de los menudos chanchullos y de los grandes negocios del Estado, las cuales izquierdas no le perdonan el ser prócer, el ser rico, el ser presidente del Consejo de Ministros, ni el tener a veces, a vuelta de sutilezas y engañosa flexibilidad, mano dura para reprimir el motín, imponer la ley y

dirigir la clásica nave del Estado, harto débil y desarbolada para surcar sin riesgo los encrespados mares de la política y de la vida nacional.

Voy a hablar del duque *íntimo*, del que conozco yo como seguramente no le conoce persona alguna en el mundo, ni su mujer, a quien miente y engaña con tan constantes desvaríos que representan una inconstante infidelidad; ni sus amigos, que le contemplan embobados como al Júpiter, que lo mismo puede descargar los rayos de su cólera que derramar el cuerno de la abundancia de sus mercedes sobre las bocas pedigüeñas e insaciables de sus correligionarios; ni los españoles, que unas veces le temen y lo toman en serio, y otras le traen y le llevan entre chanzas y bromas, desde el dibujante que lo caricaturiza, por lo regular con peor intención que gracia y buen gusto en cualquier periódico radical, hasta el anarquista, ejecutor de inapelables y misteriosas sentencias que, acaso, al verle pasar en su automóvil se relame de placer pensando en la popularidad que alcanza-

ría en el mundo entero y en los méritos que contraería con la buena e inocente causa de la destrucción universal si tuviera agallas como le sobran malos propósitos para tumbarle de un tiro o hacerle polvo con ese dulce artefacto de la liberación humana que denominan bomba.

El hombre que, según dicen, tiene metida en un puño casi toda España y en el otro a los gobernantes, sin excluir al rey, es, por una paradoja muy frecuente en los tiranos, a quienes, como a Aquiles, siempre se les encuentra algún punto vulnerable en la reciadumbre del espíritu, tan completamente mío, que juro en mi ánima, sin que sea vanagloria ni otra cosa distinta de lo jurado me quede dentro, que no hay capricho que no me satisfaga, travesura que no me perdone, desdén que no aguante, preocupación que no ceda a mi sonrisa y dolor que no aplaque una caricia de mi mano o un beso de mi boca.

Si los gobernados supieran en qué oídos se depositan, a veces, los más graves secretos del Estado; qué consejos de mujer, en

ocasiones ni digna siquiera, se traducen en resoluciones de Gobierno; a qué inspiraciones femeninas se deben, acaso, atropellos e injusticias; si supieran que el hombre, por encumbrado que esté y por ecuánime que parezca, es el eterno Sansón, que se deja cortar los cabellos en una noche de amor, es posible que se revolucionaran más de lo que lo hacen y que la gentil cabeza de la Du Barry no fuera la única segada por el verdugo y mostrada pendiente de un garfio a las estúpidas miradas de un pueblo imbécil y borracho de sangre. Por fortuna, la farsa política, que sería la más entretenida, si con frecuencia no fuera la más trágica, de las farsas, cuida de vestir la escena para asombrar a los bobos, que presencian el espectáculo sin penetrar en lo que pasa entre bastidores; sus histriones declaman tan concienzudamente sus papeles, que las pobres gentes los creen sinceros, cuando no son más que parlanchines; cultos y trabajadores, cuando su ciencia no pasa de una docena de frases vulgares y de tópicos cúralotodo, y su trabajo

no es otra cosa que el desahogado aprovechamiento de la labor y de las vigilias de los demás.

Sería tan curiosa como edificante una historia de los grandes hombres «en camisa». Sólo que hoy no existe pluma lo suficientemente audaz y desenfadada para escribirla. La Musa de Quevedo duerme con el ilustre Señor de la Torre de Juan Abad, que en tiempos de poder absoluto y de Inquisición pudo escribir los célebres versos:

«No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises o amenaces miedo...»

No sería menos curioso investigar la huella de la mano femenina en las nobles empresas como en los hechos ruines de los hombres; averiguaríase a través de la historia que si los hombres gobiernan a los pueblos, los hombres nó son más que juguetes deleznables en las manos caprichosas de las hijas de Eva. Ellas, cuando la vanidad más que el amor las mueve, alientan a los débiles, deci-

den a los tímidos, encorajinan a los cobardes, ponen en las manos masculinas la espada del héroe o el puñal del asesino, desmandan a los rectos, hacen pródigos a los avaros, encienden en unos el amor, que es un volcán; en otros, los celos, que son un infierno; y no digamos cuando se mezclan en la cosa pública; entonces son las iniciadoras de los motines, las Furias crueles, implacables, que atizan el genio destructor de las revoluciones. Detrás de un hombre hay siempre una mujer; es la voz subyugadora que dicta, como el hombre es el brazo fuerte que ejecuta.

Y aún quieren algunas mujeres, ¡majaderas!, por lo general feas e incasables, y esto las disculpa, masculinizarse, convertirse, no en compañeras, sino en camaradas del hombre; tener los mismos derechos y las mismas desconsideraciones que ellos, como si al conseguirlo no se corriera el grave peligro de evaporar la misteriosa esencia del influjo femenino, que unas veces con lágrimas, otras con fingidos enfados, éstas con desdenes, aquéllas con blandas caricias, se señorea

siempre de los hombres, altos o bajos, tiranos o siervos, que es como señorearse del mundo entero.

Sombras de Dálila, de Judit y de Ester, de Aspasia y de Cleopatra, de La Padilla, de La Montespan, La Maintenon y de María Antonieta, sombras de tantas otras mujeres que fuera pedante enumerar, que empuñasteis el cetro de la hermosura, de la gracia y de la agudeza; vosotras vagáis por las páginas muertas de la historia, que vestís de impalpable encanto y de tenue poesía, sin inclinar la frente bajo el peso de vuestra influencia satánica o divina, que fué granjería de vuestro amor y desquite de nuestro sexo y fué también maleficio para los hombres, las dinastías o los pueblos, o varita mágica que desató las revoluciones o arrancó una espina de la frente ensangrentada de la Humanidad; sombras pálidas que dejasteis en el mundo la clara huella de vuestros pasos, vosotras decís a las hembras masculinizadas de ahora que el poder inmenso, indestructible, por lo mismo que dispone a su antojo de

las armas nunca embotadas del amor, del influjo intenso de unos ojos dulces, del encanto de una sonrisa que clarea como un rayo de sol entre unos labios de grana y de la fuerza avasalladora de una caricia estriba en ser mujer, muy mujer, en dejar al hombre sus vanidades pueriles y su imbécil orgullo y en abrirle los brazos para que en ellos el orgullo se rinda y la vanidad se transforme en las cálidas ofrendas que aroman el altar de Venus con el incienso de una fervorosa devoción.

Perdóneseme este canto espontáneo y un poco cursilito a la feminidad, cosa muy distinta, según mi entender, a ese rabioso feminismo de ahora, parejo del sindicato único y de la libertad a tiros. Continúo el relato.

Carlos de la Roca Hendida, López de los Pulgares y López de los Pulgares, Sarmiento de Bengochea y Atarazana de los Carrizos—cito todos sus apellidos como es costumbre entre los aristócratas para distinguirse de los demás mortales que, como ellos, podrían usar media docena sin otro trabajo que buscarlos

en el árbol genealógico—, duque de San Fermín, marqués de Valle Sombrío, conde de las Encinas, señor *in partibus* de no sé cuántos pueblos, aldeas y lugares, tres o cuatro veces grande de España y quince o veinte millonario, de millones de pesetas se entiende, me cortejó hace un año con la asiduidad un poco pesada y otro tanto ingenua de un estudiante del curso preparatorio de leyes. Desde que advertí la estratagema, y excusado es decir que la advertí a las primeras insinuaciones, me di en mi interior por rendida; el amor del duque halagaba mi vanidad de mujer y había de satisfacer todos los desenfrenos de mi codicia; además, Carlos podía, y puede ser, querido por sí mismo: es guapo, alto, sin que los años le hayan encorvado, y elegantísimo; todo en él, los gestos y los ademanes más corrientes, las palabras más insignificantes, los actos más sencillos revelan al prócer, a quien para ser de estirpe regia apenas si le faltan unas gotas de sangre. Estoy segura de que querría al duque con pasión pura y desinteresada si mi corazón no estuviera cerrado

por completo a las efusiones sentimentales; aun así me parece a veces que le quiero, aunque mi cariño tenga más del respeto de hija que del amor de mujer.

A pesar de este afecto, que no surgió al principio sino que ha ido formándose con el trato frecuente, por cálculo, para enardecerle más y hacerle más mío, y también inconscientemente, tal vez por ese odio ingénito en mi corazón a los hombres que me lleva a maltratarlos, aunque no merezcan el maltrato, no me entregué al duque sino después de un constante galanteo, de un larguísimo asedio y de muy apremiantes súplicas, como si mi virtud fuera de esas virtudes ariscas que tienen que ser desmanteladas, con muy apretadas demandas y muy intensas y hábiles sugestiones.

Este mismo odio o, mejor dicho, esta versatilidad natural en toda aventajada hija de Eva, me hace ser con el duque inconstante, frívola y variable como veleta de campanario, según sopla el viento de mi capricho o de mi humor; pero no hay manera de enfadarse

con él; con Carlos no valen las discusiones violentas, las palabras agrias y altas que en los instantes de cólera desatan los nervios, los gestos airados ni las posturas trágicas, y supongo, porque no los he ensayado, que tampoco los fingidos desmayos ni los torrentes de lágrimas. Su altiva calma no se altera, no relampaguean sus ojos, no se contraen sus facciones, no sube de tono su voz ni tiemblan sus manos; es hombre acostumbrado al mando, a la oposición, a la diatriba y al insulto de sus enemigos, que sólo obtienen de él una desdeñosa sonrisa o una filosófica resignación.

Cuando con cualquiera de sus discursos académicos, razonados, dialécticos, desencadena los huracanes de la oposición, él no intenta siquiera luchar con el escándalo, no pretende que su voz domine el estrépito de las protestas airadas, de las imprecaciones retóricas, de los apóstrofes violentos; mientras el tumulto está en su período álgido, se calla como si nada se le importara de todo aquello, juega distraídamente con la cadena del reloj o los guantes, y cuando debilita-

da por su propia fuerza la turbonada decae como marea que se retira o como olas que se amansan, zurce la rota ilación de su discurso con el mismo tono de voz con que lo había empezado.

Es punto menos que imposible quebrar la trabazón del espíritu de este hombre, penetrar con luz pesquisidora en la obscuridad recóndita de su alma, desmantelar con ninguna emoción humana la recia contextura de su carácter.

El duque de San Fermín sería un constructor de pueblos, un caudillo de masas disciplinadas y ciegas, capaces de hacer lucir de nuevo sobre nuestro yerto solar los soles de la gloria, si tuviera más talento y, sobre todo, más fe. Su talento es claro, pero no llega a genial; su ciencia política, ya lo dije al principio, sabe de los hombres, de sus flaquezas, de sus picardehuelas y de sus vanidades; adivina a quién ha de tratar con llaneza, rendir con dádivas o amedrentar con amenazas; pero no ahondó en los libros ni entiende del alma colectiva de los pueblos, inquieta como

el mar inmenso que trae a la superficie los coletazos de las corrientes internas, y por lo regular apartada de sus gobernantes, que apenas sirven para perros ladradores cuando pretenden pastorear el rebaño. El duque es incapaz de decisiones enérgicas y de iniciativas audaces. En cuanto a su fe, se me figura que no la tiene en cosa alguna ni del cielo ni de la tierra. No cree en la patria, que juzga condenada a muerte irremediable, aunque se aprovecha de su decadencia para imponer su poder; no cree en los hombres porque los considera inferiores a él, y tampoco cree en su propia superioridad; no cree en la Religión aunque halaga a las derechas, que son la base de su poder, y mantiene los privilegios y la influencia de la Iglesia; no cree en la amistad, porque harto sabe de inconstancias y de ingratitudes y de que allí van voluntades tornadizas donde se ofrecen granjerías y allí se zurcen traiciones donde el falso amigo espera conseguir material provecho; no cree en el amor aunque lo utiliza para satisfacer sus deseos.

En verdad yo no sé si Carlos es un hombre intensamente ególatra, fundamentalmente egoísta o un filósofo que, al decantar en el libro palpitante de la vida todos los placeres, se encontró cara a cara, tal vez sin sorpresa y sin dolor, con la inutilidad de la vida misma.

En sus relaciones conmigo, el duque es algo menos frío, algo más apasionado, pero no muy distinto a como se presenta en público. No he conseguido exasperarle nunca, aunque más de una vez en un estallido imprevisto de mis nervios me lo he propuesto. Más de una noche, cuando la excitación traducida en palabras agrias y airados gestos ha llegado en mí a su período álgido, el duque me ha cogido la mano, me la ha besado con aristocrática galantería y se ha despedido de mí, diciéndome, palabra más o palabra menos:

—Debes acostarte, Magdalena; esta noche seguramente no te encuentras bien. Me voy para que descanses, hija mía.

—No te molestes en volver—le he gritado

yo siempre en casos tales, con unas furiosas ganas de abofetearle.

Escena repetida constantemente con la misma constante inutilidad, porque siempre ocurre lo mismo; yo despido al duque, no muy segura, es verdad, de mantenerme firme en la despedida, y el duque vuelve; vuelve en la misma forma con que en la Cámara reanuda la rota ilación de un discurso; quiero decir que no vuelve rastrero, suplicante, humillándose; vuelve como si nada hubiera ocurrido entre nosotros; me besa la mano con la cortesanía de un gentilhombre de la corte de Versalles y se sienta a mi lado y me habla de cosas indiferentes. Después, cuando, gracias a su charla siempre amena y llena de encanto, desaparecen los frunces de mi frente, el desdén de mi boca y la estudiada frialdad de mis palabras, me da un beso casi paternal o juega con mis bucles, y así, sin una explicación, sin lágrimas en mí ni apasionadas protestas en él, hacemos las paces; las hacemos, pero en verdad no sé si el temor de perderme ha aumentado unas pulgaradas su

cariño por mí ni si me he adentrado un milímetro más en su corazón.

Y así es en todo. Carlos tiene demasiado mundo y conoce sobradamente a las mujeres para no estar seguro de que le engaño; nunca, sin embargo, ha revelado la menor sospecha. Él debe de tener, como cada hijo de vecino, sus horas de angustia, sus minutos de preocupación, sus instantes de dolor; acaso cerca de mí le torturan los celos y le acucia, como a tantos hombres, la dolorosa curiosidad de saber de su desgracia, pues no ignora que si lo que se compra con amor no es prenda segura, menos ha de serlo lo que se adquiere por dinero en contrato aleatorio que entrega la material envoltura y deja libre e independiente la altivez del espíritu. Pero nada de eso asoma a su rostro de diplomático chino; es como esas corrientes submarinas de incalculable poder que, por demasiado hondas, no rizan la superficie del mar ni aun producen en ella el leve chapoteo que causa el ala de una golondrina.

Este es el duque. Me he detenido en su re-

trato porque Carlos es figura principal en la historia de mi vida; no resulta ocioso, pues, que en este primer trozo de mis memorias haya delineado su figura física y moral, tanto más cuanto que sin sus relaciones conmigo, sin su deseo de complacerme y también sin su escepticismo elegante de político del Renacimiento, no se hubiera dado nunca el donoso suceso que constituye el asunto de este episodio.

VIII

NTRE todas mis amigas, ninguna me es más querida que Maruxa, tal vez porque su trato asiduo me sirve para estudiar y comprobar las diferencias intelectuales y hasta éticas que me separan de ella y de las demás compañeras de despreocupada profesión.

Hay, efectivamente, en las relaciones amistosas entre Maruxa y yo, cierto natural desdén en mí y cierto respetillo con algunas pulgaradas de adulación en ella; dijérase que yo soy la señora venida a menos a quien la desgracia no hizo perder los fueros del señorío, y ella la criada inopinadamente engrandecida que, a través de los azares de su buena fortuna, conserva la huella imborrable

de su baja extracción. Claro es que Maruxa aparenta desconocer esta superioridad, aunque sucumbe a su misteriosa influencia; pero, a pesar de que su orgullo, que también hay orgullo en esta clase de mujeres, le fuerza a creerse mi igual, algunas veces descubre con hechos y con palabras que me tiene por un sér superior, tan superior, que toda su secreta aspiración es la de parecerse a mí; por lograrlo hace cuanto puede; se viste y calza en las mismas casas que yo y procura imitarme en gestos y modales, como si lo que nació con una y es como sustancia impalpable, incorpórea de nuestro propio sér, pudiera aprenderse fácilmente sin que a las primeras de cambio se desbarate lo aprendido como traje mal hilvanado.

—Tú no eres como nosotras—me dijo una vez, en que el amor propio no se sobrepuso a la sinceridad—. Hay en ti no sé qué; vives nuestra misma vida, y, sin embargo, te distingues de todas. Tú eres una verdadera señorita.

—Claro que lo soy—le contesté tranquila-

mente—; una señorita un tanto despreocupada y libre, pero que nació señorita, se educó como señorita, leyó y aprendió algo y no se considera inferior a ningún hombre de los que la cortejan ni aun a ninguna mujer de las que la desprecian.

—Bien se ve todo eso que dices—respondió Maruxa con un convencimiento que me hizo reir—. La otra noche lo decíamos en Parisiana: Magdalena parece una marquesa. ¿Fué tu padre marqués, tú?

No sé por qué me disgustó tanto la pregunta, que repliqué airadamente:

—Nada te importa lo que fuera mi padre, ¿sabes? Nosotras no tenemos padres o es como si no los tuviéramos; ellos nada tienen que ver con nuestra vida ni con nuestros extravíos.

—Eso pensarás tú, que yo no—repuso mi amiga encogiéndose de hombros—. A mí no me da grima hablar de mi madre, que es de lo único honrado que puedo hablar; de la pobre viejiña que en la aldea trabaja más que una burra para mal comer una torta de maíz.

que no la querrían nuestros perros, unas patatas asadas y un puñado de castañas cocidas, y que no falten, que a veces faltan; la infeliz tiene muchas bocas que mantener: a mi hermana, que está tullida de tanto ir a trabajar en los sembrados con nieve y con lluvia y con vientos que cortan, y con seis criaturas y con el marido, que se fué a América y allá parece que se perdió, pues no ha vuelto a tener noticias de él y no se sabe si es muerto o vivo. Si tú vieras el alegrón que tengo cuando les envío dinero, que no siempre se lo envío porque soy muy gastadora, y cuanto recibo, pues, se me escapa de entre la mano, y así estoy siempre a la cuarta pregunta. Al sacar la letra, me digo: «Estos cuartos son el pedazo de morcón y la libra de carne para mi madre, y la leche calentita para mi hermana, y la saya o el pañolito para mi sobrina la mayor, y los zuecos nuevos para los muchachiños.» Y no creas: esta alegría me parece, pues, como que me consuela de muchas cosas malas, y este dinero que envío a mi madre, pues se me figu-

ra que lo gano con toda la honradez de mi alma.

Tanto me enterneció este relato sencillo y sentimental de Maruxa, que, arrepentida de mi anterior desabrimiento, la dije cariñosamente:

—Bueno; hazte cuenta que no te dije lo de antes, y, en cuanto a ti, háblame de tu madre cuanto quieras; ya hemos quedado en que yo soy distinta a las demás.

—Y tan distinta—afirmó mi compañera, vuelta con fácil volubilidad a su punto de partida—. Hasta en la ropa, mujer. Me gasto una fortuna en vestidos y sombreros, y, aunque me sientan bien, porque, claro, una no es del todo fea, no me caen como a ti, y es que tú te vistes según tu gusto y yo según el gusto de la modista, y tú de percal pareces una princesa, y yo de princesa parezco... en fin, que es diferente.

Desde que nos conocemos, esta fué la única sinceridad que Maruxa ha tenido conmigo. Muchas franquezas de otra clase tuvo; pero, en lo tocante a nuestra distinta *jerarquía,*

ninguna, y aun de aquella se arrepintió en seguida; en el resto de la charla sin sustancia y desgarrada, pareció esforzarse en hacerme creer que entre nosotras no había ni el canto de un duro de diferencia.

Y ya que hablo de Maruxa, diré que Maruxa no es Maruxa; me explicaré. Es cosa muy frecuente entre nosotras, sobre todo en las de condición ínfima, el cambiar de nombre y adquirir el que cualquier amante o cualquier círculo de amigos nos adjudican, sin otra razón, por lo regular, que su capricho, ni otra conveniencia para aceptarlo nosotras que el explicable respetillo al verdadero; nos importa más la dignidad del apellido que la propia y fundamental honra.

Maruxa se llama realmente Antonia Rodríguez, nombre y apellido (del segundo carece porque no tiene padre conocido) sobradamente vulgares para hacer carrera con ellos. Como es natural de Lugo y conserva un acento galaico que tumba de espaldas, en sus primeros tiempos, cuando andaba barriendo las calles más oscuras y estrechas

de la corte con la faldita de percal y vivía una penosísima vida airada, la conocían por «Antonia la gallega», remoquete muy común en las casas non sanctas de Madrid, porque no es la de mi cuento la única hija de la poética y melancólica Suevia que ha trocado las faenas cocineriles por otras prestaciones más personales, ni muy agudo para poner motes el ingenio de los amadores de una noche. Al ascender de posición, gracias al marqués de Fuente Amarga, perdidamente enamorado de ella y por ella ya casi en la ruina, e ingresar en el gran mundo de la galantería, la rebautizamos todos con el dulce nombre de Maruxa, en recuerdo a su país de ensueño y en honor a la celebrada opereta de Vives, y por este nombre responde y con este nombre se firma ella, tan compenetrada con él, que se me figura que ha olvidado el suyo propio.

Maruxa no es una mujer hermosa, aunque tampoco pueda tenérsela por fea, ni mucho menos una mujer fina, ni en su tipo ni en sus maneras y conversación, que, aunque procura evitarlo, recuerdan harto frecuente-

mente a la moza de servicio y a la mujer de todos que otorgó sus favores en los más infectos cuchitriles de esta villa del oso y del madroño. Tiene, sin embargo, algo que atrae siempre a los hombres: gran estatura, buenas y blancas carnes, pelo rubio como las candelas, ojos grandes y azules de un mentiroso mirar cándido, dulce y ensoñador; mejillas sonrosadas y boca graciosa y sana. Tiene, sobre todo, algo que sugestiona a los hombres y les sujeta más aún que los encantos físicos, que la conversación amena y que la gracia espiritual, cualidades que no suelen darse entre nuestras vulgares pecadoras ni suelen buscarlas nuestros no menos vulgares amadores. Maruxa, por cálculo o por temperamento, por instintiva adivinación del alma masculina o por natural grosería de su carácter, trata a los hombres con un desdén rayano en la insolencia; se niega al amante más generoso cuando le ve más apasionado y está siempre pronta a darle con la puerta en las narices.

No digo con esto que los maltrate mate-

rialmente, aunque tampoco me extrañaría que lo hiciese, que los hay que necesitan del aperitivo de las bofetadas y del revulsivo de los azotes; pero en el orden moral la zapatilla es el símbolo de su amor y el caso es que así esclaviza a sus amantes como ninguna otra y los retiene en sus brazos como en duras e inquebrantables prisiones.

No es extraño; el hombre sólo tiene orgullo, desdén o indiferencia con la mujer propia, con la que, por amor, fe jurada, o propia estimación no puede escapársele ni aun dejar de ser suya; para esa los alardes de autoridad, las explosiones de mal humor, las quejumbres y preocupaciones de la vida, el regateo de las caricias y del dinero, el hastío propio del placer que se ofrece sin la impaciencia febril y gustosa de desearlo y el temor, que es también una especie de deleite, de no obtenerlo. La querida es otra cosa diferente; ella puede negarse cuando le parezca oportuno a la prestación amorosa, y su posible y a veces real repulsa mantiene vivo y vigoroso el deseo a través de la costumbre

y de los años; puede ser perjura sin faltar a ningún deber ni a la propia estimación y rescindir el contrato de arrendamiento sin intervención de Tribunales eclesiásticos ni civiles cuando le venga en gana. Y el hombre, los más de los hombres al menos, que en cuanto atañe a su vida sexual es una bestia salvaje con ligero barniz civilizador, paga a precio de oro, al precio tal vez de su ruina y de su propia deshonra, una caricia ni siquiera aromada por el amor y se humilla y rastrea y rinde homenajes de reina a quien, en realidad, solamente merece desdenes de cosa del arroyo.

Claro es que en la vida, por una oculta y sabia ordenación de sus azares, todo está compensado, y así el dominio absorbente y deshonroso de la querida no sobrevive a la destrucción de sus encantos, y el amor de la mujer legítima, de la mujer honrada, emerge como una flor mística de las aguas turbias de las pasiones y ejerce su imperio cuando, limpio el cuerpo de deseos, busca el corazón las efusiones casi espirituales del afecto y la

vida trémula y vacilante el brazo enamorado, que es apoyo y es ternura.

Maruxa es un gran filósofo, creo que más por instinto que por inteligencia. Sabe o adivina que a los hombres, a ciertos hombres y por ciertas mujeres hay que azotarlos, y su mano fuerte y experta anda ligera y busca el sitio en donde se figura que el golpe ha de doler más; ejemplo vivo de sus procederes y experiencia de su teoría, el marqués de Fuente Amarga.

Esto aparte, Maruxa es una cabecita loca, un torbellino, una manirrota que acabará, como tantas otras, en una mala cama de cualquier hospital; pero viva, simpática y hasta buena en el fondo, que para mí no es maldad el que maltrate al sexo mal llamado fuerte, y eso que sospecho, la sospecha me divierte, que está un poco celosa de mí y que alimenta en secreto la aspiración de suplantarme en los favores del duque; vano empeño; a Carlos no le gustan las mujeres carnales sino las exquisitas. A pesar de esto la quiero como a ninguna otra amiga

y le perdono el vicio calabrés de la envidia.

Hay además en Maruxa una nota simpática que tal vez sólo yo conozco. Maruxa tiene una hija, «una monada de niña», según ella asegura y acredita el retrato, con bucles rubios, ojos azules y boca graciosa, como la madre; una hija de cualquiera, de una caricia sin amor que resultó un castigo para el sér inocente, ¿quién adivina el misterio de la paternidad en la mujer de todos?; pero que es el amor positivo y verdadero de la pobre pecadora que sin gustar las mieles del pecado peca y es la única para sufrir las penitencias del pecado; su único asidero moral.

El alma humana, por pervertida que esté, por cerrada que se halle, tiene en todos y en todas un rinconcito para el amor dulce y puro y un chorrito de ternura que brota naturalmente de entre las rocas del egoísmo y no mezcla nunca, aunque discurran paralelas, su linfa clara con las aguas sucias del vicio.

Maruxa educa a su hija en la aldea, con la abuela, y hace alguna que otra escapada para

verla. Si supiera ahorrar, todos los días hace el propósito que no realiza ninguno, ahorraría para constituir un dote para la niña. «Quiero que sea una mujer decente—me dice en las horas no muy frecuentes de las efusiones maternales—. Me propongo no volverla a ver en cuanto tenga edad para comprender ciertas cosas; prefiero que me crea muerta a que sepa... Mi ilusión es que se case en el pueblo con un hombre honrado.» Excusado es decir que yo la aliento en estos generosos propósitos de novela romántica; pero no estoy muy convencida de que los realice. ¡Quién sabe! Es posible que cuando Maruxa vea marchitos sus encantos, cuando no guste a los hombres, cuando quede seca la fuente de sus ingresos y vivos los deseos de vida descuidada y gastadora, explote, como tantas otras, la belleza juvenil de su hija; es fácil que la cabra tire al monte y que la mocosuela inocente de hoy sea la pecadora despreocupada de mañana. La vida es cruel como un castigo inexorable y no se corrige su crueldad porque se la tornasole con bellos colores ni por-

que se eche sobre ella el velo de una ignorancia hipócrita; quédese esto para los que cierran los ojos para no ver y se tapan los oídos para no oir; para los felices que no quieren saber de desventuras; para los egoístas que no quieren enterarse de miserias y dolores ajenos. Lo cierto es que las almitas cándidas de las niñas de malas madres debieran de ser escogidas por Dios para poblar de querubines los espacios inmensos del cielo; la muerte, en casos tales, no sería castigo implacable sino divina liberación.

IX



NA mañana, entre doce y una, recibí la visita de Maruxa. Cuando la bella y libre hija de la melancólica Galicia entró en la alcoba estaba yo todavía en la cama. Como me acuesto muy de madrugada y las contadísimas veces en que lo hago temprano me pongo a leer hasta hora avanzada de la noche, por fuerza he de levantarme tarde. Me encanta, además, ese sueño o, mejor dicho, ese semisueño mañanero, en la obscuridad de la alcoba, cuando el sol abrillanta las calles y las pobres gentes que no viven como yo en la ociosidad, corren ajetreadas a sus negocios o a su trabajo. Ya me había anunciado dos o tres veces mi doncella que tenía listo el baño, tibia y perfumada el

agua como a mí me gusta, y estaba pensando, en el último sopor dulce de la pereza en la necesidad de saltar del lecho mullido y caliente, cuando la llegada de Maruxa me hizo cambiar de propósito.

¡Es cosa extraña! Yo que no tengo aprensión de presentarme a los hombres semidesnuda o desnuda del todo ni me ruboriza que sus miradas relampagueantes de deseo escudriñen los tesoros de mi belleza, rehuso siempre hacerlo ante las mujeres. No sé si es recato pudoroso, incomprensible vergüenza o instintiva repugnancia a que los ojos femeninos indaguen, desmenucen y comenten mis *encantos ocultos*, y eso que puedo resistir sin contratiempo el examen más minucioso y la crítica más severa o más apasionada. Me limité pues, a incorporarme un poco, a hundir el codo derecho en la cama y a apoyar la cabeza en la mano correspondiente; postura interesante y cómoda y la más en carácter para oír una confidencia, que confidencia tenía que ser para que mi amiga, que tampoco es muy madrugadora, viniera a verme tan de mañana.

Maruxa de golpe, de sopetón, como ella lo hace todo, me soltó sin muchas retóricas ni preámbulos la embajada, la cual embajada me pareció entonces de ñoñez infantil, ajena del influjo momentáneo, pero indudable que había de ejercer en mi vida.

—Vengo a darte una noticia—me dijo—y a pedirte un permiso. Anoche te estuve buscando en el *Palas* para hablarte, pero no te encontré.

—No era fácil—repuse—, no fuí. Tenía recado del duque de que vendría a verme, y aunque, como de costumbre, se marchó pronto, tuve jaqueca y no me determiné a salir y me acosté temprano. ¿Qué me querías?

—Poca cosa; verás. Hay un joven que *arde en deseos,* estas han sido sus palabras, de conocerte, mejor dicho, de ser presentado a ti, porque conocerte ya te conoce, como todo el mundo. Yo, sabiendo tu carácter tan raro y tan especial y que no te gustan los conocimientos por sorpresa, aunque en nuestra situación nada tengan de particular, a nada me comprometí hasta contar contigo.

—¿Guapo?

—No sé; guapo sí, desde luego; pero no es mi *tipo*.—Nadie sabía con certeza, ni la propia interesada, cuál era el *tipo* de Maruxa, pues se le habían conocido amantes de todo género; altos, bajos, delgados, gruesos, rubios, morenos, distinguidos, vulgares. —Tú juzgarás—añadió—. Alto, delgado, de facciones muy correctas, demasiado correctas, rubio, de ojos muy azules, mejillas tan sonrosadas que parece, y puede que haga más que parecerlo, que usa colorete; boca excesivamente pequeña, caído el labio inferior, lo que le da cierto airecillo desdeñoso; todo afeitado y con algo de melena, como es moda... Allá, en mi país, hay muchos hombres así. Usa monóculo y habla muy despacio y con un tonillo entonado como de quien se escucha y se prepara para pronunciar un discurso. No me gusta, pero reconozco que puede agradar.

—¿Distinguido?

—Sí, desde luego. Ya ves, alto y delgado, dos detalles que bastan para que una perso-

na, aunque no lo sea, parezca distinguida.

—¿Rico?

—No; rico seguramente no lo es. Va bien vestido, pero no con lujo; no lleva sortijas ni cadena de oro y en la corbata un alfiler con una mala piedra del Brasil.

—¿Te ha hecho el amor?—pregunté, curiosa.

—No por cierto—me contestó, sincera—. Y eso que anoche estaba yo dispuesta a hacerle caso a cualquiera para darle celos, ¿sabes?, a ese idiota de marquesito. ¿Quieres creer que el muy tacaño se ha negado a darme, nada, una miseria, diez mil pesetas que le he pedido? ¿Y querrá, el muy imbécil, tener para él solo a una de las mujeres más guapas de Madrid? Bueno; no conseguí nada de tu pretendiente; se conoce que no le gusto. De quien debe de estar enamorado es de ti, chica, y a mí, claro, como sabe que soy tu amiga y que tú, como una señorita melindrosa, no hablas con hombres desconocidos, pues me busca de intermediaria.

No fué ésta, precisamente, la palabra que

usó Maruxa; pero por mi declarado horror a las crudezas de lenguaje, he sustituído por la transcrita, más académica, la popular, fuerte y castiza y muy del gusto de nuestros escritores clásicos, que salió de sus labios.

Quedé un momento pensativa; después dije, con no fingida indiferencia:

—Bueno; preséntamelo.

—¿Aquí?

—No, aquí no; en el *Palas*, en *Maxsin's;* en *Parisiana;* donde quieras.

—Bueno; en el *Palas*. ¿Cuándo?

—Cuando gustes; esta noche, mañana. No corre prisa; por lo menos a mí no me corre ninguna—añadí, sonriendo.

Maruxa se puso un poco seria; pareció vacilar; después me dijo con monería:

—Te advierto que yo me lavo las manos, ¿eh? El mozo me parece atrevido, y un tanto peligroso con su frialdad desdeñosa, tú. Para ti es posible que sea de miel. Si te gusta y tu duque se entera...

—No te preocupes—la atajé—. Mi duque, suponiendo que de esa presentación resultara

una aventurilla, no se enterará, y si se entera no dirá nada. No le conoces; no sé si me quiere como un amante o como un padre: aún no pude averiguarlo. Pero es hombre muy mundano que prefiere pasarse de condescendiente a aparecer burlado; es toda una filosofía que si la practica sinceramente le ha de librar de inquietudes y disgustos. Además—añadí con retintín para hacerle rabiar un poco, por aquello de las envidias y de las secretas ambiciones de que antes hablé—, además le tengo muy enamoradito y muy amarrado; no se irá fácilmente; no se iría aunque yo le despidiera.—Y pensé para adentro: «Qué más quisieras tú, lagartona, que de esta aventura que me propones, y serías la primera en contársela al duque si pudieras, resultara una vacante en la gobernación del Estado.»

Seguimos hablando de cosas indiferentes que en nada ni para nada se relacionaban con el joven que *ardía en deseos* de conocerme. Me habló Maruxa, otra vez, de la tacañería del marqués de Fuente Amarga, que

desde hacía algún tiempo le venía regateando los subsidios; pero acabó por confesarme que en el fondo no había semejante roñez, sino que el marqués estaba en las últimas; sin duda la marquesa había apretado los cordones de la bolsa y el pobre hombre no tenía un real, ni en todo Madrid quien se lo prestara. «Es un pollo desplumado—concluyó Maruxa, cínicamente—y hay que dejarle. Malo que no pueda mantenerme con lujo; pero mucho peor que impida que otros que lo están deseando lo hagan; el que no tiene dinero no puede permitirse el capricho de una querida, ¿verdad, tú? Así es que si no entiende de indirectas, cualquier día de estos le pondré de patitas en la calle. ¿No te parece, tú?»

La gallega se fué al fin; como todas las de su país se pasaba de cumplimentera y no sabía cuándo despedirse.

Ya sola, me bañé, almorcé con excelente apetito, y con la alegría loca de una colegiala di mi paseo en coche, hice mis compras, cené en *Maxsin's* con unas amigas y unos amigos... de ellas, y al punto de la una, más

hermosa, más interesante, más sugestiva que nunca, hice mi entrada triunfal en el *Grille Roon* del *Palas,* arrancando, como siempre, con mi presencia murmullos de admiración o de lo que sea: vaya usted a saber.

El *souper montmartroise* estaba en todo su apogeo.

X



A fiesta, como dije, estaba en todo su apogeo.

Estos hoteles nuevos que no conoció la pacata ciudad de hace unos años, han cambiado por completo la vida madrileña, ya se desenvuelva entre la gente del gran mundo que ha trasladado sus fiestas al *Ritz*, ya se refiera a los devotos del placer frívolo, para quienes, recordando a *Fígaro*, todo el año es Carnaval, toda la vida es diversión.

La antigua villa del oso y del madroño, cantada por Mesonero Romanos y puesta en ridículo por Luis de Taboada, la que entretenía inocentemente sus ocios con el espectáculo del relevo de la guardia de Palacio, con las procesiones del Dos de Mayo y del

Corpus, con las *paradas* en la Castellana, y con la contemplación, más admirada que envidiosa, de las damas, grandes de España y gentileshombres los días de recepción palatina o las noches de baile en linajudas casas, la que escondía sus placeres en las calles recatadas y en los tugurios infectos donde Venus, desgreñada y no muy limpia, oficiaba el amor pecaminoso, el lugarón destartalado y feo, de costumbres casi provincianas a pesar de ser asiento de una corte fastuosa, se *europeiza* rápidamente aunque no de la manera que preconizara Costa, e importa del extranjero, como una moda más para el alma y para el cuerpo, las costumbres licenciosas y la vida despreocupada y sin ideales. Madrid marcha a banderas desplegadas a ser, como París, como Berlín y como Viena, la ciudad del placer, la ciudad alegre y confiada mientras tiembla su suelo con la honda trepidación social y alumbran en su cielo azul las auroras de la revolución.

Nuestra villa fuma cigarrillos egipcios, levanta en cada casa un garito y una mancebía

elegante, derrocha el dinero en la mesa de juego y en la juerga, se procura con deleite los paraísos artificiales de la morfina, la cocaína y el éter, desnuda sus mujeres, que, como van ligeras de ropa, andan libres de espíritu, imprime a los trajes hombrunos el corte femenino, llena de pulseras las muñecas de los niños «bien», se burla escépticamente de cuánto otras generaciones proclamaron santo y prepara una raza de señoritos abúlicos y de mujeres desvergonzadas.

No censuro; cuanto digo lo digo como exposición de hechos y no en tono de crítica, que no estaría conforme con mi modo de ser y resultaría paradójico en mis labios de pecadora. Al contrario, las épocas muelles y sensuales son el mejor escenario para los triunfos de las cortesanas. Todo este decadentismo actual, del que no se salvan ni las costumbres ni el arte, me parece muy bien y además inevitable. La vida nunca, pero menos ahora, cuando la amenazan tantos sinsabores y tantas catástrofes, merece la pena de ser tomada en serio ni que se la amargue con estrecheces

de espíritu ni que se la alargue con continencias del cuerpo. Sería, por otra parte, tarea inútil.

Es sino de los pueblos saturados de civilización, ahitos de refinamiento, caer en la vida regalona, en el yo egoísta, en las tentaciones encantadoras del placer y en los desfallecimientos de una decadencia frívola y elegante. Sólo son fuertes los pueblos austeros; pero hay que reconocer que los pueblos austeros deben de ser soberanamente aburridos y desagradables.

No otro fué el destino de Roma, por no citar el de otras ciudades famosas y el de otros imperios desaparecidos. Fueron entonces los bárbaros, agazapados en las selvas inextricables de la sagrada Germania, los que pasaron al filo de su virtud salvaje la civilización afeminada del mundo latino. No hay ahora bárbaros, pero es igual; ahí están los anarquistas, los comunistas, los destructores de la sociedad vieja, los soñadores de la encantada ciudad del porvenir para remedarlos y superarlos. Los desórdenes y lujurias del

capitalismo han de encender, sin duda, sus furias iconoclastas; ellos serán los que tratarán a sangre y fuego nuestra actual civilización; ellos los que edificarán sobre escombros y montones de cadáveres, inútilmente sacrificados, la ciudad nueva que empezará austera y terminará decadente, porque la Humanidad ha de recorrer incesantemente, quieras que no quieras, a rastras del destino, los famosos círculos de Vico. Pero entre tanto..., la vida es corta y gozar es vivirla.

Aquella noche rebosaba el *Palas* de gente. Eran los tiempos de esplendor del enorme edificio con refinamientos de hotel moderno y aspecto externo de cuartel; cuando las mujeres, complacientemente servidas, acudían en tropel a la caza del hombre mucho más frágil que la hembra más liviana; no estos tiempos de decadencia, por lo menos desde el punto de vista del placer, en que las mujeres no son muchas ni las más elegantes; en que los hombres, por lo regular burgueses, dependientes de comercio, provincianos y rentistas modestos, leen el periódico, hablan de sus

negocios, beben el cocimiento que llaman café, sorben cualquiera de esas mixturas azucaradas que en los *menús* figuran con el nombre de «licores finos»; miran distraidamente las simples *varietés* con sus consabidos *cuplés*, coreados por el público, sus no menos consabidas *pataditas* en el tablado y su inocente, cuando pretende ser provocativo, revoloteo de faldas que, con el movimiento de peonza, sólo muestran los bordados del pantalón y la seda, no siempre bien ajustada, del *mayó;* burgueses que se aburren soberanamente, aunque les parece que han corrido una juerga y sentado plaza de calaveras.

Repito que aquella noche rebosaba el *Palas* de gente; de toda esa gente un poco abigarrada que constituye el Madrid vario que acude a estos y análogos sitios. Mujeres semidesnudas y provocativas, jóvenes y guapas muchas, jamonas y feas no pocas; pero todas pintadas, con los ojos agrandados por la *atropina* y los labios como llagas sangrientas; mujeres que fuman, charlan, beben, cruzan las piernas para que se observe bien lo grue-

so de los muslos y lo torneado, que a veces no es torneado, de las pantorrillas y se ofrecen al mejor postor, estudiantes que no estudian porque vendieron los libros para proporcionarse una hora de placer; literatos y pintores que no sé si acuden allí para aprender la vida en lo que tiene de trivial y febril; diputados que dejaron la toga de legisladores en los escaños del Congreso e investigan la decadencia del país en los *soupers tangos;* algún ex ministro joven que quiere acreditar cómo la política gusta también de ser «gallarda y calavera»; comerciantes enriquecidos que dejan los cuidados del hogar y el aburrimiento de la vulgar compañera, que envejeció amasando el dinero y por economía y cansancio abandonó el cultivo de sus encantos, malos amadores éstos del honrado comercio de esta plaza, porque regatean el precio del amor como merman el peso de los garbanzos y pretenden por pocas pesetas mucha mercancía; sin que falte tampoco algún senador vitalicio, algún magistrado austero de los que celebran a puerta cerrada las vis-

tas de las causas de amor, algún grave notario o algún militar ordenancista y autoritario.

Desde que entré, tengo la facilidad de recorrer con una sola mirada todo un salón sin que se me escape detalle ni persona, vi a Maruxa, que bailaba como una descosida con un caballerete para mí desconocido, mientras el infeliz marquesito, ¡ay de los pobres ídolos caídos en el voluble y cruel corazón femeninol, solo en una mesa, tragaba copas de no sé qué licor y dirigía miradas de carnero a medio degollar o de Tenorio desollado, que viene a ser lo mismo, a su querida, que, por lo visto, ensayaba con el pollo elegante la escenita de celos de que me habló por la mañana y que se le había malogrado la noche anterior por culpa de «mi pretendiente».

En cuanto el marquesito me vió se vino a mí como una flecha. Siempre he tenido fama de bondadosa; muchos amantes de uno y otro sexo me buscan con frecuencia para contarme sus cuitas y darme sus quejas; esperan de mí el consuelo caluroso, la advertencia cariñosa o la discreta intervención.

De cerca me pareció Fuente Amarga muy cambiado; estaba pálido, le temblaban las manos, que tenía frías como el hielo, y se hallaba casi borracho. La embriaguez exaltaba su sentimentalismo; parecía que iba a llorar como un chicuelo, y soltaba, al hablarme con acento entrecortado y lastimero, más saliva que de costumbre. Se me quejó amargamente de Maruxa, y me aseguró bajo palabra de caballero que si no le había dado las pesetas era porque estaba sin un céntimo, ¡palabra de honor! Ella no quería creerle, pero era la verdad pura, el Evangelio mismo; tenía citado para el día siguiente a un agente amigo suyo, uno de esos agentes que pululan por la Puerta del Sol, ultiman sus no siempre limpios contratos en cualquier café y en la dulce y honorable compañía del prestamista, burlándose con mil agudos expedientes y mil rebuscadas triquiñuelas de las leyes represoras de la usura, chupan la sangre de los hombres viciosos y obran el milagro jurídico de que los hijos hereden en vida a sus padres.

Creo que si le doy pie acaba por pedirme

los cuartos—tengo fama de rica—, que a tal punto de rebajamiento había llegado aquel hombre, jugador, morfímano y borracho, que Maruxa en poco más de tres años había reducido casi a la miseria, y no ciertamente en provecho propio, sino en beneficio de modistos, joyeros, mesas de juego y de algún amigo de baja estofa y anchas tragaderas que, como es harto frecuente, vivía a su costa.

No me inspiró lástima, sino más bien desdén aquel hombre que, guapo, aristócrata, rico, con un porvenir abierto a todas las ambiciones, marido de una mujer muy bella y elegante, padre de unos chicos muy monos, había venido a ser un pingajo en manos de aquella hembra sin seso, infiel, no muy inteligente ni verdaderamente hermosa, que le manejaba a su capricho tratándole peor que a un criado y que seguramente sobre arruinarle acabaría por deshonrarlo.

Este espectáculo triste, hasta para mí, muy hecha a otros espectáculos análogos, me confirmó una vez más en mi juicio desdeñoso acerca del sexo masculino. Los hombres...,

¡qué asco! Todos iguales, todos capaces, en cuanto ven unas faldas, sobre todo si las faldas huelen a pecado, de arrastrarse por los suelos como unos animales, víctimas de un deseo loco que yo creo que más que instinto natural es evocación enfermiza del deseo.

La historia del marqués de Fuente Amarga es la historia harto repetida del señorito casi iletrado y holgazán que no tiene otra ocupación que la de gastarse de mala manera las rentas heredadas o adquiridas por título conyugal, ni otros fines en la vida que los de divertirse con toda clase de placeres, que ni siquiera creo que den placer, hasta el desencanto, el agotamiento y la enfermedad.

Fuí compañera de colegio de la marquesa; nos educamos en el mismo convento y trabamos una amistad íntima en aquellos tiempos en que ella iba ya para grande de España y yo, al parecer, para un matrimonio más o menos ventajoso con un muchacho de mi clase. Claro es que me he guardado de hablar con el marqués de esta vieja amistad naturalmente evaporada como todas las de mi in-

fancia; ni creo que le agradara el saberlo ni entra en mi propósito que nadie pueda conocer mi origen ni descubrir mi apellido.

No he conocido nunca, ni espero conocerla en lo que me reste de vida, una mujer tan buena, tan dulce, tan resignada, tan ingenua, con ingenuidad que no es ñoñez ni gazmoñería, como la marquesa Ana. Si alguna mujer puede alardear de no haber pecado nunca, de no haber pecado ni siquiera las siete veces que peca el justo; esa mujer es seguramente Anita. Yo la recuerdo ahora tal como la conocí en el convento, alta, muy blanca, de mejillas muy sonrosadas, de ojos azules muy claros, muy infantiles, que parecían desvanecerse en un éxtasis interior, como dormirse en un arrobamiento místico. Era la mejor alumna, la más aplicada, la más sencilla, la más obediente, con obediencia natural que no le costaba esfuerzo ni levantaba en ella protesta alguna; cariñosa con sus compañeras, pronta a repartir con todas golosinas y estampas, fácil para el olvido de los ultrajes, rápida para acorrer a cualquier pena y nunca

tarda para impetrar de las madres, que la querían entrañablemente, indultos y gracias. Jamás se la oyó hablar mal de nadie, ni de profesoras ni de alumnas, y nunca se dió el caso de que denunciara faltas, como tenía obligación de denunciarlas, según el régimen monjil de espionaje y acusación, por su categoría de *primera* y de inspectora de la clase, y sí, algunas veces, el que sufriera castigos y reprimendas que otras habían merecido.

En los colegios de niñas, aunque estén regidos por la rigurosa disciplina conventual, se habla mucho de amor. Aunque el hombre aparezca allí como el demonio con indumentaria moderna del que hay que huir, y se hable de la castidad como de la virtud más pura y más grata a los ojos de Dios y se pase como sobre ascuas y desde luego con explicaciones arbitrarias por cierto Mandamiento, las chicas se ocupan frecuentemente del hombre, no en general, sino bajo la vestidura del amigo de la infancia, del hermano de la compañera a quien se vió un momento en la sala de visitas o en la solemne distribución de

premios, del primo, sobre todo del primo, porque éste suele ser en quien ponen por primera vez los enamorados ojos las cándidas doncellas.

A la hora de recreo, mientras las pequeñuelas saltan, corren, se persiguen y hacen mil diabluras como cervatillas en libertad, las mayorcitas, que ya arrinconaron los juegos, se pasean gravemente de dos en dos, forman grupos de tres o cuatro o se sientan, con un adorable aire de mujeres hechas y derechas, a la sombra de algún árbol. Las conversaciones entre ellas no se refieren a las clases ni a las profesoras ni al castigo usual de copiar diez o doce veces cualquier verbo irregular, ni a los cultos que han de celebrarse en la capilla del colegio; de algo de esto se habla, claro es que al fin todo ello constituye la ocupación cotidiana de la vida en el convento; pero de lo que principalmente se parla es de amor. No hay ninguna a quien le falte en los escondrijos del alma alguna pasioncilla incipiente, alguna poderosa inclinación que, si tiene aún algo de la ingenuidad

de los cuentos de hadas, tiene también mucho de los presentimientos de la mujer; no hay ninguna que no sienta en el pecho, con más o menos fuerza, los aletazos del pajarillo loco del amor, que gusta de poner el nido en el corazón de las mujercitas de quince años.

Con frecuencia la charla es más libre de lo que las religiosas, que apenas si fueron mujeres, pueden suponer; libre, si no en la frase, en el concepto. Vienen ya las mujeres a la vida muy duchas, muy enteradas de todos sus misterios, como si en el vientre de su madre, con la sangre de que se nutren, aprendieran la ciencia de una refinada, y quien dice refinada dice también desmoralizada, civilización. La inocencia de la niña apenas resiste al primer desperezo de la pubertad; la niña se convierte física y moralmente en mujer al mismo tiempo; la crisálida, al transformarse en mariposa, sale armada de todas las armas, con la insaciable voracidad de libar en todas las flores y la invencible curiosidad de quemarse en todas las luces.

Pues bien, Anita nunca hablaba de amor y

se ruborizaba hasta el blanco de los ojos con nuestras chanzas y nuestras insinuaciones atrevidas, aunque sin tomárnoslas en cuenta, porque, como ya dije, es de natural dulce y resignado. Anita, que no parecía preocuparse del amor—por lo menos al estilo nuestro, que es el de la mayor parte de las mujeres, porque para ella el amor era sentimiento dulcísimo que se profana poniéndolo en labios ajenos y pierde su aroma si se le divulga y se le hace motivo de broma—, era, sin embargo, la única de nosotras que tenía novio, pues aunque con declaradas palabras y formales promesas no lo tuviera, todos, empezando por ella, daban por concertada su boda, tan pronto como concluyera su educación, con el marquesito de Fuente Amarga.

Anita y el marqués son primos, primos bastante lejanos, pero ambos descendientes del mismo tronco, a lo que dicen árbol frondosísimo en antiguos tiempos de la monarquía castellana; sólo que el marqués procede de la rama primogénita, la de los vínculos y mayorazgos, la del título y la influencia, y Anita

de la segundona, de la obligada por la ley, que no le importaba ser injusta con tal de mantener los prestigios de las grandes familias, a refugiarse en la Iglesia o a ganarse la vida, a cintarazo limpio, en las épocas pasadas y con mil expedientes industriosos que no se consideran propios de la nobleza, aunque a la nobleza conducen frecuentemente en los tiempos modernos.

Por la fuerza misma de su distinta posición social, ambas ramas fueron apartándose más y más, hasta llegar a desconocerse. Mientras la primogénita mantuvo la limpieza de su linaje, entroncando sus hembras y sus varones con varones y con hembras de la más rancia nobleza, la segundona, por sus enlaces con gentecillas de sangre plebeya, llegó a confundirse con el pueblo; sólo que por una de tantas compensaciones como la vida ofrece a la observación de los filósofos, lo que la primogénita ganaba en blasones, lo iba perdiendo, merced a las leyes desvinculadoras y a la desacertada administración de más de uno de sus miembros, en dinero, mientras que, a me-

dida que la segundona se alejaba de los pergaminos, iba aumentando en hacienda; y así, al reunirse por pura casualidad ambas ramas, el marqués de Fuente Amarga estaba casi en la ruina, y el padre de Anita, banquero, almacenista y propietario de barcos, apaleaba los millones.

Y sucedió lo que ocurre con frecuencia en este orden social a base de capitalismo y de cintajos, honores y privilegios de raza con los que los hombres pretenden romper su irrompible igualdad de criaturas nacidas para el dolor y la muerte: que la primogénita, buscando metales, y la segundona, pretendiendo cuarteles, concertaron las tristes bodas de los millones con la corona de marqués. Sólo que aquí hubo una sola persona engañada: Anita, que seguramente quería a su primo con todos sus sueños y todas sus ilusiones de doncella, sin sospechar que otra cosa distinta que sus prendas personales buscara en el matrimonio el aristócrata libertino.

Supe de la boda ostentosa de Anita; pero no volví a saber de ella. Conocí a su marido

en sus correrías y en las mías por el mundo galante y más aún cuando inició sus desdichados amores con Maruxa. Sospeché que el dinero que el marquesito derrochaba en sus juergas y en la mesa de juego, que el lujo de que rodeaba a su querida, salían de la dote de Anita; me figuré la resignada tristeza, sólo consolada por el amor a los hijos, de mi antigua compañera de colegio, su falta de energía para luchar con el marido sinvergüenza y pródigo de bienes ajenos, hasta las amenazas y, tal vez, los golpes que precederían a cada petición de dinero o a cada firma arrancada para vender o hipotecar.

Mi cariño por Anita, no extinguido a pesar del tiempo y de lo imposible de anudar las rotas relaciones, me llevó a un paso inaudito y desde luego extraño en mí: el de intentar, por todos los medios, que Maruxa rompiera con Fuente Amarga. Logré casi conmoverla; pero recobrada de su pasajera emoción, me dijo de repente: «¡Bah, no insistas; si no fuera conmigo, sería con otra!» Tenía razón: no somos nosotras las que per-

demos a los hombres; no somos nosotras las que llevamos la desolación, la angustia y a veces la miseria a los hogares que parecían formados para ser templos de la felicidad; son los hombres los que se pierden a sí mismos; son los hombres los que no reparan en quebrantar sus juramentos, los que son capaces de llegar hasta la indignidad, hasta el crimen, por satisfacer sus deseos torpes, sus apremiantes caprichos, su fantástica vanagloria de conquistadores, como si fueran conquistas las que pagan a peso de oro, con hondas inquietudes, con sonrojos inconfesables y con torrentes de lágrimas, de las que corren para dentro y en vez de quemar las mejillas abrasan el corazón.

El dinero que nuestras manos, las más de las veces para gastarlo locamente, recogen de sus manos, de no caer en las nuestras, caería en otras no más limpias; correría por otros cauces turbios, se agotaría en otros vicios inconfesables. Acaso sea esta una suprema compensación social; así, la riqueza que atesoraron, sabe Dios cómo, hombres rapa-

ces, hombres que tuvieron la pasión del oro u hombres que por lograrlo bordearon el Código penal, vuelve al torrente circulatorio, vuelve caída de manos pródigas y a través de manos manchadas; pero vuelve.

He traído aquí a grandes rasgos la historia de Anita, que poco o nada tiene que ver con este episodio, como ofrenda al cariño efusivo y a la sincera admiración que siento por ella. Daría cualquier cosa por volver a la inocente amistad de los tiempos lejanos, y a veces creo que hasta sería capaz de redimirme si ella lo fuera de abrirme los brazos y de dejarme llorar sobre su pecho. Es la única persona que quisiera tener junto a mí a la hora de mi muerte, para sentir sobre mi frente la caricia sedosa de sus manos y beber en la serenidad luminosa de sus ojos claros la resignación, único perfume del dolor humano.

Unos amigos me libraron afortunadamente del importuno marquesito; imposibilitado de continuar delante de personas que le eran totalmente desconocidas la lacrimosa confidencia, se volvió a su mesa a esperar resignado a que Maruxa se acordara de él y a anegar entretanto sus penas en un río de alcohol. Supongo que acabaría la noche borracho perdido.

No tardó mucho Maruxa en acercárseme seguida de un caballero alto, delgado, rubio, con monóculo: el original vivo del retrato que fidelísimamente me había trazado por la mañana.

—Magdalena—me dijo—. Don Aurelio...—y olvidada del apellido se volvió a su acompañante.

—De las Matas—agregó éste.

Me hizo una reverencia muy elegante, tan cortés como hubiera podido hacérsela a la señora más encopetada; estrechó con fuerza la mano que le tendí; después estuvo un ins-

tante dudoso, sin saber qué hacer; al fin cogió una silla y se sentó a mi lado.

Maruxa nos dejó en seguida. No era discreción ¡entre nosotras! La orquesta Boldi acometía las notas voluptuosas del tango argentino; los pies se le iban; no sé si es que el cuerpo le pedía baile o si el corazón, vengativo y cruel, le exigía una más continuada tortura para el pobre amante desdeñado, que la observaba con miradas de amor infinito, que en aquel local y puesto en aquella mujer en vez de simpático parecía ridículo.

Hubo un rato de silencio entre mi nuevo amigo y yo. Él no sabía, sin duda, cómo empezar, y yo aproveché aquellos instantes para examinarlo a hurtadillas. No compartí el juicio un poco desdeñoso de Maruxa. Aurelio era guapo, francamente guapo, varonilmente guapo y no afeminado como indicara la gallega descontentadiza, y de tipo muy elegante. En su rostro, aunque muy blanco, no había la indecisión, la delicadeza algo mujeril de los rubios, sino energía y líneas muy de hombre; en sus ojos, muy azules, de un azul tan

claro que tenía reflejos de acero, no había vaguedad ni tampoco acaso dulzura; al contrario, brillaba en ellos una mirada altiva, turbadora. Sin embargo, cuando él quisiera debían saber acariciar.

En lo que no anduvo equivocada Maruxa fué en juzgarle hombre de poca fortuna: confirmé en seguida su juicio. Iba correctamente vestido de smokin, con chaleco de terciopelo negro, en el que mis ojos avizores descubrieron alguna casi imperceptible chafadura; una cinta de gró a modo de cadena, rematada en un dije de esmalte de poco precio, le colgaba del bolsillo; pero el reloj que sacó más adelante no era de oro sino de acero pavonado y de marca desconocida; el smokin algo pasado de moda; los dedos limpios de sortijas y la botonadura de la camisa de oro sencillo o metal que se le parecía.

Los gestos y ademanes de Aurelio eran distinguidos; sin embargo, había en él un no sé qué, algo del encogimiento del provinciano que, bruscamente trasplantado a Madrid, no ha perdido aún del todo el pelo de la dehesa.

Me pareció a la primera ojeada que Aurelio se desprendería pronto de la torpeza rústica; debía ser mozo muy decidido, de los que van derechamente a su asunto. Su voz era clara, sin matices, con vibraciones metálicas; su voz como sus miradas acusaban una voluntad recia y mandona. Indudablemente me encontraba ante un hombre; esto me agradó sobremanera, ¡estaba tan harta de monigotes!

Quedamos, pues, durante unos minutos frente a frente, sin que ninguno de los dos se decidiera a quebrar el silencio, como dos luchadores que antes de trabarse en el combate prueban la punta y el temple de la hoja de los aceros.

XI

URELIO se sonó, carraspeó, se colocó el monóculo, que se le había caído, como orador que se prepara a obsequiar al auditorio con el regalo de su palabra, fijó en mí sus ojos claros y rompió a hablar de esta manera:

—Ardía en deseos de conocerla a usted —me sonreí levemente al comprobar que Maruxa no había inventado el verbo «arder»—. Es usted muy guapa; no, no es lisonja—añadió contestando a un movimiento mío de gracias—. Es verdad que salta a la vista. Me han hablado mucho y muy bien de usted. Sé que es usted una mujer muy instruída, de ingenio muy agudo y de gracejo poco vulgar; me han asegurado que puede sostenerse

con usted una conversación seria, elevada, a pesar de...

Este «a pesar de...», aunque Aurelio no concluyó su pensamiento, nueva prueba de su provincianismo aún no cepillado, parecía un insulto; pero no me ofendió; a mí no me ofenden esas cosas; al contrario, me divierte y alegra el asombro de los hombres al encontrar en una cortesana todo el encanto de una señora bien educada. Por la misma razón me pareció de perlas el elogio; a otra mujer le hubiera molestado quizá que le hablaran de otra cosa que de su belleza; a mí no. Mi belleza está a la vista, y no me importa que los hombres no me la ensalcen con palabras de cumplido; leo la alabanza en sus ojos cuando a ellos se asoma el deseo, y este homenaje mudo, pero expresivo, me basta y aun me sobra. En cambio, me enorgullece que me hablen con calor de otras cualidades mías que no todos saben ni aun sospechan, y son las que considero verdaderamente mías, porque en que lo sean he puesto y pongo todas las fuerzas de mi voluntad, mientras

que, naturalmente, ninguna pude poner en nacer guapa. Contesté, sin embargo, con modestia, transportada de repente a la conversación «seria» a que había aludido mi interlocutor.

—Acaso se equivoca usted; no se fíe mucho de lo que le digan de mí; espere, si nos tratamos, a formar juicio por sí mismo. Tal vez los amigos que de mí le hablaron le engañaron adrede o se engañaron ellos al tomar como verdadero lo que les sugiere su bondad. Cierto que me gusta mucho instruirme, por puro placer, ya lo comprenderá usted; que sé leer la mayor parte de las obras maestras en el idioma en que fueron escritas y que me agrada hablar de cosas serias o amenas más que del tiempo, de las modas, del amor o de otras frivolidades por el estilo, tan insustanciales y manidas como el amor, las modas y el tiempo. Pero de esto, que no me saca del nivel de una mujer medianamente educada, a lo que usted supone media un abismo, y es posible, muy posible, que se lleve usted el testarazo de un desengaño al

echársela, así tan de repente y con respecto a mí, de profeta.

—Seguramente no—me contestó quitándose el monóculo y mirándome con ojos tan escrutadores, que, lo confieso con rubor, a mí, tan dueña siempre de mis nervios, tan acostumbrada a desdeñar y a vencer desdeñando, me turbaron más de lo que hubiera querido.

—Hay mucha inteligencia en esos ojos —continuó—; mucho despejo en esa frente, aunque usted la empequeñezca con esos rizos tan monos; y cuanto ha dicho es muy discreto y también muy poco femenino, ¿verdad? ¿Le parece sin importancia y corriente que una mujer halle más gusto en discurrir sobre cosas serias que en hablar de amor? No suelen ser así las mujeres españolas, tan apegadas a lo insustancial, tan ignorantes de todas las cosas del saber humano, que difícilmente hallan agrado en otros temas más hondos y fundamentales. No sé si es inferioridad de inteligencia o defecto de educación, si son ellas las incapaces para aprender o nosotros

los inhábiles para enseñarlas, por temor de que sepan o por orgullo que nos impide colocarlas a nuestro nivel. Le confieso a usted, no es una galantería hacia su sexo, que no creo en esa pretendida inferioridad del cerebro femenino, aunque graves filósofos y santos varones y padres de la Iglesia, hombres al fin, la hayan proclamado o estado a punto de proclamarla; por el contrario, me parece la mujer tan despierta y tan aguda como el hombre y superior a él en la adivinación, en el presentimiento, tan ligados a la sensibilidad nerviosa, que ella posee como no puede poseerla el hombre. La indigencia intelectual de la mujer es, por tanto, obra nuestra, de nuestra educación demasiado infiltrada de derecho romano y de nostalgias de harén, de nuestra guarda celosa y de nuestro deseo de dejarla en la ignorancia, como si el no saber disminuyera los peligros y alejara el pecado..

Carraspeó Aurelio para aclarar la voz o para apreciar el efecto de su discursito, y continuó:

—Sea como fuere, con la mujer española, con la mayor parte de las mujeres españolas, sólo se puede hablar de chismorreos, de literatura muy superficialmente y ante todo y sobre todo de amor. No es que yo lo censure; no se va a hablar de amor con los hombres, ni que yo desdeñe el amor; el amor forja la vida, y yo amo la vida, yo creo en la vida—afirmó rotundo, con cierto noble orgullo de conquistador, que sentaba muy bien a sus ojos acerados, a su voz metálica, a su fuerte musculatura.

Con mi sonrisa más acariciadora, con mi mirada más dulce le dí las gracias por cuanto de elogio para mí y para mi sexo había en sus frases, y mostré mi conformidad con su ardiente profesión de fe en la vida con que las había rematado, pero no con sus teorías.

—No creo—le contesté, actuando, en cuanto a mi sexo, de abogado del diablo—, que la mujer pueda ser igual que el hombre, y que sólo un defecto de educación, culpa del hombre mismo, según usted dice, nos coloque en un plano inferior. Una mujer o un hombre

aislados no pueden servirnos de ejemplos para la teoría. Bien sé que hay mujeres muy superiores a muchos hombres que carecen de inteligencia, de cultura, de arrestos y hasta de sensibilidad; lo que hay que comparar es el término medio de las mujeres con el término medio de los hombres y, si usted lo quiere mejor y más claro, la abstracción mujer con la abstracción hombre, y así comparados, creo yo que el sexo femenino es inferior al masculino, y ello explica, sin duda, la prolongada servidumbre de la hembra al varón, y que aquélla dejara escapar el cetro de la familia, que, según dicen, empuñó en los primeros tiempos de la Humanidad. Es la Naturaleza, con la que no valen componendas, la que nos hace inferiores, amigo mío; la Naturaleza, que nos sujeta a trastornos orgánicos que influyen fisiológicamente en nuestros nervios y moralmente en nuestro carácter, en nuestra versatilidad, en nuestro modo de ser, enfermizo y apasionado, frágil y voluble. La mujer, toda indecisión, no está capacitada para las audacias ni para el go-

bierno difícil de los hombres; le atraen las cosas que son ligeras, frágiles, bellas y graciosas como ella: los vestidos, los sombreros, las joyas, el galanteo y el amor, pero éste, más por lo que tiene de juego que por lo que encierra de fundamental. Voy más lejos; creo que a la mujer, aunque pudiera conquistarlo, no le conviene igualarse al hombre, colocarse en su puesto o compartir todas esas puerilidades que las feministas desean; vengan deberes, venga inferioridad mientras conservemos el derecho de aprisionar el deseo del hombre en la cárcel de nuestra hermosura; nuestra menor sensibilidad carnal triunfa siempre de sus apremiantes e insaciables pasiones.

Callé avergonzada por el discursillo y por el temor de que Aurelio conociera cierta famosa novela de Paco Méndez, de la que, casi al pie de la letra, eran las palabras que acababa de pronunciar.

—Acaso tenga usted razón—replicó Aurelio muy serio—. La mujer ha nacido para el amor del hombre, y como el amor es, más aún

que el dinero y que la política, la palanca del mundo, quien empuña en sus manos el cetro del amor, claro es que empuña el cetro de la vida. Pero esto mismo acredita la innegable superioridad de la mujer, superioridad de belleza, de gracia, si usted quiere; superioridad al fin. Ha dicho usted antes—continuó—algo que en sus labios me ha parecido casi, ¿me permitirá usted que lo diga?, casi una blasfemia. Ha incluído usted entre las cosas frívolas, insustanciables y manidas el amor. ¿Es ese concepto desolador, enormemente desolador, el que le merece a usted la pasión desafiadora de todas las obediencias que presenciaron asombradas las frondas del Paraíso y que perpetuó, perpetúa y perpetuará la vida? ¿No hay en este juicio de usted, que nunca he oído a mujer alguna, un poco de pesimismo apasionado o de circunstancial desengaño? Perdóneme usted si la ofendo; pero nadie puede escapar a las tiranías de la moda, que así impone modelos para el cuerpo como ideas para la inteligencia, y es moda burlarse de cuantos sentimientos se tuvieron hasta

ahora como fundamentales. No se sienta plaza de espíritu fuerte, sino de pobre hombre o de mujer ñoña, si no se habla mal del amor, del matrimonio, de los padres, de los artistas geniales, de los grandes pensadores, de todo aquello, sentimientos, cosas, hombres, para lo que la Humanidad tuvo sus devociones espirituales. ¿No se hallará usted en este caso? ¡Que yo hablara mal del amor podría pasar; pero que una mujer joven, hermosa, exquisita, cortejada por todo Madrid sea tan desdeñosa con el sublime sentimiento! Vaya; diga usted lo que diga, ni lo concibo siquiera.

—Pues lo crea usted o no lo crea, así es—le contesté un poco extrañada del giro de la conversación, que derivaba a honduras filosóficas, pero al mismo tiempo muy complacida de charlar con un hombre al parecer inteligente; el muy pícaro, por adivinación o por confidencias de Maruxa, había descubierto el flaco de mis tendencias literarias—. El amor—continué—, aunque, dado mi modo de ser y de vivir, le parezca mentira, es en mí cosa tan secundaria que no me seduce con su

brillo ni me preocupa con sus inquietudes y sinsabores.

—Me asombra usted—me contestó taladrándome con sus ojos, que se clavaron dominadores en los míos—. ¡Desdeñar el amor, no preocuparse del amor usted, la mujer de moda, la que ve arrastrarse a sus pies a más de un hombre ilustre de la corte, empezando por el duque de San Fermín, la que fué causa sin culpa, ya lo sé, del suicidio de un caballero romántico, que si no mienten las crónicas dió por usted honra, porvenir y vida! ¿Es posible que no crea usted en el amor cuando de todos lo recibe y a todos lo inspira?

Palidecí ligeramente al recuerdo de aquel suceso trágico que los maldicientes me atribuyen y en el que no tuve arte ni parte, pues nunca acepté el cariño de aquel desdichado que tuvo, eso sí, el hermoso gesto de morir por una mujer ni pude impedir que faltara a sus deberes, dilapidando bienes que no eran suyos y persiguiéndome como una sombra por España y el Extranjero, ni que cometiera

mil tontunas que le sugirieron más que mi persona su indudable desequilibrio mental.

Una compasión infinita acompaña en mi alma al recuerdo de Fabriciano Hernández. Fué un hombre que me quiso como seguramente no me ha querido ningún otro hombre, y al que yo, por desgracia para él, quién sabe si también por desgracia para mí, nunca pude querer ni siquiera rendirme a sus apremiantes solicitudes. Tomó por cálculo mi desvío; creyó que le rechazaba porque su pobreza no podía satisfacer mis caprichos costosos. Su orgullo de hombre, su altivez de enamorado no acertaban a concebir que una mujer frágil como yo pudiera tener otros estímulos para negarse a un hombre que los materiales del dinero.

Este convencimiento inició sus locuras que, naturalmente, le llevaron a la locura máxima del suicidio. Cuando lo conocí, Fabriciano Hernández era apoderado de una importante Casa de banca; era también honradísimo y trabajador y con su esfuerzo y las rentas de una fortunilla heredada de sus padres aten-

día a la educación de tres hermanos pequeños y vivía con cierta desahogada comodidad; algunos meses después iba a casarse, de modo que la vida parecía brindarle las escasas mieles que tiene para los mortales. El conocimiento conmigo fué, sin yo pretenderlo, rechazándole, fatal para Hernández; secó todas las flores de su ilusión, aventó todas las venturas de su alma; hay plantas malditas que no dejan crecer cosa alguna a su alrededor; hay mujeres, sobre todo entre las de mi clase, que nacieron para envenenar la más noble existencia y para arrastrarla a los tumultos de la pasión y a los torbellinos del vicio.

Por anular a mis admiradores, por atraer mi atención, Fabriciano se lanzó a una desordenada vida de gastos que no estaban a su alcance; agotó una fortuna que no era suya solamente, sino de sus hermanos; jugó audazmente a la Bolsa y en los Casinos, y un día se encontró deshonrado, al descubierto con sus jefes por sumas cuantiosas, perdidas todas las esperanzas, cerradas todas las puer-

tas, como no fueran las de la cárcel, que no tardarían en abrírsele de par en par. A primera hora de la noche del día trágico de su muerte, estuvo a verme. Quebrantando la consigna, atropellando con todo, logró entrar en mi tocador; parecía un loco, desorbitados los ojos, jadeante el pecho, pálidas como la cera las mejillas. Me suplicó una hora, nada más que una hora de amor; pretendió violentarme, primero con ruegos, más tarde con amenazas. Yo que, acaso, hubiera cedido compasiva a la blandura, me revolví iracunda contra la fuerza que pretendía rendirme sin haberme conquistado. Luchando con él a brazo partido, logré echarle del tocador. Dos horas más tarde se mataba en los altos del Hipódromo pegándose un tiro en la sien.

Toda esta historia trágica, que dejó en mi alma un hondo sentimiento de tristeza, se agolpó a mi memoria evocada por las palabras de Aurelio. Durante unos segundos permanecí silenciosa y pensativa. Con un esfuerzo sobrehumano dominé mi emoción; se-

rené mi rostro y pude contestar al asturiano, entre chancera y grave:

—Las crónicas mienten, amigo mío; algún día le contaré esa historia y se convencerá. Observo que después de haber afirmado usted, desdeñosamente, que con las mujeres españolas sólo de amor puede hablarse, únicamente de amor me está usted hablando. Insisto en lo que le dije; acaso porque sé demasiado lo que es el amor tengo para lo que los poetas llaman divina pasión lo que usted juzga desdén y yo apellido simplemente indiferencia. ¿Está usted seguro que... eso que yo inspiro y, sobre todo, eso que yo recibo es amor? Se me figura que lo enaltece usted demasiado; eso será deseo, deseo todo lo fervoroso que usted quiera, deseo que momentáneamente se confunde con el amor, capricho apremiante de los sentidos, pasión carnal que puede llegar hasta la locura, hasta el asesinato o el suicidio, hasta donde nunca llega el verdadero amor; conformes; pero nunca sentimiento puro. Conozco de sobra *eso* que inspiro a los hombres para que mi

fantasía y mi corazón se atrevan a vestirlo con un traje que le vendría ancho.

—Entonces... ¿No ha querido usted nunca? ¿A nadie?

—No; nunca—contesté sin vacilar—. He llegado a la simpatía cordial, al afecto; al amor, nunca. Una vez creí amar; era yo muy joven; se trataba de un primo mío, del primer hombre que me poseyó; me equivoqué: tomé por amor lo que era curiosidad malsana de penetrar un misterio que me imaginé sabroso; penetrado el misterio, sólo encontré el desencanto de la vergüenza sin el consuelo de la ilusión. No he sabido, no sé, no sabré probablemente nunca lo que es el amor; ya ve usted si soy sincera.

—¡Bah! No cante usted victoria, si eso puede ser victoria; cuando menos lo piense, sentirá en lo más hondo del corazoncito, que aunque usted me lo jure no puede ser de roca, el divino flechazo; ya lo verá usted—y al decirme esto, el muy fatuo se caló el monóculo como advirtiéndome: «Prepárate, chiquilla: aquí hay un hombre

del que te vas a enamorar perdidamente.»

—No es fácil que sienta ese flechazo, que ignoro si es divino—le contesté—. Se ama lo que se escoge, no lo que se da; además—añadí, casi conmovida—, las mujeres de mi condición mísera no nacieron para el amor puro; ni para inspirarlo ni para sentirlo.

—¡Las mujeres de su condición!—interrumpió Aurelio con un alarde de hombre avanzado y altruísta—. ¿Quién le ha dicho a usted que su condición sea mísera ni despreciable? No lo será en las sociedades del porvenir, que no darán ninguna importancia al matrimonio ni a la legitimidad de los hijos, porque irán volviendo a la Naturaleza, en la que no existe el pecado porque no sabe de la virtud; no lo fué en las edades primitivas, menos viciosas que ésta que llaman civilizada, porque el deseo no tenía la salsa de la prohibición; no lo fué en los claros días de Grecia cuando la belleza de la mujer, casta en su desnudez, tenía altares y el amor era propicio a los dioses; no lo fué en la Edad Media, cuando las mancebas de los reyes vivían pública-

mente con ellos y ennoblecían a los hijos adulterinos y los sentaban en el Trono. Lo es en nuestra sociedad actual, pacata, pudibunda, que practica el vicio a cencerros tapados y alardea en público de virtudes que no tiene y en las que no cree. De mí puedo decirle que, si fuera mujer y hermosa, sería lo que usted. Me entusiasma el dominio sobre las multitudes: lo mismo me da que lo ejerza la belleza de una mujer que el talento de un hombre; sobre que me parece injusto, propio de una sociedad que aún no llegó a las cumbres de la civilización, que en la mujer, tan de carne y hueso como nosotros, sea vicio lo que en el hombre es libertad y vanagloria.

Las teorías de Aurelio se acomodaban a las mías; pero no sé por qué las que en mí me parecían naturales se me antojaban en él cínicas.

Quedamos unos minutos en silencio; fuí yo quien lo rompió.

—No le conocía a usted ni de vista siquiera—le dije—. ¿Lleva usted mucho tiempo en Madrid?

—No—me contestó—; escasamente dos meses. Estoy aquí solo—agregó muy confianzudo—. Vine a trabajar, a hacer mi carrera. Dejé allá en Asturias, soy de Pravia, padres y hermanos pequeños que, acaso, todo lo esperan de mí.

La conversación seguía siendo extraña, algo exótica en aquel lugar, donde la música desenfrenada, las mujeres guapas y fáciles y el alcohol alegre y alborotador caldeaban las cabezas con los olores mareantes del vicio, y no menos extraña y exótica para sostenida conmigo, hembra libre y burlona. Sin embargo, estaba, como antes dije, muy de acuerdo con mi modo de ser, con mi modo de ser en determinados momentos, se entiende; así es que la continué con gusto.

—¿Y también amores?—pregunté, curiosa.

—Es posible—me contestó sonriendo imperceptiblemente—. ¿Por qué no? Todos los que venimos a la corte a luchar dejamos en la provincia tranquila o en el pueblo monótono algún afecto puro y romántico, un amor un poco infantil por la prima o por la amiga

de la niñez. Pero, ¿quién sabe el porvenir de estos cariños que se engendraron cuando no era uno hombre del todo ni la consistencia de compromisos que se contrajeron en años inexpertos? Allí queda una mujercita que nos espera o que no nos espera, que esto también suele ocurrir; acá conocemos nosotros otras mujeres, otro mundo más amplio que el limitadísimo del pueblo. La lucha sin descanso, la impaciencia nerviosa por llegar, nos distraen del afecto inocente y romántico, y no es difícil que a la hora llena de embriaguez del triunfo, el amor de la infancia se halle extinguido, y el perfume de la flor campesina, que no es para olfatos cortesanos, disipado.

Confieso que sublevó mi ánimo, mi instinto de mujer, esta declaración de Aurelio, más cínica que sus anteriores teorías sobre las cortesanas. Soy a veces un poco sentimental, y cuando me ocurre esta desgracia me creo una mujer honrada, una chicuela inexperta o débil o me pongo en el lugar de la que lo sea. Así, en este caso, me trasladé imagina-

riamente a Pravia y encarné en una joven hermosa, rubia y de ojos azules, tal vez, como Aurelio, que despidió con lágrimas al novio, que la mintió que iba a la corte a luchar por ella, y que, cuando la cuitada le suponía entregado a graves estudios y fatigosos trabajos, se dedicaba a cortejar a una pecadora elegante en un hotel de moda. ¡Pobre mujer, engañada, como tantas otras, por la eterna falsía del hombre; pobre mujer, que ponía toda su ilusión y toda su felicidad en el novio, que apenas separado de ella se disponía fríamente a traicionarla! Declaro que durante cinco segundos, por lo menos, tuve verdadera rabia a mi desconocido amigo.

—A lo que se ve—le dije incisiva—, es usted inconstante y cruel.

—No lo crea—me contestó riendo—; no soy ningún traidor de melodrama. Soy hombre, y quien dice hombre dice inconstancia y crueldad; pero también dice disculpa de la crueldad y de la inconstancia. Créamelo usted: el libre albedrío del hombre, tan invocado para ensalzar aciertos casuales como

negado para excusar torpezas inevitables, no existe mas que en nuestra mente como encubridor de nuestro orgullo y como humo prontamente disipado de nuestra ilusión. Libre albedrío cuando la sangre golpea nuestras venas; cuando los nervios flagelan con crueles latigazos nuestro espíritu; cuando en nuestra pobre alma, tan fácil al arresto varonil como al desmayo femenino, renacen sin cesar, en su primavera más renovada que la del cuerpo, las florecillas de nuestras pasiones, que deslumbran nuestros ojos miopes con sus colores brillantes y embriagan con su perfume exquisito nuestra carne flaca; cuando la Esfinge de la vida nos conduce por caminos ignorados, entre la maraña de sucesos que no podemos prever, a un destino próspero o adverso, de virtudes o de crímenes, que por ser nuestro propio destino no está en nuestra mano evitarlo. La aburro a usted, ¿verdad?

Bien se advertía, bien lo advertí yo que Maruxa no me había engañado en nada. Aurelio se escuchaba, hacía constantes ejer-

cicios de elocuencia; ponía en una silla del *Palace* cátedra de filosofía y de oratoria; era capaz de soltarle un discurso y de darle «una lección de cosas», como decían en el convento en que me eduqué, al primer guardia municipal de la calle. Pero hablaba tan bien, era su voz tan bonita que yo, sin parar mientes en que aquello empezaba a ser ridículo, le oía embelesada.

—De donde se deduce—le dije—que me he equivocado con respecto a usted. Antes se coge a un filósofo que a un cojo: le creía a usted, por lo que expuso, un hombre enamoradizo, y resulta que tampoco cree en el amor. Para esa conclusión no valía la pena de haberme censurado tanto.

—No—adujo prontamente—; va usted demasiado lejos; no he dicho, recuérdelo, tamaño disparate. Creo en el amor, sí, señora; pero el amor tiene muy poco que ver con la aburrida pareja humana, única forma santa y legal que han discurrido los hombres para dar satisfacción a las apremiantes exigencias de alma y cuerpo. En lo que no creo es en la

constancia del corazón del hombre, y no hablo del de la mujer porque la versatilidad femenina, no se me ofenda usted, ha pasado ya a la categoría de axioma. Puede fingirse la constancia; muchos la fingen, pero, ¡sentirla...! Por eso no me casaré nunca; soy incapaz del engaño perpetuo, aunque a fuerza de perpetuo llegue a no costar trabajo. Mi ideal es un amor libre que proporcione unas semanas, unos meses o unos años, si a tanto llega su incendio, de felicidad; pero que no ate, que no encadene dos vidas de las cuales, una al menos, se sentirá esclavizada; que al acabarse naturalmente no produzca ni en él ni en ella desencanto ni tristeza ni lágrimas, las odiosas lágrimas de las románticas escenas de amor, sino que deje en ambos el recuerdo grato, el perfume exquisito de una temporada de dicha y de locura. Pero me parece que también, por ahora al menos, me está vedado ese amor que es siempre la flor de nuestra juventud. No soy rico.

Esta declaración final, cuando acababa de solicitarme claramente, me sorprendió por lo

inesperada y me agradó, mentiría si dijera otra cosa, por lo franca. Otro hombre en aquel sitio y hablando con una mujer como yo, no sólo no se confesaría pobre, sino que hubiera aludido discretamente a sus riquezas, aun exponiéndose al apuro de tenerlas que acreditar inmediatamente. *Mi hombre* era, por lo visto, de otra muy distinta madera, y hablaba de su pobreza como de sus millones hablaría cualquier mentecato que para ganarlos no hubiera tenido otro trabajo que el de firmar alguna partición de bienes.

—Debe usted ser una confidente encantadora—continuó—, la más a propósito para un hombre como yo, que, aunque pobre, sabe luchar y sabe, perdóneme la inmodestia, que ha de vencer. Aspiro a que seamos buenos amigos y hasta a que, a pesar de lo que me dijo del amor y no creo sino a lo sumo como un estado circunstancial de su corazón, me quiera usted un poco; no ahora, más adelante, cuando sepa cómo soy, que aún no lo sabe.

Al decirme esto clavaba en mí sus ojos, en los que ya no había dureza ni relampagueo

de acero, sino mirada mimosa, tierna, acariciadora.

—¿Quiere usted que bailemos?—me preguntó.

—No—le contesté levantándome—. Muchas gracias; estoy muy cansada; tengo sueño y voy a retirarme.

—Entonces la acompañaré... hasta la puerta—añadió contestando a una imperceptible vacilación mía.

Y así fué, efectivamente. Me acompañó hasta el automóvil; besó galante la mano que le tendí y se despidió cortés, como un caballero de la corte de Luis XV.

Por un instante pensé que se proponía seguirme a mi casa. Le había juzgado mal; dijo que era pobre, y sabido es que ningún hombre se propasa a tal propuesta la noche en que conoce a una mujer si no lleva en la cartera unos cuantos billetes; Aurelio seguramente no los llevaba. Acaso se proponía conquistarme poco a poco, por lo fino, como se conquista a una señorita. No sabía que ya estaba conquistada, rendida irremisiblemen-

te a aquel hombre correcto, frío, a ratos petulante, otros poeta todo lirismo y algunos filósofo descreído, sin una peseta, que había venido a Madrid a luchar y a vencer, dejándose en Pravia, en espera del soñado triunfo y de la ansiada coyunda, una novia joven, rubia y de ojos azules.

XII

ocos hombres he conocido, y por mi desgracia o por mi fortuna constituyen legión los que he tratado en los cortos pero bien aprovechados años de mi vida aventurera, tan simpáticos como Aurelio.

No podría explicar el porqué de esta simpatía que me cautivó más de lo conveniente desde la primera entrevista, apenas cruzadas con él las palabras que he transcrito en el capítulo anterior.

Creo que así ocurre siempre; no hay modo de razonar el porqué de este influjo de la simpatía que nos rinde como si fuéramos víctimas de una irresistible fuerza magnética, que nos somete al imperio de la voluntad

ajena. Es este influjo uno de los muchos misterios que la ciencia nunca se explicará, y bien merecía la pena de que fisiólogos y psicólogos que tanto bucean en el material engranaje del cuerpo y en el confuso laberinto del alma estudiaran esta fuerza oculta y avasalladora como ninguna otra, que tantas y tan imprevistas consecuencias trae en el gobierno de los seres y aun en el de los pueblos que también se dejan prender en las redes de la simpatía y sin saber por qué alzan sobre el pedestal de los ídolos a políticos y caudillos que no tienen en su haber otro mérito que el de ser simpáticos.

La simpatía es el mayor regalo con que nuestra consabida madre la Naturaleza puede favorecernos; acaso no es otra la fuerza de los aventureros geniales que variaron el curso de la Historia; tal vez, es ese el secreto de todos los Tenorios subyugadores de la flaca voluntad y de la frágil virtud de las mujeres. La simpatía es superior a la inteligencia en el hombre y a la hermosura en la mujer.

No vale argüir, porque sería argucia de mala ley, que Fulano o Mengana son simpáticos porque son guapos, de inteligencia clara, de conversación fácil y amena, de sentimientos elevados o de trato efusivo y apasionado, porque tales cualidades, que tienen verdaderamente y que a veces no tienen el Zutano o la Fulana que nos fueron simpáticos, venimos casi siempre a reconocerlas o a inventarlas *a posteriori*, es decir, cuando la simpatía de ellos emanada entró sin examen previo, como un torrente, en nuestro corazón y se adueñó, conquistadora, de nuestras potencias y sentidos. Ni tampoco hay que atribuir el milagro a las clásicas afinidades electivas de los sexos, porque con frecuencia se da la simpatía entre hombre y hombre o entre mujer y mujer a quienes importa un rábano las tales afinidades y el tal sexo para sus relaciones de amistad o de cariño.

¿Cuál de las cualidades que antes mencioné, belleza, inteligencia, conversación, sentimientos elevados, generosidad de alma o trato cordial se daba o existía en Aurelio

para que desde el instante mismo en que le conocí me fuera intensamente simpático? No lo sé; tal vez ninguna; acaso todas. Entiéndase bien que al decir que tal vez ninguna o que tal vez todas no lo digo en términos absolutos o con referencia a todos, sino en términos relativos, con referencia a la impresión que en mí produjo y al juicio que de él formé, posiblemente distinto de la impresión que haya causado en otras personas y del juicio que esas personas hayan formado del ambicioso asturiano; ya es sabido que ninguno es lo que es en sí mismo, sino lo que cada uno de los que le tratan, según sus inclinaciones, su temperamento o el influjo que sobre él ejerce cree que es o quiere que sea.

Desde luego, Aurelio, ya le retraté, no era guapo al estilo de esos hombres que lo son, de facciones demasiado correctas y que, teniéndose por hermosos ejemplares de la fauna masculina, se ponen más moños y zarandajas que una mujer vanidosa y coqueta y por de contado se creen más conquistadores que el Cid Campeador. A ser Aurelio de esta clase

de guapos, difícilmente hubiera fijado mi atención. No me gustan los hombres bonitos; odio en nuestro tirano la bonitura y la corrección en el físico y el atildamiento en el vestir y en los modales; no me entusiasman una nariz demasiado fina, ni la boca graciosa, ni los ojos como dormidos, ni las cejas como dibujadas, ni el rostro excesivamente blanco y barbilindo, ni el cuerpo entallado. Queden estas delicadezas y perfiles para las mujeres, en las que todo debe tender a la armonía, a la gracia un poco alada, a la elegante flexibilidad felina. Los hombres deben ser muy hombres, de facciones enérgicas y algo rudas, de mirar bravo como de dominador y de cuerpo fuerte y musculoso. En la rudeza, que no ha de confundirse con la tosquedad ni menos aún con la ordinariez, creo yo que radica la esencia de la hermosura masculina.

Hombres más varonilmente guapos que Aurelio me han pretendido y no encontraron en mí cariño efusivo ni cordial simpatía. Algunos hallaron la estatua que se deja acariciar sin que las caricias caldeen la frialdad de

su mármol; ninguno la mujer palpitante, la mujer enamorada que al rendirse no sustrae a la entrega ni la hondura de su pensamiento ni las ilusiones de su alma. No estaba, pues, en la hermosura de Aurelio el secreto de su indudable influencia sobre mi corazón. Tampoco podía estarlo ni en su charla amena ni en la cultura de que alardeaba, ni aun en su talento, sin duda claro y agudo. Aurelio es un buen conversador gracioso y vario, aunque algo pedante como todos los que presumen de hablar bien y se escuchan y aplauden más aún de lo que pueda escucharles y aplaudirles el auditorio al que se dirigen. Pero la facundia en la charla no es cosa de monta, sobre todo en los países latinos, en los que la retórica vacua pero bonita está al alcance de cualquier vendedor ambulante.

De su cultura, yo que he leído mucho, he podido apreciar que es de periódico, de biblioteca económica o de conversación de casinejo provinciano, y en cuanto a su inteligencia, no es para admirarme a mí, que tantos hombres inteligentes he tratado.

Vuelvo a mi tema del principio: la simpatía tiene muy misteriosos agentes para imponer su decisiva influencia. Lo cierto es que Aurelio me conquistó en la primera entrevista, conquista pura de la que, en realidad, debía de enorgullecerse, puesto que nada material podía deslumbrarme en el arriscado astur ni nada material podía yo esperar de él.

Lo que sentí, pues, por Aurelio era amor, verdadero amor que a todos y a todas nos visita cuando menos preparados estamos para admitir su caprichosa influencia. ¿Verdadero amor? A esta interrogante no supo por entonces contestar mi alma; después sí; caído el ídolo, desceñida la venda, mi alma dió respuesta a la pregunta.

¡Mísera de mí! Ignoro, ignoraré siempre el contenido sustancial de la palabra amor. Hay una evidente y al mismo tiempo una triste paradoja entre las que viven para el amor y son incapaces de sentirlo, tal vez porque el amor nunca es para ellas, la canción clara, la música de letra divina, la aspiración imprecisa del alma, el templo misterioso en que Cu-

pido oficia y eleva con mano temblorosa la Hostia santa de la vida sobre el florido y siempre florecido altar de la especie.

Para mí, para tantas otras como yo, para las que entregaron el cuerpo sin vergüenza, pero también sin pasión, al deleite de los sentidos ajenos, el amor es la caricia brutal que se soporta sin desearla y se devuelve sin complacencia; el amor es servidumbre, es la mísera y material conjunción de dos seres en la que las almas desunidas, indiferentes la una a la otra, no ponen la nota de poesía de los divinos éxtasis y los voluntarios abandonos. Así no es extraño que odie el amor, que es el grillete, el rito profesional de mi vidá, y que al mismo tiempo me consuma buscándole y me desespere por no hallarlo.

Una vez lo encontré; sobre mi alma solitaria batió sus frágiles alas de mariposa; su fuego caldeó mi sangre helada y llevó a todo mi ser las fiebres del deseo puro; resonó en mi oído su canción, clara como la risa de un niño; alumbró las tinieblas de mi corazón desolado y comprendí cómo el amor se señorea de la

vida; cómo ilumina cuanto toca con los resplandores de no soñadas auroras y cómo se adueña, sutil y poderoso, de nuestras potencias y sentidos. Fueron las horas breves de aquel amor las únicas horas sentimentales de mi vida. Pero el amor me está vedado; su inesperada, su brusca aparición no sirvió para otra cosa que para aumentar la amargura de mi alma y ensombrecer aún más la noche sin posibles amaneceres de mi corazón.

Algún día, bajo ese mismo título «Horas sentimentales», hablaré de aquellos días a un tiempo mismo, los más claros y los más obscuros, los más alegres y los más tristes de mi vida. Ellos me hicieron sentir toda la fuerza irresistible del amor, y, aunque el amor fué para mí desgarradura angustiosa del alma, aunque en vez de alzarme me hundió más en el abismo, conservo un rescoldo de su fuego en el corazón y un reflejo de su luz en los ojos.

Hay en el libro íntimo de mi vida una página que nunca puedo leer sin sentirme llevada

de una casi religiosa emoción, sin duda porque es un grito angustioso de mi alma y porque la escribí mezclando las lágrimas a la tinta y enganchando a los gabilanes de la pluma pedazos vivos de mi propio corazón. Pertenece esa página al episodio «Horas sentimentales»; pero no resisto a la tentación de reproducirla en éste por si aquél no sale nunca del arrumbamiento de mis recuerdos ni de los escondrijos de mi corazón. Dice así:

«Cortesana de amor, mentidora de amor, que ni a mí que lo miento ni a quien se lo mienta puede engañarnos, no sé, no he sabido, no sabré nunca, por mucho olvido que ponga entre mi historia y yo, por mucha exaltación que lleve a la farsa de mis besos y a la obligada prestación de mis caricias, lo que es amor. Amor es para mí una palabra vacía de sentido espiritual; música de un órgano lejano que halaga mi oído con sus ondas sonoras; sé que suena, pero sé también que mi mano torpe no ha de saber arrancar a su teclado de marfil el misterio de su armonía

divina. Amor es para mí una práctica profesional; no es sentimiento, no es ternura, no es aspiración dulce que llena de inquietud poética y de sueños imprecisos el corazón. El amor, el que yo inspiro es un deseo más o menos disimulado, más o menos impaciente, que no teme hollar ninguna delicadeza, que hasta se sorprendería de que la ternura y la delicadeza se levantaran como un valladar de su apremiante y egoísta satisfacción. Ningún hombre se humilló a mis plantas con sutiles ternezas de enamorado; todos pretendieron y pretenderán presentarse con exigencias de amante y despotismo de amo, y si alguna vez me rebelo contra esta brutalidad masculina; si opongo al fuego de la pasión desenfrenada mi desdén de mujer que no cayó tan bajo que no conserve algo de su primitivo orgullo; si someto a algún hombre a las extravagancias de mi capricho y si le desairo y maltrato, estoy muy cierta de que no le hiero en el corazón sino en los sentidos, de que no dejo en su alma la sed no saciada de un amor infinito, sino en su carne hambrienta el desaso-

siego de un apetito no satisfecho. ¡Triste suerte!

»Saben de amor todas las mujeres menos las de mi clase, que hicieron del amor una costumbre, que dieron luz, demasiada luz, a los vendados ojos del diosecillo loco que, como un juego infantil, lo reparte por el mundo con sus manos graciosas; que envilecieron el sentimiento vaciándolo de toda esencia divina y dejándole en sensación. Sabe de amor la niña que recibe temblorosa la declaración del primer novio; sabe de amor la zafia labradora que, tronchado el cuerpo por el duro trajín, sucia, mal oliente, tiene unos minutos que robar al sueño y al descanso para recibir complacida las caricias rudas de su compañero, en las que el amor pone una nota dulce de poesía como pone un rayito de luz en la tosquedad de su alma; saben de amor todas las mujeres honradas, todas las que no desertaron de las filas del deber, todas las que al entregar el cuerpo limpiaron la entrega de todo vicio, no entenebrecieron el alma con la sombra del pecado, ni la tuvieron que liber-

tar, asqueadas, de la torturadora servidumbre de la carne.

»Yo no sé de amor, no lo sabré nunca; es más: sé que si alguna vez lo sintiera con apremios espirituales, sería un amor solitario que ningún hombre compartiría, aunque en beneficio propio aprovechara mi sentimentalismo de un día; y sé que el que inspiro no sobrevivirá a ningún desgaste de mi cuerpo; no perdurará cuando la nieve de los años teja sus hilos de plata en la negrura de mi cabellera, cuando mis párpados se arruguen y pierdan mis mejillas su frescura, mis labios su grana, su esbeltez mi cuerpo y mis carnes su turgencia. ¡Y debe de ser tan dulce ese beso, libre ya de toda voluptuosidad, flor de exquisita ternura y no anticipo de otras más íntimas y ardorosas exigencias, ese beso, por fuerza casto como el de un niño, que en los labios marchitos de una anciana depositan los secos labios de otro anciano que fué el compañero de su vida y que acaso, al través de los cristales del amor, del verdadero amor, del santo amor redivivo en el alma cuando ya está

muerto en la carne, la ve siempre hermosa, con una hermosura que no injuria el tiempo, que no maltratan las enfermedades, que no extingue ni la misma muerte, porque la muerte la unge con la inmaterial belleza del recuerdo!

»Cuando los años, en su correr rápido, echen sobre mis espaldas, encorvándolas, su carga abrumadora; cuando ya no sea para los hombres de mi generación otra cosa que la remembranza picante de un placer perdido en la sabrosa lejanía de los años mozos; cuando los jóvenes se asombren si alguien les asegura que fuí hermosa y ardorosamente deseada, que encrespé pasiones y arruiné hogares y amarré voluntades que parecían rebeldes a todo vasallaje al carro de mis triunfos amorosos, no tendré un brazo ya trémulo, pero aún con fuerza para encadenarse al mío, que me lleve por las serenas alamedas iluminadas por el sol de la vejez con alegrías inmateriales de tornaboda espiritual; no podré decir, como tantas otras orgullosas de un hecho vulgar, pero que tiene toda la divina poesía

de la creación: «estos son mis hijos y estos los hijos de mis hijos, que han de perpetuarme teniendo algo mío, a través del tiempo, con la eterna perpetuidad de una vida siempre renovada».

»No; bien lo sé: el claro amor humano que pone los acentos encantados de la poesía sobre los rugidos del deseo no abrirá nunca sus flores delicadas en la tierra yerma de mi corazón; no bañará mi alma con su blanca luz de aurora ni resonará en mi oído con la melodía dulce de su música celestial. Las tristezas doloridas de mi vejez no serán más útiles al mundo que las alegrías alborotadas, más artificiosas que sinceras, de mis años juveniles. Será más mísera aún mi existencia en su atardecer sin belleza y sin majestad; que el cabello blanco, si es corona de una vida austera, parece coraza en quien todo lo atropelló en la fiebre de un vivir desordenado. ¡Quién sabe! Acaso privada de pecar por cuenta propia ayude a los ajenos pecados con los tesoros de mi experiencia; acaso un misticismo de última hora llene de plañideras oraciones,

forjadas en el miedo más que nacidas del amor, la soledad de mi alma y el inútil transcurrir de mi vida; acaso la Divinidad que ahora no me preocupa me abrume en los linderos medrosos de la muerte, con su majestad y poder invisible.»

Lenguaje extraño en boca de una cortesana, aun siendo de la especialísima condición que yo, que no subió de un origen ruin al vicio elegante, sino que me despeñé en él desde una buena cuna. El alma nos juega alguna vez, cuando nos coge desprevenidos, esa mala pasada de un sentimentalismo agudo.

Leo con frecuencia la página transcrita, que es como el breviario de mis secretas y nunca alcanzadas aspiraciones. La leo sobre todo cuando creo que el amor va a aletear en mí y su lectura me produce siempre el mismo efecto: un desencanto de la soñada ilusión; un mohín desdeñoso en la boca; una resignada tristeza en el alma.

También la leí después de mi primera entrevista con Aurelio y el desencanto no vino; el desdén no convirtió en rictus doloroso mi

sonrisa; la tristeza no clavó sus garras en mi alma; el pajarillo parecía aletear en mi pecho; parecía, y con parecerlo me bastaba. Un reflejo pálido, por pálido que sea, de la felicidad, se confunde, por los que nunca la tuvieron, con la felicidad misma.

XIII



URANTE algunos días—no pasaron seguramente de quince—mantuve muy ilusionada aquella farsa de amor por lo fino. Claro es, y si no lo fuera no habría lógica en el mundo, que entre una mujer bella y frágil y un hombre guapo y decidido, aquel sentimiento puro, que tenía cierto leve matiz de romanticismo, no podía durar mucho tiempo sin degenerar en ridículo.

Poner trabas al deseo cuando ningún obstáculo se oponía a su satisfacción, por mucho que los inconvenientes artificiosos me encantaran y por muchas apariencias de virtud recobrada que me dieran, era cosa superior a mis fuerzas y sobre todo a mi caprichosa vo-

luntad, que nunca admitió las espuelas de la impaciencia, aunque muchas veces sufrió los bostezos del hastío.

No tardé en citar a Aurelio a mi casa y en pasar a solas con él horas muy agradables. No temía ninguna sorpresa del duque. Carlos no ha nacido, ya lo dije al delinear su figura, y le alabo el gusto por lo que tiene de discreto y elegante, para héroe de *vaudeville*. Toma para ello sus precauciones y evita cuidadosamente todo motivo de ridículo o de escándalo. Al principio de nuestras relaciones iba a verme cuando le venía en gana; ni aun así, con la inseguridad de sus visitas, me cogió en un renuncio. Mi doncella Juana, chica excelente y despierta que así sirve para preparar un tocado mejor que la más hábil rizadora parisina como para *evaporar* un hombre en las narices mismas de quien no deba verlo, me sacó siempre de todo conflicto. Una sola noche pudo, sin embargo, el duque sospechar algo; una noche en que Juana, que supo realizar la obra difícil de escamotear un amigo que me consolaba del abandono del prócer,

se olvidó del juego mucho más simple de ocultar unos guantes, unos horribles guantes amarillos que el jefe del Gobierno no hubiera querido para su lacayo, unos guantes, fiscales terribles de mis escapadas a los andurriales sabrosos de infidelidad. El duque tuvo por fuerza que verlos, pero no los vió; se limitó desde el día siguiente a no visitarme sin previo aviso. En su gramática amorosa es superior el verbo «prevenir» al verbo «sorprender». Recibía, pues, las visitas de Aurelio con toda tranquilidad; me bastaba noticiarle las noches que estaba libre; Juana no tuvo nunca que ejercitar con respecto a él sus traviesas habilidades.

El amor era en Aurelio cosa muy distinta que en mí. Mientras yo le quería o me parecía quererle con locura, con esa pasión romántica que en las mujeres, aun en las más perdidas, florece fácilmente, unas veces por el novio, algunas por el marido, y muchas por el amante, él me quería con correcta tranquilidad; él, hablando en plata, más que quererme se dejaba querer como esos santos de

palo que reciben con la inconmovilidad de su corazón de madera los homenajes fervorosos de la grey devota.

—Eres muy singular—le dije una noche tirándole con cierta rabia, pero sin lograr descomponerle el rostro, de la rizada melenita—. Bobo, más que bobo; tienes la inmensa suerte de que te quiera, como una tonta, la mujer que más fama de hermosa tiene en Madrid; la mujer que muchos hombres han pretendido, como lo oyes, y muy pocos conquistado, y cuando debieras sentirte satisfecho y casi orgulloso, estás más frío y más impasible que una estatua de piedra. ¿Te parece eso natural y decente?

—No creas que no te quiero—me contestó riendo, con su reir irónico y desconcertante—. Te quiero tanto como tú a mí; ¿lo dudas? Vamos a ver: tú me quieres mucho, ¿verdad?

—Con toda el alma; aunque no debiera quererte ni menos decírtelo, mi orgulloso don Juan.

—Pues con toda el alma te quiero yo tam-

bién a ti, mi gentil doña Inés—continuó en el mismo tono de broma cariñosa—. ¿Qué culpa tengo yo de que en tu corazón haya, si la hay, más pasión que en el mío? El que da lo que tiene sin reservarse nada... De modo que si tú pones en nuestro cariño todo el fuego de tu alma, que eso habría que verlo, y yo toda la efusión de la mía, resulta como dos y dos son cuatro que, aunque parezca distinta la intensidad, ambos nos queremos de igual manera, que es precisamente lo que pretendía demostrarte.

Claro es que esta conclusión lógica, por muy matemática que pareciera, no me convenció del todo. Era igual: estaba por completo cogida, totalmente entregada a Aurelio. Por esta vez, al cumplirse las profecías del muy fatuo, se habían vuelto las tornas, y era yo, pobre mujer que se las daba de experta y desdeñosa, el juguete frágil de aquel hombre, en vez de ser aquel hombre, ni siquiera apasionado ni agradecido, el juguete mío.

Mi entrega, mi total rendimiento habían

llegado al extremo de encontrar muy de mi gusto lo que Maruxa no había hallado del suyo. A ser más dueña de mis nervios me hubiera sublevado la sola idea de aceptar complacida, entusiasmada, enloquecida, lo que otra mujer, inferior a mí, se había creído en el caso de desdeñar; es decir, de desairarlo no, que sólo se puede desairar lo que se nos ofrece, y Aurelio no se había ofrecido a la envidiosa gallega.

Maruxa tenía razón: harto inspirada estuvo cuando me lo advirtió. Aurelio era un mozo muy peligroso; su frialdad desdeñosa y aquel seguro dominio de sí mismo en el que ya no quedaba nada del provinciano bruscamente transportado a la corte, encendía mi sangre y estiraba como cuerdas mis nervios. Estaba rendida a discreción; de él lo hubiera aguantado todo; la injuria, hasta los golpes mismos los hubiera recibido con gusto, casi con deleite, por verle descompuesto, por sentir el calor de hombre bajo la frialdad pétrea de la estatua. Estaba perdida. ¡Cuán cierto es que la hora bendita del amor, del verda-

dero amor, llega para todas las mujeres, hasta para aquellas en quienes el trato íntimo con los hombres y el desprecio justificado por ellos parecen haber secado para siempre las fuentes dulces de la ternura!

XIV


AS frecuentes visitas de Aurelio no eran simplemente visitas de amor; más parecían lecciones y ejercicios de elocuencia y cátedra de proyectos audaces que alborotada explosión de sentimientos ardorosos.

Aquel hombre, aun estando conmigo, ni aun en la dulce y cálida intimidad de la alcoba, velaba su ambición insaciable, su pasión loca por la política, su ansia de mando, por destacarse de la multitud anónima, por conquistar unos renglones en las páginas de la historia española.

Nobles ambiciones, sin duda; generosos ideales muy propios de una inteligencia clara como la suya; pero, la verdad, hubiera pre-

ferido que los reservase para la hora, grata a los hombres, de la tertulia en el café o en el casino, en vez de traerlos como una ducha fría a nuestras contadas horas de amor.

Podría escribir un abultado volumen, si para ello tuviera memoria y gusto y el libro interesara a las gentes, con las cosas que oí a Aurelio en nuestras conversaciones íntimas. Ya he dicho que hablaba muy bien. Los conceptos, hasta los más paradójicos, se formaban vertiginosos en su cerebro; la palabra fluía fácil, cálida, de sus labios. Yo le escuchaba con embeleso y casi le perdonaba, por el gusto de oirle, que en el tema de sus conversaciones entrara muy poco el amor, y menos aún que el amor, mi enamorada persona.

Había en Aurelio entusiasmo, pero también desaliento y, sobre todo, amargura, una amargura que se revolvía, tan impotente como iracunda, contra todo lo constituído, como si hubiera sido ordenado precisamente para dificultarle a él los caminos del triunfo.

—Me creo llamado a grandes destinos—me

dijo inmodestamente una vez—; pero no llegaré a nada porque carezco de medios para luchar y vencer en un ambiente hostil para todo el que vale y no tiene padrinos. Únicamente una revolución—continuó, paseándose furiosamente por el gabinete—podría poner arriba todo lo grande, desconocido o menospreciado que hoy está abajo; sólo una revolución, porque en el envilecedor orden actual, desorden organizado para el atraco y la injusticia de los poderosos le llamo yo, en el orden actual, repito, no es posible la lucha no siendo hijo, sobrino, novio de hija, pasante o amante de mujer de prohombre. La revolución que se avecina, porque el país no puede ya aguantar que le gobiernen hombres ineptos y asalariadas tertulias domésticas, levantará a los audaces sobre los tímidos, a los que llevan algo dentro sobre los de mollera vacía, que parece algo porque se toca con el sombrero de picos; a los doctos y grandes sobre los ignorantes y pequeños apoderados de mala manera del Poder. Si la Patria ha de salvarse, es preciso que la revolu-

ción la salve y que no tarde, Magdalena, porque el enfermo está tan malito, que ya no admite espera; que la salve aunque destruya, aunque incendie, aunque arrastre a docenas de políticos, y mientras más destruya, más incendie y más arrastre, mejor. Pero entretanto..., entretanto, los hombres como yo se consumen en la rabia de la impotencia y ven cómo otros que no valen nada suben y medran y sientan plaza de personajes.

La cantinela, con distintas palabras, pero con iguales conceptos, se repetía a todas horas. En la lira de Aurelio no había mas que una nota y la musiquilla tenía el mismo sonsonete, entre plañidero y apocalíptico, ya rascase el violín, aporrease el piano o soplara el trombón. Yo procuraba consolarle; pero como no tenía otros consuelos que los de mi cariño, mis besos, mis caricias, que, tonta de mí, se me figuraba que valían más y eran más positivas que todos esos fantasmas de trivial vanagloria por los que se pelean los hombres, se enzarzan los pueblos y se desangra la Humanidad, los tales consuelos

servían para curar la dolencia espiritual de Aurelio como el tafetán inglés para aplacar un dolor de muelas.

En realidad, no se me alcanzaba la conveniencia de una revolución con incendios, destrucción y asesinatos para que mi Aurelio fuera diputado; lo de arrastrar políticos, si uno de los arrastrados había de ser el duque de San Fermín, ya lo encontraba más razonable como deseo del arriscado asturiano, porque éste, por poca dignidad que tuviera, tenía que sentir unos celos horribles de mi *señor oficial,* aunque el tal señor, como tantos otros señores que reinan y no gobiernan en el tornadizo corazón femenino, no fuera en este caso mas que un pobre marido engañado.

Por lo demás, no podía comprender en qué estaba ligada la salvación de la Patria, así, con mayúscula, al hecho vulgarísimo de que Aurelio pudiera pronunciar en el Congreso aquellos retóricos discursos con que regalaba mis oídos y ponía en tensión mi impaciencia amorosa.

No había yo deducido en vano de mis lec-

turas de la Historia una enseñanza constantemente repetida, con inútil repetición, a juzgar por lo poco que se aprovecha; la de que la mayor parte de las revoluciones se han hecho para satisfacer unas cuantas ambiciones personales, para elevar sobre los pedestales de la victoria a unos cuantos vividores no más doctos ni más inteligentes ni más honrados, tal vez, que los caídos. Así se explotan las pasiones de la masa descontenta y siempre propicia a alborotarse, sus deseos, deseos de enfermo que de ninguna manera se encuentra bien, a cambiar de postura, los instintos de fiera que se agazapan en el alma de las multitudes, y así se destruye, se incendia y se mata y, en definitiva, siempre para lo mismo: quitar a unos para colocar a otros. Ahora que cualquiera pone cascabeles al gato cuando el gato se enfurruña y enseña las uñas; cualquiera vuelve a encerrar la fiera una vez libre y suelta por la calle para destrozar a dentelladas y zarpazos cuanto se le ponga por delante; la bestia se ceba pronto en los que la libertaron; los pueblos tienen bromas

sangrientas y suelen vengar en los apóstoles que los solivianten a los tiranos vencidos.

Tú eres una mujer superior—me dijo una noche Aurelio—. A vivir en otros tiempos y a nacer en Francia, donde las mujeres no fueron nunca tan pacatas como en nuestro país, hubieras sido una Maintenon, una Pompadour o una Dubarry, ejercido influencia, nombrado y destituído ministros y conferido mandos de ejércitos y escuadras. ¿No te encanta la política?

—¿A mí? Ni esto—le contesté, señalando con el dedo pulgar la uña del meñique—. Y eso que de política sé más que muchos hombres.

—Cierto—repuso Aurelio, con la mirada encendida de curiosidad—. Tú sabes, seguramente, muchas cosas que, incluso los que se dan de bien enterados, ignoran. Y eso, ¿no te enorgullece?

—Nada; a mí lo que me enorgullece es tu amor.

—Y a mí también el tuyo. ¡Qué duda cabe!

Pero el amor y la política no son cosas incompatibles; siempre, por el contrario, fueron buenos aliados y siempre el amor influyó en la política y derribó Gobiernos y trastornó los destinos de un país, porque si los hombres gobiernan a los pueblos, a los hombres, por regla general, los gobiernan las mujeres. ¿Qué ofrenda que valga más puede ofrecer un hombre a la mujer a quien quiere que la de sus triunfos, la de su poder, la de su dominio sobre las multitudes electrizadas por la magia insuperable de su palabra o sometidas al yugo férreo de su voluntad?

—Muy bien—no pude menos de decirle, como si de repente me hubiera convertido en el auditorio cortés de un Ateneo.

—En otras edades—continuó con más fuego—, en otras edades, la ambición del hombre que se creía superior a sus contemporáneos se cifraba en el esfuerzo de su tizona, en matar moros y en reconquistarles palmo a palmo la tierra usurpada, en entrar a saco en las poblaciones vencidas; en conquistar, con un puñado de aventureros, lo peor de

cada casa en cuanto a lo moral y lo más florido en cuanto al esfuerzo bravío y triunfador, imperios tan inmensos como inexplorados. Hoy, ¿qué pasión puede haber tan masculina como esta noble pasión de la política? Mandar sobre millones de hombres; convertir en cera blanda a las multitudes entusiasmadas; desorientar y desbaratar a los contrarios, en el Parlamento; encaminar a la Patria a gloriosos destinos, debe ser cosa tan grande que, hasta la injuria misma, sombra implacable e inseparable de los políticos, ha de saber a mieles.

Bien veía, cuitada de mí, que la política, más que el frío temperamento pasional de Aurelio, era el verdadero, el formidable rival de mi amor. Pero estaba tan dominadita por aquel hombre que, lejos de aborrecer esa política sin entrañas que tantas cabezas ha trastornado y tantas lágrimas ha hecho verter, fruto únicamente áspero y desabrido para los que nunca lo probaron, me sentía contagiada algunas veces del entusiasmo fogoso de mi gentil tribuno.

Una noche llegó Aurelio más excitado que otras veces y también más triste. Todo el mundo político andaba por aquellos días revuelto y encrespado. El duque, mi duque, había obtenido, a pesar de los vaticinios de los prohombres que, como de costumbre, no dieron en el clavo, el decreto de disolución de las Cortes.

Estaban convocadas las elecciones generales. Se procesaban Ayuntamientos por delitos ciertos, que no lo son mas que en estos casos; se destituían alcaldes; se hacía la vista gorda, más que de ordinario, sobre el peso y la calidad de los alimentos; se montaba, en suma, el complicado y poco limpio tinglado electoral.

Nadie hablaba de otra cosa que de elecciones. El mismo duque, cuando, en una clarita, de sus fatigosos quehaceres, me visitó, me habló de ellas. Estaba abrumado; le caían candidatos hasta en la sopa, y no sólo monárquicos fervorosos, más fervorosos a la hora de pescar el acta o de obtener la prebenda que a las restantes horas de la vida, sino fe-

roces republicanos e intransigentas carlistas que aspiraban a un puestecito en el cómodo encasillado oficial que prepara la representación parlamentaria que luego ha de elegir la nación por soberano y espontáneo sufragio.

El cansancio y las preocupaciones del duque no me interesaron gran cosa. Era el amo, el señor, y su fatiga voluntaria no me produjo ninguna lástima. En cambio me impresionó profundamente la tristeza de Aurelio, aunque era tan voluntaria como la inquietud de Carlos. Ello se debía, sin duda, a que Aurelio era joven y el duque viejo; aquél el amante del alma y éste el de la conveniencia apenas soportada. Para un corazón de mujer tamañas diferencias son harto esenciales.

—¿Qué te ocurre esta noche, nene mío?—le pregunté rodeándole el cuello con mis brazos desnudos.

—Nada—contestó besándome con más apasionada ternura que otras veces—. Esas elecciones generales me han puesto de mal humor; no puedo remediarlo.

—¿Y a ti qué te importa, majaderito mío?

Afortunadamente todavía no eres político ni tus aspiraciones pasan, por ahora, de aspiraciones platónicas.

—Te engañas—me contestó con voz que me pareció muy sinceramente emocionada—tardé algo en averiguar que era maestro en fingimientos—. Mis aspiraciones son reales y muy reales; constituyen un deseo loco; no es culpa mía si no puedo realizarlas. Pensar—añadió paseándose nerviosamente por mi gabinete—que obtendrán el acta tantos señoritos mentecatos y vacíos de mollera mientras que yo, que tengo conciencia de que valgo, que sé, perdóname la inmodestia, que habría de imponerme, no podré ni luchar siquiera. Es triste cosa, Magdalena, no tener un amigo, un padrino de esos que disponen a su antojo de los distritos y designan desde su despacho el candidato que ha de elegir el pueblo. Y ninguna ocasión como ésta; San Fermín ganará las elecciones como siempre y más que otras veces porque forzará los resortes del Gobierno; se asegurará en el Poder y tendremos Cortes para rato. Otros tres o cuatro

años perdidos, atrasados en mi carrera. Hay para darse a todos los diablos.

Le vi tan dolorido, tan amargado, que sentí hacia él una ternura inmensa, de madre más que de mujer. Le atraje a una butaca, me senté en sus rodillas, le besé y acaricié con besos y caricias que me parecieron puros, libres de todo deseo, limpios de todo pecado y le dije con voz muy cariñosa:

—Vaya, chiquito; no te preocupes ni te apenes. Faltan muchos días para las elecciones; ¡quién sabe si de aquí a entonces encontrarás el amigo que necesitas!

Fijó en mí sus ojos azules en los que resplandecía aquella mirada dura, de reflejos acerados, mirada que me magnetizaba y rendía a su voluntad caprichosa mis frágiles fuerzas de mujer, y me contestó:

—¿Dónde encontrar ese amigo? ¿Puedes indicármelo tú, Magdalena?

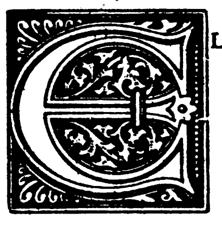
Bien sabe Dios que aquello se lo había dicho únicamente para consolarle. Pero el decírselo, y sobre todo su contestación, fué como si de repente se encendiera la luz de

una idea en las negruras de mi cerebro. Sonreí mefistofélicamente a mi propio pensamiento, lo maduré y me familiaricé con él de tal modo, que al día siguiente, al despedir a Aurelio, después de una noche de amor loco con el que me pagó sus frialdades de muchos días, le repetí, misteriosa, con mucha seguridad en el acento:

—Lo dicho: no te preocupes, tontín: encontraremos al amigo.

Me miró fijamente, pero no pronunció palabra. Me pareció únicamente que sus besos de despedida eran más apasionados que otras veces y que me estrechaba con más fuerza entre sus brazos.

XV

L duque me conocía admirablemente. Para aquel prócer acostumbrado a tratar a los hombres, a sondear todos los abismos del corazón humano, una muchacha, aunque sea tan redomadamente experta como yo, no podía tener muchas complicaciones espirituales. Aplicándoselos a sí mismo, Carlos podía repetir los conocidos versos de Campoamor, gran catador de las pequeñeces del alma femenina:

> «Para un viejo una niña siempre tiene
> el pecho de cristal.»

De cristal o sin secretos, aunque yo quisiera guardarlos, era mi corazón para el duque. Así es que cuando tenía que pedirle al-

gún favor, y le había pedido muchos, desde plazas de barrendero hasta Delegaciones de Hacienda, me sorprendía el secreto en los ojos, en la manera misma de presentarme a él. Tales adivinaciones me resultaban, como se comprenderá, muy cómodas, porque sobre evitarme la violencia de romper el fuego, me daban andado la mitad del camino, pues rara vez desairaba Carlos mis peticiones.

En cuanto entró aquella noche, de la primera ojeada adivinó que el poder público iba a ser asaltado por la pecadora pedigüeña.

Sentóse a mi lado, fijó en mí sus ojos un poco fatigados, y sin preámbulos me dijo, complaciéndose en echárselas de brujo:

—Algo tienes que pedirme, Elsa.—El duque, que había sido en su juventud algo poeta, me llamaba Elsa desde que advirtió cierto parecido mío, salvo en lo rubio, con una célebre cantante, afortunada intérprete de la heroína de Wágner. —¿Qué es ello?

—Ha adivinado vuecencia, señor duque— le contesté con la cómica ceremonia que empleaba en casos tales, acentuada esta vez

para enmascarar mi confusión, pues la demanda, justo es reconocerlo, se salía de lo corriente.

—Bueno; no se necesita mucha ciencia para adivinarte, hija mía. Dime pronto de qué se trata; dispongo de poco tiempo; apenas puedo dedicarte media hora, y sentiría perderla hablando de negocios.

—No será sin que desde luego me concedas lo que vaya a pedirte—repuse, sentándome sobre sus rodillas como la noche anterior sobre las de Aurelio; esta vez con más estudiada mimosería, pero sin tan espontáneo amor.

—No vayas tan de prisa, locuela mía, que tales cosas puedes pedirme que no esté en mi mano concedértelas. ¿Cómo quieres que te dé la firma en blanco? Venga primero la solicitud y luego seguirá, si es factible, la concesión.

—¡Oh, señor duque!—respondí volviendo a la cómica ceremonia—. Eso de tratar como a un pretendiente cualquiera a la mujercita que tanto le quiere; eso de exigirle que ex-

ponga su pretensión para después de oirla contestarle con un «ya veré»; «no sé»; «procuraré complacerla», no está bien, señor presidente, francamente, no está bien.

—Bueno, mi reinecita despótica; concedido... si está en mi mano concederlo.

—Entonces concedido, porque en tu mano está—dije palmoteando de alegría, como una chicuela que obtiene el juguete apetecido—. Has de saber que tengo un primo.

El duque sonrió levemente como hombre experto que no cree en la lealtad de los primos de la mujer legítima ni en la autenticidad del parentesco cuando se trata de la querida.

—¿Y qué quiere tu primo? ¿Un destinejo? Se le dará.

— ¡Un destinejo! — exclamé con cómico asombro—. ¿Y para un destinejo iba yo a molestar a todo un presidente del Consejo de Ministros?

—Entonces, ¿qué? ¿Una pensión para ampliar estudios en el Extranjero? ¿Una medalla de oro para un cuadro? ¿Que se le prohiba un libro para asegurar la venta?

—No; nada de eso. Desea—dije dejando caer lentamente las palabras—, desea... un acta de diputado.

El duque hizo un movimiento tan brusco, que por poco echa a rodar por el suelo a mi bella personita.

—¡Diputado!—dijo—. ¿Sabes lo que pides, chiquilla?

—Sí, señor: un acta; por donde quieras. No hay predilección por sitio determinado; simplemente un acta.

—¡Diputado! ¡Con esos antecedentes! Por fuerza tú estás un poco chiflada, mi pobre Elsa.

—No creas—le contesté haciendo como que no comprendía el verdadero sentido de sus palabras y como que no me había fijado en aquellas feas frases «con esos antecedentes»—. No es mi primo un hombre adocenado cualquiera. Es elegante, fino, doctor en Derecho, hombre que sabe muchas cosas y con un pico de oro...; un devoto admirador tuyo y un partidario del orden, nada amigo de los trastornos y revoluciones.—No sé cómo pude

mentir tan descaradamente—. Ya verás cómo te gusta y cómo más adelante me das las gracias. Estoy segura de que entre todos los diputados nuevos que hagas, porque tú los haces, no me vengas con excusas, no hay dos que valgan lo que él; palabra.

—¿Pero de dónde sale ese primo tuyo de tanta valía? ¿Llovido del cielo acaso?

—No, verás; no quiero engañarte: nunca lo hice, y ahora menos, que vas a otorgarme lo que te he pedido. Como primo, lo que se llama primo, ese muchacho no lo es. Es toda una historia, una historia verdadera, no vayas a figurarte... Aurelio, se llama Aurelio, Aurelio de las Matas, ¿sabes?, es sobrino carnal por línea paterna de un tío político mío, un hombre que me quiso mucho, que de pequeñuela me acunó con frecuencia en sus brazos y que, a vivir, no hubiera consentido que cayera en la situación en que he caído. Como ves, en realidad no tengo parentesco alguno con Aurelio; pero deseo pagarle al sobrino la deuda de gratitud contraída con el tío... ¿Está claro? Me parece que más que

los discursos de Maura o de Sánchez de Toca.

Aunque puse calor en mis palabras, comprendí que el duque no creía ni en una sola de las de mi historia. Era lo mismo; no había de demostrarme su incredulidad.

—¿Y él... te ha pedido eso?—me preguntó con un acento en que había veladas ironías.

—No; no me ha pedido nada; es ajeno a nuestra conversación. Es una sorpresa que quiero darle.

—Pues no se la darás. Es una pretensión imposible, Magdalena. Hay miles de candidatos; habrá que ir a la reforma electoral para que puedan ser diputados todos los españoles que no sirvan para otra cosa. Además, está hecho el encasillado.

—Pues lo deshaces, ¡ea! Para eso eres el amo—le contesté alzándome de sus rodillas y en tren de enfadarme de veras. Así como así, hubiera roto ya de buena gana con el duque, a no ser porque Aurelio me aconsejaba que no lo hiciera, y, naturalmente, no iba a ser yo más papista que el papa—. ¿Vas

a tenerme a mí en menos que a cualquier politicastro vanidoso? Además, me has dado tu palabra.

—Una palabra arrancada por sorpresa, un consentimiento otorgado con ignorancia..., no son cosas válidas, mi pobre Elsa.

—Mira, Carlos—le dije entre risueña y enfadada—. No me vengas con argucias de leguleyo ni con artimañas de político camandulero; eso lo dejas para tus correligionarios; para mí no vale, ¿sabes? Tengo tu palabra, y un duque de San Fermín no falta a su palabra, aunque se la haya dado... a su querida.

Calló el duque, y después, como hablando con él mismo más que dirigiéndose a mí, me dijo:

—No; la cosa no dejaría de tener gracia, ¿verdad? Puede presentarse como independiente luchando con el ministerial. Naturalmente, ya daríamos órdenes de que fuera él, el apoyado. El carácter de independiente tendría la ventaja de suprimir toda investigación molesta.

—No te arrepentirás, Carlos—repliqué

prontamente, en mi deseo de afianzar un triunfo que ya me parecía seguro—. Te declaro, y ya sabes que no soy fácil de deslumbrar, que el muchacho vale más de lo que pesa; es un orador, y como ha de serte incondicionalmente leal, te prestará una verdadera ayuda: tú has de verlo.

—Y aunque no sea orador—contestó el presidente subrayando la afirmación con una de sus sonrisas francamente escépticas—. En política, la sabiduría, la elocuencia y hasta la lealtad, siempre acomodaticia y siempre sospechosa, se cotizan mucho menos de lo que tú crees. Hay, en España al menos, dos profesiones para las que sirven los que no sirvieron para ninguna otra cosa, lo cual no quiere decir que no haya en ellas también hombres de saber profundo, de talento esclarecido y de ingenio agudo: el periodismo y la política. En uno y en otra encajan perfectamente los chicos de los que no se pudo hacer carrera o los que empezaron varias y no concluyeron ninguna. En el periodismo como en la política, dos cosas muy parecidas

en lo de extraviar la opinión, se habla de lo divino y de lo humano sin otra seguridad en lo que se dice que la del desparpajo con que se cuenta y se define. Lee en un periódico una noticia cualquiera; puedes asegurar que está equivocada. Oye en el Congreso cien discursos; ya será bastante que en uno se encuentren dos líneas de sustancia en diez columnas de prosa. Cualquier señorito de pueblo que no se avino a remover los terrones paternos puede entrar de redactor en cualquier periódico; cualquier abogadete suspendido en unas oposiciones a Registros o Notarías conseguirá, con la ayuda de cualquier prohombre, el acta de diputado, y andando el tiempo, regirá el departamento del que no pudo ser funcionario subalterno. El valer no es, pues, Magdalena, razón bastante para que yo haga diputado a tu primo.

—Pero si no es necesario—contesté amoscada—, reconocerás al menos, que no estorba.

—¡Quién sabe!—me respondió sonriente—. La verdadera valía está muy cerca del orgu-

llo y el orgullo es harto fácil a la deslealtad. En política sucede como en las compañías de cómicos; conviene que haya uno solo bueno y que los demás sólo sirvan para el coro. Los jefes se lucen muchas veces, más que por los propios méritos, por la ramplonería vulgar de los acólitos.

—Pero Aurelio no te será nunca traidor —contesté con la altivez de una reina ofendida o de una pitonisa no creída—. Aurelio te lo deberá todo y sabrá ser tu sombra, tu otro yo, y no tener más opinión que la tuya; yo te lo fío, Carlos.

Sonrió el duque sin contestar o, mejor dicho, contestándome con la sonrisa. Después, como quien recuerda una cosa olvidada, sacó la cartera, extrajo de ella un papel y me lo enseñó diciéndome:

—¡Ah! Mira: una carta de no sé quién, en la que precisamente, a juzgar por las señas, me hablan de ese primo... que no es primo tuyo.

Mudé de color; adiviné lo que la carta decía y adiviné también, desde luego, la proce-

dencia galaica del anónimo; pero Carlos, gran señor siempre, me tranquilizó.

—No te preocupes, tontuela; te advierto que no he creído ni una palabra de lo que en ese papel me dicen.—Y tiró la carta sobre los leños y la empujó con las tenazas para que no saltaran las pavesas a la alfombra.

No hablamos más del asunto. No me pareció oportuna la insistencia. No había ido el duque a verme para ser víctima de una emboscada ni para regalarme a la fuerza un acta de diputado. Estuve con él cariñosa, tierna como nunca; pero luego, al despedirse en la puerta como de costumbre, con el tesón, con la energía de voluntad que hay en mí cuando trato de satisfacer un capricho, le pregunté:

—¿Y de eso que te he pedido?

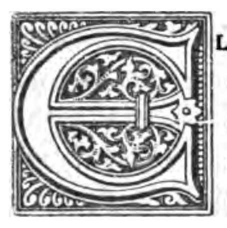
Carlos vaciló un instante; al fin dijo:

—Bueno, puesto que te empeñas... Mira, arréglate con Martínez—Martínez era su secretario político y familiar—. Que me presente a tu primo como si fuera amigo suyo. Presumo—añadió sonriendo con cierta ironía—

que el joven ese, por audaz que sea, no querrá pedirme el acta con una carta tuya de recomendación.

Y corrigió la impertinencia, en lo que pudiera tener de ofensiva para mí, con un cariñoso bofetoncillo.

XVI

L éxito franco de mi gestión diplomática con el duque me dejó encantada, radiante de alegría. Nunca me había sentido tan feliz como aquella noche de mi inesperada victoria. Nunca mi travesura amorosa, mi coquetería irresistible, se habían puesto al servicio de mejor causa, de la causa de dar un padre a la patria quien no era fácil pudiera darle ningún hijo. Ya se comprenderá que esto de la «mejor causa» era un simple juicio personal mío, juicio de una mujer no roma de espíritu, pero expuesta como cualquiera otra a caer en la frívola impresionabilidad y en la consabida ligereza del sexo. Nunca tampoco sentí mayor cariño, cariño puramente filial, por Carlos.

Mi triunfo fué de una sencillez encantadora; creo que así deben ganarse las grandes batallas y resolverse los graves problemas. No tuve que echar mano a la caja de los truenos ni que amenazar con rupturas fulminantes.

El duque, bondadoso y servicial, habíase allanado, como siempre, a mis pretensiones. Había hecho más: con su experiencia de hombre de mundo, había orillado, con la solución Martínez, la parte más espinosa, por ser la externa, del asunto. Pero el desdén, harto justificado, de sus palabras, ¿no anticiparía la repulsa no menos desdeñosa de Aurelio? ¿Se avendría éste, aun tratándose del sueño de toda su vida, a recibir la investidura de diputado de las manos blancas, pero no honradas, de una pecadora que repartía su amor entre el prócer poderoso y el ambiciosuelo vulgar? ¡Bah! El caso no era nuevo ni, bien visto, extraordinario. La historia contemporánea está llena de historias de varones que lograron grandes éxitos políticos merced a la protección de sus queridas,

que de este modo pagaron las caricias, siempre egoístas y ególatras, de los hombres de talento. Todo Madrid conoce los nombres de ellas y de ellos, y el conocerlos no ha impedido que obtuvieran el servilismo y también el respeto de las gentes. Claro es que ellas fueron o son señoronas, damas de la nobleza o del gran mundo financiero y con editor responsable que cubre con su pabellón la averiada mercancía del adulterio, mujeres para quienes se abren todos los salones, a las que se tienden todas las manos, de las que al morir son pregonadas por los revisteros su caridad y sus virtudes, pero en realidad más desvergonzadas que yo, que al fin y al cabo yo con mi vida despreocupada a nadie deshonro, como no sea a mí misma, y ellas, con su atropellado vivir, faltan al marido, a los hijos y a su propia alcurnia.

Me dejé, pues, de reflexiones, y cité a Aurelio, muy orgullosa de poderle ofrecer lo que tan ahincadamente deseaba.

Al verle entrar, batiendo palmas y ahuecando la voz, le saludé con estas palabras:

—¡Viva el señor diputado!

—¿Qué broma es ésta?—preguntó, receloso.

—Nada de broma; verdad y muy verdad. Encontramos el Mecenas soñado, el político que dispone de los distritos a su antojo. Puedes dar por segura el acta; me la ha ofrecido ayer, formalmente, nada menos que el señor presidente del Consejo. Venga un abrazo, nenín mío, que bien me lo merezco.

Pero no se precipitó en mis brazos como esperaba; quedó perplejo, como confuso. «Va a rehusar»—pensé, llena de angustia—. «Va a devolverme el ofrecimiento como si fuera un insulto.»

Al fin se aproximó a mí, me cogió ambas manos, estrechándomelas con las suyas, que ardían; me miró con su mirada de reflejos metálicos; me dió un beso, no en los labios, sino en la frente, como si quisiera limpiar de todo impudor la sabrosa caricia o convertirla en homenaje de gratitud, y me dijo con voz temblorosa:

—No sé si hago bien o mal. Tu intención

es buena; no ha podido ser más noble y me obliga a un sincero agradecimiento—recorrió a grandes pasos el gabinete, y de repente, tomada su resolución, se paró ante mí—. Después de todo—declaró—quien quiere el fin..., si el fin es bueno..., acepto, Magdalena: acepto, resulte lo que resulte y aunque las gentes me lo reprochen y hagan túrdigas de mi pellejo.

—No temas—le contesté muy contenta—. Nadie ha de saberlo, y los pocos que lo saben ya cuidarán de no propagarlo. En definitiva, nenín, tú vales, y en este ambiente, como tú mismo me has dicho, es sumamente difícil que salga a luz tu valer. ¿Qué importa que tu carrera empiece con una aventurilla a lo Maupassant, que para subir hayas tenido que apoyarte en un escalón no muy limpio? En escalones análogos, lo sabes bien, se apoyaron otros hombres eminentes y nadie se lo tuvo en cuenta ni se lo echó en cara. Cuando llegues a todo lo que seguramente llegarás, cuando seas un estadista, ninguno, ni tú mismo, se acordará de la cortesana

que te dió la mano para ponerte en el camino del triunfo.

Aurelio no contestó nada a este discursito con que yo trataba de borrar en él todo escrúpulo. Era extraño; cuando le suponía lleno de satisfacción, observé que había arrugas en su frente y desaliento en sus ojos.

—¿Qué te ocurre?—le pregunté algo inquieta—. Te creía contento, y te veo triste como antes o más que antes.

—Pues me ocurre—me contestó después de alguna vacilación— que todos tus propósitos resultan inútiles. Desde el momento en que el duque no puede encasillarme como candidato único, y hace bien si prometió encasillar a otro, no habrá, no obstante su ayuda poderosa, artículo veintinueve, sino lucha, y para luchar se necesita dinero, y yo, bien lo sabes, no tengo un céntimo. La pensioncilla que a costa de mil apuros me envía mi padre apenas si, prescindiendo de todo lo superfluo, me llega para vivir. No seré, pues, diputado.

—No serás, pues, diputado—repetí como un eco.

Estuve un rato callada, dudosa, no en ofrecerle lo que desde el primer momento le tenía ofrecido en mi alma, sino en decírselo, temerosa de que le pareciera mal aquello en que yo ponía todo mi corazón. Al fin me atreví:

—Aurelio—le dije—. Las cosas se hacen completas o no se hacen, ¿no te parece? Hemos conseguido lo más difícil porque dependía de otros y porque sin ello de ningún modo habría acta, y vamos a detenernos ante lo fácil, ante lo que sólo depende de mí. Mira, nenín; soy casi rica; sin privarme de nada tengo mis economías. Toma de ellas lo que necesites. No, no es un donativo; es un préstamo; ya me lo devolverás.

—Bueno—contestó Aurelio después de unos segundos de silencio—. Acepto el dinero porque estoy seguro de que he de pagártelo muy pronto. Si no tuviera esa seguridad, lo rechazaría sin vacilación alguna: ya me conoces. Con el apoyo ministerial, no es mucho

lo que hace falta. Pero he de extenderte un recibo y poner plazo de devolución y fijar intereses.

—Bien—le dije, complacida, pues soy mujer que sabe apreciar una delicadeza—. Pero ten cuidado con la fecha del vencimiento, porque te aseguro que he de ser una acreedora implacable.

Le firmé un cheque por quince mil pesetas; lo guardó en la cartera sin leerlo, cogió de mi escritorio una hoja de papel, sacó del bolsillo del chaleco la estilográfica, y con letra muy clara escribió:

«Yo, Aurelio de las Matas, declaro haber recibido de la señorita Magdalena (aquí mis dos apellidos verdaderos; Aurelio es de los pocos que los conocen), a calidad de préstamo, la cantidad de quince mil pesetas, que le devolveré en el plazo máximo de un año, con los intereses correspondientes, a razón del ocho por ciento anual.»

—¿Está bien así?—me preguntó tendiéndome el recibo.

—Está bien—repuse después de leerlo de-

tenidamente, como si midiera el valor legal de cada una de las palabras—. Mira—añadí—, tu palabra vale para mí más que una escritura. Me devolverás las pesetas; bueno; me pagarás intereses..., conformes; pero no quiero que entre nosotros haya documentos, ¿sabes?—Y lo rompí en pedazos menuditos, que cayeron como copos de nieve sobre la roja alfombra.

Aurelio me tomó en sus brazos, me cubrió de besos y me pagó por anticipado, capital e intereses, en la dulce moneda con que una mujer sueña ser pagada por el hombre a quien quiere apasionadamente.

A los pocos días, Aurelio, después de ser presentado al duque por Martínez, de recoger de sus labios la seguridad del triunfo y de dejar arreglados sus asuntos en la corte, salió para *su distrito*. No diré cuál, porque entra en la santa prudencia que me he impuesto no ofender con mi sinceridad el amor propio de los cándidos electores.

XVII



QUELLOS días de honda agitación en el mundo político fueron para mí de insoportable aburrimiento. Ausente Aurelio, ocupadísimo el duque, dueña absoluta de mis actos, paseé mi hipocondria por las calles de Madrid. Fuera de estos paseos no iba a parte alguna. Me recluía temprano en mi casa y no recibía a nadie; guardaba sin esfuerzo alguno el recato de una mujer joven y guapa que se encuentra en estado de viudez provisional.

Supe con alegría de enamorada y con orgullo de autor el triunfo de Aurelio. Lo supe primero por los periódicos, después por el propio duque, que a los pocos días de terminadas las elecciones vino a visitarme. Por

Aurelio ni jota; así, después de todo, lo habíamos convenido: nada de cartas ni de telegramas comprometedores. Al regresar me relataría de palabra todas las peripecias de su primera salida al campo de la política.

—Tu primo ha triunfado—me dijo Carlos al entrar—. Derrotó al candidato del Gobierno, que a estas horas debe todavía preguntarse por qué arte brujo se le escamotearon los votos que le habíamos prometido. Sin embargo, no bastó la influencia oculta que varió el curso de los votos: el joven gastó algunos cuartos, y esta es mi extrañeza. La protección bien se sabe de dónde le vino; pero ¡el dinero...!

«La protección como el dinero fueron tuyos», estuve por gritarle; pero me callé por pudor, aun bien convencida de que el duque no se hubiera asombrado de la noticia.

—Es un mozo discreto y audaz que llegará lejos—prosiguió—. Esta mañana se me presentó para decirme que, aunque triunfante como independiente, los periódicos de la noche publicarían su declaración de ministeria-

lismo. Menos mal: en este trasiego de actas no se ha perdido ningún voto.

Las noticias del duque me dejaron perpleja. ¡Aurelio en Madrid y sin venir a verme! «Mañana vendrá», pensé; pero ese mañana no tenía, por lo visto, hoja en el calendario.

Pasaron días y Aurelio no llamaba a mi puerta. Fuí al *Palace* y a otros sitios análogos, y tampoco allí le encontré. Empezaba a nacerme en el alma una leve sospecha. Las disculpas que ideaba para explicarme su ausencia y su silencio ni a mí misma me convencían. No pudiendo refrenar mi inquietud y mi impaciencia, cogí la pluma. «Te espero esta noche—le escribí—; tengo que hablarte. Aún vivo en el mundo.»

Fué Juana quien le llevó la carta, quien se la entregó en propia mano, quien observó —entonces no me lo dijo, me lo dijo días después—el mohín desdeñoso con que la recibió, el gesto de desagrado con que la leyó y la sequedad con que acabada la lectura le dijo: «Está bien; iré esta noche.» Ni preguntas, ni recuerdos para mí.

Y vino. Al verle entrar no pude contener mi resentimiento.

—Así pagas... «mis favores» —iba a decirle; pero me arrepentí a tiempo y le dije: «mi cariño».

Aurelio no contestó en seguida. Dejó el sombrero en una silla, y sin despojarse del gabán, como hombre de antemano dispuesto a una visita breve y sin consecuencias, se acercó a mí, me besó friamente y me dijo con no menos frialdad:

—Tienes razón; estoy en falta contigo: ya lo sé; perdóname. No tengo tiempo para nada. He de contestar diariamente infinidad de cartas y no puedo todavía permitirme el lujo de un secretario. He de asistir a las sesiones, preparar mi primer discurso, que espero sea sensacional, y correr de Ministerio en Ministerio con pleitos y pretensiones de mis electores. Para venir a verte esta noche tuve que excusar mi asistencia a una comida de diputados electos de la región. La política está ahora muy movida y más que nunca es una insaciable devoradora de tiempo y de energías.

Desentendiéndome de aquella frialdad, creyéndola momentáneo desvanecimiento del triunfo, dispuesta a perdonarle, le pregunté, cariñosa:

—¿Triunfaste en toda la línea?

—En toda la línea; esa es la palabra. No tienes idea—y sus ojos se iluminaron como en los buenos tiempos—, no tienes idea del entusiasmo de aquellas gentes, deseosas de encontrar un representante de verdad entre la turbamulta de candidatos que hasta ahora han solido enviarles de Madrid. Mis discursos, pronuncié muchos, producían siempre sensación; supe hablarles, con lenguaje puesto a su alcance, de sus miserias, de sus dolores, del abandono en que los tienen los Poderes públicos, de los días esplendorosos que ya alborean, días en que todos los hombres serán iguales, como hijos de un mismo Dios, que no es el Dios de los políticos ni de los curas, y ciudadanos de una misma Patria, que hoy es madre amorosa para unos cuantos, muy pocos, y madrastra cruel para los más de los españoles. Desnudé a mi adversario,

un señorito rico, incapaz de pronunciar dos palabras seguidas sin equivocarse en las dos. El distrito me votó como un solo hombre, a pesar de tener mi contrincante todo el apoyo del Gobierno como candidato ministerial. El día de mi regreso a Madrid, el pueblo en masa me acompañó con antorchas y músicas hasta la estación. Realmente, la madera popular es buena; la cantera, excelente; los malos son los gobernantes. Hay que renovar, que sanear el ambiente, que llevar a la nación por otros caminos, que echar, para ello, a este Gobierno de plutócratas y privilegiados y, con él, toda la política vieja que nos ha perdido y deshonrado.

—Pero, ¿no eres ministerial?—le pregunté, asombrada de su mentir descarado y de su demoledora profesión de fe.

—Ya no hay ministeriales, Magdalena, por lo menos en el antiguo y clásico sentido de la palabra. Grupos de hombres conscientes que pueden coincidir en un punto cualquiera de la gobernación del Estado; pero no rebaño de ovejas como antes.

—Pero el duque te ha protegido—exclamé, conteniendo a duras penas mi indignación.

—Cierto—me contestó, con insufrible fatuidad—. No he de negarlo. Algo hizo por mí, no sin su cuenta y razón, ¿sabes? No se encuentra fácilmente entre los diputados nuevos quien sepa hablar y lo que se trae entre manos. Pero sobre el duque, buena persona y detestable político, está el país, al que todos nos debemos, y sobre mi gratitud, que es cosa personal mía, tan personal que fuera de mí a nadie le interesa, mis deberes austeros de representante del pueblo, deberes que importan más, porque interesan a muchos. Te lo repito, Magdalena; hay que barrer a escobazos a esos caciques mayores y menores, pulpos que extienden sus inmensos tentáculos y, como ventosas, los aplican a los intereses públicos para extraer la poca sangre que le queda al país; hay que acabar con los ineptos hombres del desastre y con su podrida política, que llevaría a España a la muerte si unos cuantos hombres de buena voluntad no nos hubiéramos propuesto salvarla. Pero te

aburro con estas cosas. Tú también, Magdalena, perteneces, en cierto modo, al antiguo régimen. No puedes comprenderme. ¿Qué entienden las mujeres, qué entiendes tú de política?

Yo, que le había escuchado con asombro creciente, que rayaba ya en la estupefacción, me indigné con las últimas palabras. ¡Qué entendía yo de política! ¡El majadero, el fatuo, el ingrato que me había creído una mujer superior y me había comparado con la Maintenon y con la Pompadour! Porque, cierto que yo no entendía de política, ni ganas de entenderla, pero aquella representación parlamentaria, de la que se mostraba tan engullecido, aquellos sufragios *espontáneos* que obtuvo, aquellas antorchas y aquellas músicas que alumbraron y acompañaron su camino triunfal, ¿qué eran, en resumidas cuentas, sino el capricho de una cortesana aburrida, que una intriga de alcoba, digna de la musa retozona de Bocaccio o de la pluma picaresca de Maupassant?

La cólera que me hervía en el alma rompió grosera en mis labios, y grité:

—¡Regenerador tú! Lo que tú eres es un canalla no mejor que esas mujeres que, según algunos escritores, van a París a ahorrar del dinero de sus queridos la dote para casarse con el novio que dejaron en la aldea.

Le vi palidecer intensamente bajo el salibazo del insulto. «Va a abofetearme», pensé, y me puse en guardia, dispuesta, como una ramera de baja estofa, a devolverle injuria por injuria, golpe por golpe, si era preciso. Pero no; hizo un esfuerzo sobre sí mismo; se inclinó ante mí; cogió el sombrero; giró sobre sus talones y se fué sin decir una palabra.

Caí sobre una butaca. Temí un ataque de nervios; lo que vino fué un flujo de risa, aunque reconozco que aquella risa era un poquitín forzada y angustiosa.

Poco a poco se me fué disipando la indignación, y más aún el dolor cruel del desengaño. Ahora veía claro, y la claridad deslumbradora se llevaba las últimas sombras de aquel amor estúpido, en el que yo, mujer corrida y poco sentimental, me había dejado

prender como una chiquilla sin seso. ¿Amor? No; no me había equivocado la noche del *Palace*, noche histórica, pues de ella surgió un regenerador del país, al declarar que no había sentido ni sentiría el amor. El equivocado fué Aurelio al afirmar que algún día recibiría en pleno corazón el divino flechazo. No; aquello, aunque vistió el ropaje y tomó las apariencias encantadoras del amor, tampoco fué la canción de letra clara y música celestial que dicen que deleita los corazones. Fué un simple capricho de quien, plegándose a los de los demás, alguna vez pretende, sin conseguirlo por cierto, satisfacer el propio.

La conducta de Aurelio estaba aún más clara que mi capricho por él. Aurelio no me quería, no me había querido nunca; ni siquiera me atrevería a asegurar que mi carne de mujer hermosa, ardientemente deseada por los hombres, le hubiera producido goce alguno. Buscó en mí a la amiga del político influyente, el clavito para colgar el sombrero de su ambición. En su corazón frío no flore-

cía, no florecería nunca el sentimiento por la mujer, ni el deseo codicioso por la hembra sensual ni la entrega blanda a la compañera fiel y amorosa. La querida, como la mujer legítima, si llega a tenerla, ¡pobre novia de pelo rubio y ojos zarcos que le esperaba en Pravia!, no serán otra cosa que juguetes frágiles en sus manos audaces, escalones desdeñosamente hollados para su ambición insaciable. En su alma no hay otro sentimiento que el de la egolatría ni otro deseo que el de vencer y mandar, que sienta muy bien a los ojos acerados, a la voz metálica, a la fuerte musculatura de Aurelio.

Caído el falso ídolo del pedestal que yo misma le había levantado, caída de mis ojos la venda que yo misma me había puesto, me reí, pero esta vez con risa tranquila y un poco irónica, de Aurelio, del duque, de mí misma y del pobre país engañado, que de tales manos y con tal o parecido barro amasados recibe no pocas veces sus apóstoles, los voceadores gárrulos de la renovación, olvidados de que no es dable la regeneración

colectiva sino a base de la regeneración plena del individuo.

Al día siguiente recibí bajo sobre un cheque por valor de quince mil ciento setenta y tres pesetas y ochenta y cuatro céntimos: el capital prestado con los intereses justos de cincuenta y tres días al ocho por ciento anual.

Mis relaciones con Aurelio habían terminado.

XVIII

o volví a ocuparme de Aurelio. Ni siquiera por curiosidad me entretuve en ver si citaban su nombre en las reseñas de Cortes; ¿para qué? Le conocía demasiado, no sé si por fortuna o por desgracia; creo que por mi fortuna, pues a no considerarse con fuerzas para andar solo por el mundo, no sé adónde me hubiera llevado el egoísta amor de aquel hombre.

A otros, a las pobres gentes que juzgan por las apariencias sin penetrar en el secreto de la vida de sus ídolos, podrían deslumbrar las luces artificiosas, la pirotecnia de la petulante oratoria regeneradora del empecatado astur. A mí, no; concluído sin reservas mentales ni desencanto espiritual el amor imbé-

cil que creí tenerle, se desvaneció el hechizo con que durante unos meses me ató a su antojo y me hizo juguete de su ambición. Desde el primer momento desconté que el buen mozo llegaría muy lejos; el tiempo ha confirmado mis pronósticos, pues a la hora de ahora, Aurelio ya ha sido ministro, porque la audacia, el desenfado, lindero de la desvergüenza, y el hablar fácil han sido siempre triunfos en manos de políticos; pero ni la profecía ni su realización me importaban un comino.

Una noche, meses después de mi ruptura con Aurelio, vino el duque a verme. Me extrañó que lo hiciera sin previo aviso, y me extrañó aún más verle descompuesto, agitado, él, tan flemático, tan atildado, tan dueño siempre de sí mismo. Alguna emoción muy viva se había entrado de repente en aquella alma; alguna quiebra se había abierto en la reciadumbre de aquel espíritu, para que se asomaran al rostro las agitaciones interiores.

—¡Buen pez nos ha resultado tu primito!—

me dijo al verme, a boca de jarro y a modo de saludo.

—¿Qué ha hecho?—pregunté sobresaltada, temiendo cualquier atrocidad de aquel *fresco*.

—¿Qué ha hecho? Yo te lo diré, Magdalena, yo te lo diré, y aunque eres mujer y no sé te alcanzan, seguramente, las cosas de la política, con tu buen sentido juzgarás de su conducta. En realidad, no sé si es un acto de felonía o una desvergüenza interesada; pero te aseguro que felonía o desvergüenza, o ambas cosas al mismo tiempo, no las he visto mayores en mi larga y experimentada vida. ¿No vino por aquí a ufanarse contigo, su protectora, de su audacia?—inquirió, receloso.

—No—le contesté con la sencillez simple de la verdad—. Hace mucho tiempo que no le veo.

—¿Ni has leído la información de la prensa? —continuó más tranquilo.

—Tampoco; ya sabes que no me interesa la política...—me detuve porque me pareció leer en los ojos del duque: «Ojalá no te hubiera importado nunca, majadera.»

—Entonces, puesto que nada te han dicho ni nada leiste, te lo contaré—prosiguió Carlos sentándose a mi lado—. La política, seguramente no lo ignoras, está revuelta en España como nunca lo estuvo. Las sesiones de las Cámaras, sobre todo las del Congreso, que nunca fueron modelo de templanza, constituyen un escándalo tan continuado como inútil. Aquello no es Parlamento, es la plaza de la Cebada en día de gresca, y aun me parece que las verduleras son más comedidas que los diputados. Ayer llegó el jollín a su grado máximo; salvo lo de pegarnos, y cerca estuvo de que lo hiciéramos, no faltó nada para que la sesión terminara como el Rosario de la Aurora. Aunque no lees los periódicos, habrás oído vocear por la calle «El escándalo de esta tarde en el Congreso»; te aseguro que por esta vez ese grito no ha sido estratagema del vendedor para salir pronto de la mercancía. Los relatos apasionados de la prensa no reflejan la verdad del motín parlamentario.

—Siempre he creído—le interrumpí—que los hombres sois peores que las mujeres. Me

río yo del chismorreo, de los gritos, de las envidias y de la inútil conversación de las hembras en cuanto se reúnen seis hombres, sobre todo si son políticos.

—Tal vez tengas razón. Verás: cuando los republicanos arremetían furiosos contra la ley del Terrorismo; cuando me gritaban «Lo que Su Señoría quiere es mancharse las manos de sangre»; cuando jaimistas e integristas les hacían el juego con esa unión híbrida que únicamente la política, mujer de muchos hombres, puede engendrar; cuando los liberales callaban, sospechosos, contenidos por sus jefes, pero prontos también a desmandarse, Aurelio, aludido por no sé quién, pidió la palabra. Lo vi con gusto; de aquellos bancos de la mayoría sólo podía salir la defensa ardorosa del Gobierno, y como el mozo tiene ya fama de orador de empuje, atrevido y mordaz, todos esperábamos de él la réplica recia, la ironía demoledora, el apóstrofe vibrante, la estocada a fondo. Efectivamente, de sus labios brotó... la más tremenda catilinaria que haya podido pronunciarse contra un Go-

bierno, no ya desde los bancos de la mayoría, que esto es insólito y absurdo, sino desde la más rabiosa oposición: «Su Señoría—vino a decirme—usurpa desde ese puesto la representación del país, traiciona la confianza de la Corona y quebranta o destruye sus más sagrados intereses. Su Señoría representa la política vieja, la política de compadrazgo y desbarajuste, la que se apoya en la influencia maldita de los caciques y los plutócratas y atropella todos los derechos ciudadanos, la que nos llevó al desastre, la que tiene nuestros campos baldíos, nuestra industria estancada, mediatizadas bajo poderes extraños las más altas prerrogativas del Estado, en la ignorancia al pueblo y cegadas las fuentes vivas de la riqueza nacional; la política podrida que nos conduciría a la muerte si unos cuantos hombres que, afortunadamente, no pensamos ni sentimos como Su Señoría ni tenemos el origen político de Su Señoría, no nos aprestásemos a impedirlo, avasallando, destruyendo, si preciso fuera, cuanto estorbe. Si queda en Su Señoría un átomo de dignidad

política, un resto de patriotismo, debe retirarse voluntariamente de ese sitio, dejándolo a los hombres nuevos, no contaminados ni comprometidos, que salvarán al enfermo, que en las manos de Su Señoría, con los remedios terapéuticos de Su Señoría, se muere sin tardar. Es hora de contrición, señor duque de San Fermín.»

Carlos hizo una pausa para tomar aliento. Yo le escuchaba indignada, pero no sorprendida. ¡Le había oído a Aurelio tantas veces aquellos conceptos revolucionarios que, siendo vulgarísimos y al alcance de cualquier sacamuelas en la conversación, resultaban, por lo visto, apocalípticos en el Congreso! Aquél debía ser el discurso que me había anunciado como sensacional la noche de nuestra ruptura. No se declaró *ferminista* sino para que el escándalo fuera sonado. El desaprensivo astur era, por lo que se veía, capaz de todo: haría carrera.

El duque continuó:

—Entre el desconcierto que produjeron estas palabras, me levanté, y con el tono

autoritario del maestro que reprende públicamente a un discípulo díscolo, le repliqué: «Su Señoría no tiene derecho ni autoridad para hablar como habla. Desde esos escaños no puede decirse lo que Su Señoría ha dicho a un Gobierno que ocupa este banco con la confianza del país y del rey. No olvide Su Señoría que debe el acta a la influencia de la política del partido y del Gobierno que inútilmente pretende derribar.» Se levantó de nuevo, y, desdeñosa la sonrisa, altanero el ademán, desafiadores los ojos, me contestó: «Su Señoría me injuria a sabiendas de que falta a la verdad, porque Su Señoría sabe, como lo sabe la Cámara entera, que yo triunfé como independiente derrotando en buena lid a mi contrario, amigo político y personal de Su Señoría, protegido por todas las artimañas inconfesables de la vieja política, que por esta vez se quebraron ante el influjo de las nuevas ideas que el pueblo, tantas veces escarnecido, creyó encarnadas en mi persona. Si me afilié después al partido de Su Señoría fué porque creí sinceramente que iba

a emprender una política distinta, renovadora, patriótica. Con este acto de hoy, que he meditado mucho, me desligo políticamente de Su Señoría, no sin invitarle a que piense que en los bancos de la mayoría puede haber partidarios, no de la persona, sino de las ideas de Su Señoría, en tanto las compartan; pero no siervos, no mesnadas dóciles.» Y se sentó en medio de un tumulto indescriptible de aplausos, siseos, murmullos, voces e insultos. Creí que me daba un ataque de apoplejía. Hubiera querido escupirle a la cara toda su historia; recordarle cómo aquella máquina electoral de la que hablara tan desdeñosamente se había movido en secreto para darle un triunfo que sin ella no hubiese obtenido; cómo él era también una hechura de las caciquiles organizaciones; contar a la Cámara cómo y por quién le había dado el acta. No podía decirlo; no podía regalar los oídos de los otros *renovadores,* los hay que proceden de buena fe, con aquel regocijado episodio de nuestra política. Me aproveché del ruido ensordecedor para pronunciar unas cuantas

frases sin sentido, adornadas de ademanes enérgicos. Ahí tienes lo sucedido; ahí tienes, mi pobre Elsa, de cuerpo entero, al hombre nuevo, al no contaminado, al representante genuino del pueblo, al fiscal por el país, contra la política maleante de los partidos. Lo peor del caso es que las gentes honradas, seducidas por sus palabras de rebeldía, seguirán como un rebaño la bandera regeneradora que levanta. Ya los periódicos de anoche y los de esta mañana le aplauden y ensalzan tanto como a mí me censuran y denuestan.

—¡El miserable!—exclamé—. Yo lo desenmascararé: lo que tú no pudiste decir lo diré yo.

—No dirás nada, Elsa; nada podrías probarle. Nosotros mismos le dimos armas para su audacia. El escándalo me llenaría de lodo de pies a cabeza, y a él ni siquiera le salpicaría. No te preocupes—añadió muy sosegadamente—. Ya le sentaré la mano. En el fondo, la cosa no deja de tener gracia ni de encerrar una muy discreta lección de filosofía social.

Esto último me lo dijo el duque sonriendo, con el sonreir suyo suavemente irónico, que tan bien se acomodaba á su rostro aristocrático, a su gesto de hombre mundano que no se sorprende de nada, al que no hieren ni las mismas coces, previstas de antemano.

Es Carlos, creo que lo dije al principio, un político algo florentino, que cuando gobierna lo hace con el escepticismo sutil de un filósofo del Renacimiento. No es escultor de almas, constructor de razas, forjador de los destinos gloriosos de un pueblo. Es el político a propósito para una de esas épocas de decadencia en las que entre sonrisas, frases corteses, vicios galantes, inútiles proyectos renovadores y, acaso, extraños florecimientos artísticos se disuelve lentamente una nación, ajena al peligro, inadvertida de la muerte, o se incuba una revolución sangrienta y destructora.

En el fondo, serenados los nervios, pasada la indignación, debía placerle a San Fermín que aquel altivo regenerador se hubiera amasado en manos tan pecadoras como las mías:

confirmaba sus juicios. Creía entonces el duque (ignoro lo que pensará ahora) que el país se le iba de entre las manos, que igualmente se iría de entre otras manos, porque el enfermo, por mucho suero republicano o socialista o simplemente regenerador que se le inyectara, no podía ya alzarse de su postración ni hurtarse a la muerte. ¿Equivocación? Tal vez; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que deben saberlo. Yo no entiendo de política ni soy una pitonisa que acierte a leer en el confuso libro del porvenir.

Nos separamos aquella noche amigos, más amigos que nunca. El político inteligente, pero sin fe, se acomodaba a las mil maravillas a la mujer fácil, pero sin amor.

XIX

STÁ bien—me dijo Paco Méndez, después de leer detenidamente este episodio semiburlesco de mi vida aventurera—. Está muy bien. No puede llamarse una novela, porque apenas tiene argumento, aunque tal vez esté dentro de los cánones de los literatos modernos escribir trescientas páginas sin decir nada. Lo malo es—añadió devolviéndome el manuscrito—que nadie va a creerlo.

—¿No lo crees tú?—le pregunté picada.

—¿Yo? Sí, puesto que tú lo dices; ¡pero los demás...!

—Los demás—repliqué muy seria—, los demás podrán creerla o no creerla: allá ellos.

Pero te aseguro que esta historia es tan verídica, que nunca otra que lo fuera tanto ha sido puesta en letras de molde por escritor alguno.

Diciembre 1920.—Enero 1921.



